

MICHAEL ENDE

Ilustrado por J. F. Tripp

Jim Botón

y Lucas el maquinista



Existen cosas tan sorprendentes y maravillosas en este libro, que una persona mayor difícilmente podría comprenderlas si un niño no se las explicara. Imaginad, por ejemplo, que lee la historia de esa locomotora llamada Emma que puede navegar igual que un barco, o que descubre el misterio del gigante aparente que vive en un desierto llamado «El fin del mundo» y que sólo parece grande si se contempla desde lejos; o que conoce al semidragón Nepomuk que carece de modales en la mesa, pero que tuvo, en cambio, a un hipopótamo por madre; o que se entera de las cosas tan divertidas que le ocurren a los chinos con sus hijos y los hijos de sus hijos que se van reduciendo de tamaño hasta que el último no abulta más que un guisante.

De ciertas cosas, los niños saben mucho más que las personas mayores.

CAPÍTULO PRIMERO EN EL QUE EMPIEZA LA HISTORIA

El país en que vivía Lucas, el maquinista del tren, se llamaba Lummerland y era muy pequeño.

Era extraordinariamente pequeño en comparación con otros países, como, por ejemplo, Alemania, España o China. Era más o menos el doble de grande que nuestra vivienda y estaba ocupado en su mayor parte por una montaña con dos picos, uno alto y el otro algo más bajo. En la montaña había varios caminos con pequeños puentes y cruces y además un tendido de tren con muchas curvas. El tren pasaba por cinco túneles que atravesaban la montaña y sus dos picos. Naturalmente, en Lummerland también había casas; una era corriente y la otra tenía una tienda. Hay que añadir una pequeña estación, situada al pie de la montaña, donde vivía Lucas el maquinista. En lo alto de la montaña, entre los dos picos, se levantaba un castillo.

Como puede verse, el país estaba bastante lleno. No cabían muchas más cosas en él.

Quizá sea importante saber que había que ir con cuidado y no pisar los límites para no mojarse los pies, porque el país era una isla.

Esta isla estaba en el centro del inmenso océano sin fin y las olas, grandes y pequeñas, llegaban día y noche a sus orillas.

A veces el mar estaba tranquilo y por la noche la luna y durante el día el sol, se reflejaban en él. Esto resultaba muy hermoso y entonces Lucas el maquinista se sentaba en la orilla y se sentía feliz.

Nadie sabía porqué la isla se llamaba Lummerland y no de cualquier otra manera, pero esto seguramente se descubrirá algún día.

Allí vivía Lucas el maquinista, con su locomotora. La locomotora se llamaba Emma y era una locomotora-ténder^[1] muy buena, aunque quizás algo pasada de moda. Pero, sobre todo, era muy gorda.

Alguien se podría preguntar: ¿para qué necesita una locomotora un país tan pequeño?

Pues porque un maquinista necesita tener una locomotora; si no la tuviese, ¿qué conduciría? ¿Una bicicleta, quizás? Entonces sería un conductor de bicicletas, y un maquinista como es debido, quiere conducir locomotoras y nada más. Por otra parte, en Lummerland no había ninguna bicicleta.

Lucas el maquinista era un hombre pequeño, algo rechoncho, que no se preocupaba lo más mínimo por saber si alguien consideraba necesaria una locomotora o no. Llevaba gorra de visera y traje de trabajo. Sus ojos eran tan azules como el cielo de Lummerland cuando hacía buen tiempo. Pero su cara y sus manos estaban completamente negras por el aceite y la carbonilla. Y aunque se lavaba cada día con cierto jabón especial para maquinistas, el tizne no desaparecía. Había penetrado profundamente en la piel porque, debido a su trabajo, Lucas se ponía negro cada día, desde hacía muchos años. Cuando se reía —esto lo hacía a menudo—, se le veían brillar en la boca hermosos dientes blancos, con los que era capaz de partir nueces. Llevaba además en la oreja izquierda un aro de oro y fumaba en una pipa muy grande.



Aquí se ve a Lucas el maquinista en un día de Fiesta después de haber utilizado el Jabón especial para maquinistas



En los días de trabajo Lucas el maquinista tiene
← este aspecto

Aunque Lucas no era corpulento, tenía una sorprendente fuerza física. Por ejemplo, podía, si quería, hacer un nudo con una barra de hierro. Pero nadie sabía exactamente lo fuerte que era porque amaba la tranquilidad y la paz y nunca había tenido que demostrar su fuerza.

Además, escupiendo era un artista. Daba tan bien en el blanco que podía apagar una cerilla encendida a una distancia de tres metros y

medio. Pero esto no era todo. Podía hacer algo más y no existía nadie en el mundo que le pudiera igualar: era capaz de escupir en *looping*.

Muchas veces al día iba Lucas por la serpenteante vía, atravesando los cinco túneles, de un extremo a otro de la isla y viceversa sin que nunca le sucediera nada. Emma resoplaba y silbaba por diversión. Y en ocasiones Lucas silbaba también una cancioncilla y luego lo hacían a dos voces, cosa que resultaba muy alegre sobre todo en los túneles porque allí resonaba.

Además de Lucas y de Emma había en Lummerland un par de personas más. Estaba por ejemplo, el rey que reinaba en el país y que vivía en el castillo entre los dos picos. Se llamaba Alfonso Doce-menos-cuarto porque había nacido a las doce menos cuarto. Era un gobernante bastante bueno. Y nadie podía decir nada malo porque realmente de él no se podía decir absolutamente nada. Estaba casi siempre en su castillo sentado, con la corona en la cabeza, con una bata de terciopelo rojo y con zapatillas de cuadros escoceses en los pies, hablando por teléfono. Para esto disponía de un gran teléfono de oro.

El rey Alfonso Doce-menos-cuarto tenía dos súbditos —si se exceptúa a Lucas, que en realidad no era un súbdito, sino un maquinista.

Uno de los súbditos era un hombre llamado señor Manga. El señor Manga siempre estaba paseando con un sombrero hongo en la cabeza y un paraguas cerrado debajo del brazo. Vivía en una casa corriente y no tenía ocupación fija. Paseaba y nada más. Era el súbdito más importante y le gobernaban. A veces, cuando llovía, abría el paraguas. Acerca del señor Manga no hay nada más que contar.

El otro súbdito era una mujer, precisamente una mujer muy simpática. Era grande y gorda aunque no tan gorda como Emma la locomotora. Tenía las mejillas rojas como una manzana y se llamaba señora Quéé, con dos es. Probablemente uno de sus antepasados había sido algo sordo y la gente empezó a llamarle sencillamente así, con la palabra que decía siempre, cuando no oía algo. Y así le había quedado.



La señora Quéé vivía en la casa de la tienda, donde se podía comprar todo lo necesario: chicle, periódicos, cordones para los zapatos, leche, plantillas, espinacas, mantequilla, sierras, azúcar, sal, pilas para linternas de bolsillo, sacapuntas, portamonedas en forma de pequeños pantalones de cuero, perlas, recuerdos de viaje, pegamento... abreviando: de todo.

Los recuerdos de viaje no se vendían casi nunca porque a Lummerland nunca llegaban viajeros. Sólo el señor Manga compraba a veces alguno, por gusto y no porque en realidad lo necesitara. Por otra parte le gustaba charlar un rato con la señora Quéé.

¡Ah!, y para no olvidarlo, al rey sólo se le podía ver en los días de fiesta porque la mayor parte del tiempo estaba muy ocupado reinando. Pero en los días de fiesta, a las doce menos cuarto en punto, se asomaba a la ventana y saludaba amistosamente con la mano. Entonces sus súbditos gritaban jubilosos y lanzaban sus sombreros al aire y Lucas dejaba que Emma silbara alegremente. Luego les daban mantecados a todos y en ciertas fiestas importantes, helado de fresa. El helado se lo encargaba el rey a la señora Quéé, que era una verdadera maestra en la elaboración de helados.

En Lummerland la vida era tranquila, hasta que un día... Sí, y con esto empieza nuestra historia.

CAPÍTULO SEGUNDO EN EL QUE LLEGA UN PAQUETE MISTERIOSO

Un hermoso día llegó a la playa de Lummerland el barco correo y el cartero saltó a tierra con un gran paquete debajo del brazo.

—¿Vive aquí una tal señora Maldiente o algo parecido? —preguntó poniendo una cara de circunstancias como no hacía nunca cuando traía el correo.

Lucas miró a Emma, Emma miró a los dos súbditos, los dos súbditos se miraron entre sí y hasta el rey miró por la ventana a pesar de que no era día festivo ni eran las doce menos cuarto.

—Querido señor cartero —dijo el rey, algo molesto—, hace ya años que nos trae usted el correo. Nos conoce perfectamente a mí y a mis súbditos y de pronto se le ocurre preguntar si aquí vive la señora Maldiente o algo parecido.

—¡Pero, por favor, Majestad —contestó el cartero—, lea usted mismo, Majestad! Y subió rápidamente por la montaña y le entregó el paquete al rey por la ventana. En el paquete estaba la dirección. El rey leyó la dirección, luego sacó las gafas, se las puso y leyó la dirección por segunda vez. No consiguió nada; movió perplejo la cabeza y habló a sus súbditos.

—¡Vaya, para mí es sencillamente inexplicable, pero aquí lo pone en negro sobre blanco!

—¿Qué pone? —preguntó Lucas.

El rey, muy confuso se volvió a poner las gafas y dijo:

—Escuchad, súbditos, lo que pone en la dirección.

Y la leyó lo mejor que pudo.

PARA LA ~~Señora~~ SEÑORA
~~Maldiente~~ Maldiente En
En XUmMRlanT
Calle vieja 133
Terzer~~o~~ Piso Izquierda

—¡Una dirección muy rara! —dijo el señor Manga cuando el rey hubo terminado.

—Sí —dijo el cartero, indignado—, hay tantas faltas de ortografía que casi no se puede descifrar. Estas cosas son muy desagradables para nosotros los carteros. ¡Si supiéramos quién lo ha escrito!

El rey volvió el paquete y buscó el remitente.

—¡Aquí sólo hay un 13 muy grande! —dijo mirando perplejo al cartero y a sus súbditos.

—¡Muy raro! —el señor Manga se dejó oír de nuevo.

—Pues —dijo el rey, resuelto—, raro o no raro, XUmMrLanT sólo puede significar Lummerland. Y no hay otra solución, alguno de nosotros tiene que ser la señora Maldiente o algo parecido.

Calmado, se quitó las gafas y con su pañuelo de seda se secó las gotas de sudor de la frente.

—Sí —dijo la señora Quéé—, pero en toda la isla no hay ningún tercer piso.

—Realmente es cierto —dijo el rey.

—Y tampoco tenemos ninguna calle Vieja —opinó el señor Manga.

—Desgraciadamente también eso es cierto —suspiró el rey, muy afligido.

—Y no tenemos ningún número 133 —añadió Lucas y se echó la gorra de visera hacia atrás—. Yo tendría que saberlo, porque al fin y al cabo doy muchas vueltas por la isla.

—¡Qué raro! —murmuró el rey y sacudió la cabeza. Todos los súbditos sacudieron la cabeza y murmuraron—. ¡Qué raro!

—También podría ser una equivocación —opinó Lucas al cabo de un rato. Pero el rey contestó:

—Quizá sea una equivocación, pero puede no ser una equivocación. ¡Y si no es una equivocación entonces quiere decir que tengo otro súbdito! ¡Esto es muy, pero muy emocionante!

Fue al teléfono y por la emoción estuvo hablando durante tres horas sin interrupción.

Entretanto los súbditos, el cartero y Lucas decidieron registrar detenidamente toda la isla. Subieron a la locomotora Emma y se pusieron en marcha. En cada parada Emma silbaba fuerte, los pasajeros bajaban y gritaban en todas direcciones:

—¡Señora Maaaldieeeeeente! ¡Aaaaaquí haaaay un paqueeeete para usteeeeeed!

Pero nadie contestaba.

—Bueno —dijo el cartero—, ya no me queda tiempo para seguir buscando porque tengo más correo para entregar. Les dejo el paquete. Quizá encuentren a la señora Maldiente o algo parecido. Volveré la semana próxima y si no se ha presentado nadie me llevaré el paquete.

Con esto saltó a su barco correo y se fue.

¿Qué es lo que sucedió con el paquete? Los súbditos y Lucas deliberaron largo rato. Luego el rey volvió a aparecer en la ventana y dijo que había estado pensando en el asunto, que había hablado por teléfono y había llegado a la siguiente conclusión: la señora Maldiente o algo parecido era sin duda una mujer. Pero la única mujer en Lummerland era, según sus noticias, la señora Quéé. Por lo tanto el paquete era probablemente para ella. Le daba su real permiso para abrirlo y así todo se aclararía.

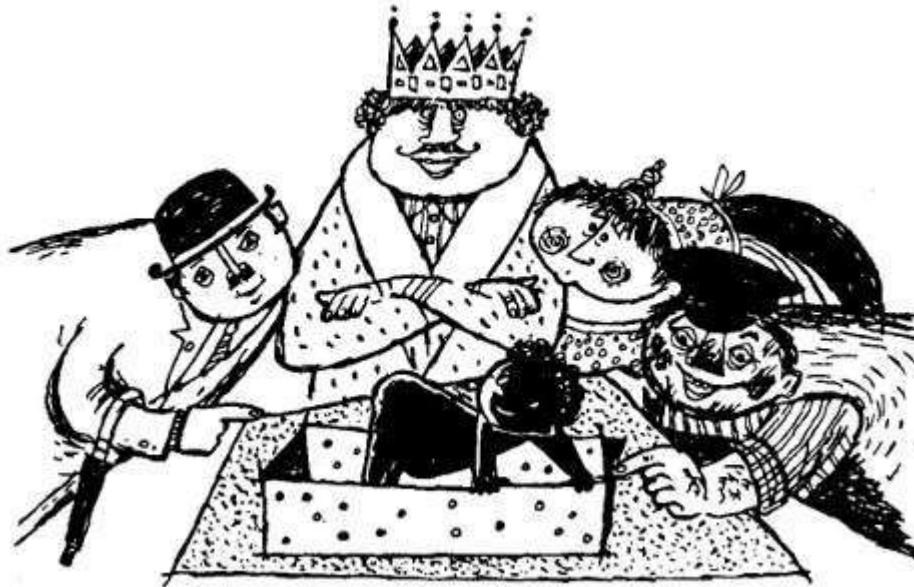
Los súbditos juzgaron que esta decisión del rey era muy sensata y la señora Quéé se marchó en seguida para proceder a la apertura.

Rompió el cordel y quitó el papel de embalaje. Apareció entonces una gran caja llena de agujeros para asegurar la ventilación, como en una jaula de grillos. La señora Quéé abrió la caja y encontró en ella otra más pequeña. Esta estaba igualmente llena de agujeros y bien protegida con paja y virutas. Era evidente que contenía algo frágil, quizá cristal o

una radio. Pero ¿por qué entonces los agujeros para el aire? La señora Quée levantó rápidamente la tapa y dentro halló otra caja más o menos del tamaño de una caja de zapatos y también con agujeros.

La señora Quée la abrió impaciente y ¡apareció un pequeño niño negro! Este miró con sus grandes ojos brillantes a los que le rodeaban y parecía feliz por haber salido de la incómoda caja de cartón.

—¡Un niño! —exclamaron todos sorprendidos—, ¡un niño negro!



—Podría tratarse de un negrito —exclamó el señor Manga con cara muy inteligente.

—Realmente —dijo el rey y se puso las gafas—, es sorprendente, muy sorprendente.

Y se volvió a quitar las gafas. Hasta aquel momento Lucas no había dicho nada, pero su cara se había ensombrecido.

—¡No me había sucedido una cosa así en toda la vida! —dijo rugiendo, y prosiguió—: ¡un chiquillo tan pequeño en una caja de embalaje! ¡Lo que hubiera podido suceder si no la hubiéramos abierto! Sí, como algún día encuentre al autor de esto le daré una paliza de la que se acordará toda su vida; ¡tan cierto como me llamo Lucas el maquinista!

Cuando el niño oyó los gruñidos de Lucas empezó a llorar. Era todavía demasiado pequeño para comprender y creyó que le reñían. Estaba asustado también por la cara tan sucia de Lucas el maquinista, porque todavía no sabía que él también la tenía negra.

La señora Quée cogió en seguida al niño en brazos y le consoló. Lucas se quedó muy triste porque no había querido asustar al niño.

La alegría de la señora Quée era enorme; siempre había deseado tener un niño y por las noches se dedicaba a hacer chaquetitas y pantalones y los hacía sólo para hacerse la ilusión de que tenía un pequeñuelo. Le parecía estupendo que el niño fuera negro porque ese color hacía muy bonito sobre la tela rosa y el rosa era su color preferido.

—¿Cómo habrá que llamarle? —preguntó de repente el rey—. ¡El niño ha de tener un nombre!

Esto era cierto y todos empezaron a pensar. Finalmente, Lucas dijo:

—Yo le llamaría Jim, porque me parece un buen nombre para un chico.

Se dirigió al niño en un tono de voz cauteloso para no volverle a asustar:

—Qué, Jim, ¿vamos a ser amigos?

Entonces el niño le tendió su manita negra con la palma rosada y Lucas la cogió tiernamente en su gran mano negra y dijo:

—¡Hola, Jim!

Y Jim se rió.

Desde aquel día fueron amigos.

A la semana siguiente el cartero volvió. La señora Quée bajó a la orilla del mar y le dijo, desde lejos, que siguiera su camino en silencio y no se acercara a tierra. Que todo estaba en orden. El paquete era para ella. Que el nombre en la dirección estaba muy mal escrito y que por eso no lo habían entendido.

Mientras decía esto el corazón le latía porque se le había disparado y los latidos le llegaban al cuello. Tenía un miedo tremendo de que el cartero se volviera a llevar al niño. No quería entregar a Jim de ninguna manera porque estaba muy contenta de tenerle.

El mensajero exclamó: «Bueno, entonces todo está en regla. ¡Buenos días, señora Quée!», y se marchó.

La señora Quée respiró tranquilizada, volvió corriendo a su casa, la de la tienda, y bailó con Jim en brazos por toda la habitación. Pero de pronto empezó a pensar en que Jim no era suyo en realidad y que quizás algún día sucedería algo terrible. Este pensamiento la puso muy triste.

Más tarde, cuando Jim era ya mayor, sucedía a veces que la señora Quée se ponía seria de repente, colocaba las manos en su regazo y contemplaba a Jim preocupada. Entonces pensaba en quién sería la verdadera madre de Jim...

—Algún día le tendré que decir la verdad —suspiraba cuando se desahogaba con el rey o con el señor Manga o con Lucas. Los demás asentían gravemente y opinaban también que tendría que hacerlo. Pero la señora Quéé lo dejaba siempre para más adelante.

Lo cierto es que no sospechaba que no estaba lejos el día en que Jim se enteraría de todo y no por la señora Quéé, sino de otra manera muy distinta y muy extraña.

Ahora, pues, Lummerland tenía un rey, un maquinista, una locomotora, y dos súbditos y cuarto, pues Jim era por entonces demasiado pequeño para ser contado ya como un súbdito entero.

Pero con el transcurso de los años creció y se convirtió en un verdadero muchacho que hacía travesuras, molestaba al señor Manga y, como a todos los chiquillos, no le gustaba mucho lavarse. No consideraba necesario lavarse ya que era tan negro que no se podía ver si su cuello estaba limpio o sucio. Pero la señora Quéé no admitía sus razones y Jim acabó finalmente por convencerse.

La señora Quéé se sentía muy orgullosa de él y como todas las madres sufría por cualquier cosa. También sufría sin motivo o por motivos muy pequeños como el de que Jim se comiera la pasta de dientes en lugar de usarla para lavárselos. A él le gustaba mucho.

Pero otras veces Jim la ayudaba, por ejemplo despachando en la tienda cuando el rey o Lucas o el señor Manga querían comprar algo y la señora Quéé no tenía tiempo para atenderles.

Lucas el maquinista seguía siendo el mejor amigo de Jim. Se comprendían con pocas palabras, sólo porque Lucas era también casi negro. Muchas veces Jim subía a Emma y Lucas se lo enseñaba y se lo explicaba todo. Y a veces Jim conducía un rato bajo la vigilancia de Lucas.

La mayor ilusión de Jim era la de llegar a ser un día maquinista de tren porque este oficio cuadraba muy bien con el color de su piel. Pero para ello necesitaba tener una locomotora propia y las locomotoras son difíciles de conseguir, sobre todo en Lummerland.

Ahora ya sabemos todo lo importante sobre Jim y sólo nos falta contar cómo consiguió su apellido. Fue así:

Jim solía tener en sus pantalones un agujero y siempre en el mismo sitio. La señora Quéé lo había zurcido ya cientos de veces, pero al cabo de un par de horas volvía a aparecer. Verdaderamente Jim se esforzaba tratando de evitarlo. Pero cuando tenía que trepar de prisa a un árbol o resbalaba rápido por los altos picos, el agujero volvía a aparecer.

Por fin la señora Quéé encontró la solución; convirtió los bordes del agujero en un ojal y a su lado cosió un gran botón. Así en lugar de arrancar la tela para agujerearla bastaba con desabrochar y en lugar de remendarla bastaba con abrochar.

Desde aquel día Jim fue conocido por todos los habitantes de la isla como Jim Botón.

CAPÍTULO TERCERO EN EL QUE SE ESTÁ A PUNTO DE TOMAR UNA DECISIÓN MUY TRISTE CON LA QUE JIM NO ESTÁ CONFORME

Pasaron los años y Jim era ya casi un medio súbdito. En cualquier otro país hubiera tenido que ir a la escuela para aprender a leer, a escribir, a hacer cuentas, pero en Lummerland no había ninguna escuela. Y como no había ninguna escuela nadie pensaba en que Jim era ya lo bastante mayor para aprender a leer, a escribir y a contar.

Naturalmente, Jim tampoco se preocupaba por ello y vivía feliz.

Una vez al mes, la señora Quéé le medía. Le hacía apoyar descalzo en el marco de la puerta de la cocina y controlaba lo que había crecido con un libro que le colocaba sobre la cabeza. Hacía una señal con un lápiz en el marco de la puerta y la señal quedaba cada vez un poco más arriba.

La señora Quéé se alegraba mucho de que Jim creciera. Pero había otra persona que se preocupaba por ello: el rey, que tenía que gobernar el país y era responsable del bienestar de sus súbditos.

Una noche llamó a Lucas el maquinista a su palacio entre los dos picos. Lucas entró, se quitó la gorra de la cabeza y la pipa de la boca y dijo amablemente:

—¡Buenas noches, señor rey!

—¡Buenas noches, querido Lucas, maquinista! —contestó el rey sentado junto a su teléfono de oro, señalando con una mano una silla vacía—, por favor, siéntate.

Lucas se sentó.

—Bien —empezó el rey y tosió dos veces—, querido Lucas, no sé cómo decírtelo, pero sé que me comprenderás.

Lucas no respondió. El aspecto serio del rey le hacía titubear.

El rey volvió a toser, miró a Lucas con mirada solemne y preocupada y empezó de nuevo:

—Tú has sido siempre un hombre comprensivo, Lucas.

—¿De qué se trata? —preguntó Lucas con cautela.

El rey se quitó la corona, le echó aliento y frotándola con la manga de la chaqueta le sacó brillo. Lo hizo para ganar tiempo porque se sentía confuso y desconcertado. Se volvió a colocar bruscamente la corona en la cabeza, volvió a toser y dijo decidido:

—Querido Lucas, he pensado mucho en ello y he llegado a la conclusión de que no se puede hacer nada más. Lo tenemos que hacer.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer, Majestad? —preguntó Lucas.

—¿No lo he dicho ya? —murmuró el rey, sorprendido—. Creí haberlo dicho hace un momento.

—No —contestó Lucas—, usted ha dicho solamente que teníamos que hacer algo.

El rey le miró asombrado. Al cabo de un rato sacudió la cabeza y dijo:

—¡Qué raro!, hubiera asegurado que ya había dicho que deberíamos prescindir de Emma.

Lucas creyó no haber oído bien y preguntó:

—¿Qué es lo que tenemos que hacer con Emma?

—Prescindir de ella —contestó el rey y añadió tristemente —: Naturalmente no en seguida, pero sí lo más pronto posible. Sé que para todos nosotros es una decisión muy triste ésta de separarnos de Emma, pero lo tenemos que hacer.

—Jamás, Majestad —dijo Lucas, decidido—. No, de ninguna manera.

—Mira, Lucas —dijo el rey, conciliador—, Lummerland es un país pequeño. Un país extraordinariamente pequeño en comparación con otros países como Alemania o África o China. Para un rey una locomotora, un maquinista y dos súbditos son suficientes. Pero cuando llega otro súbdito...

—¡Pero si no es más que medio! —exclamó Lucas.

—Oh, claro, claro —dijo el rey, afligido—, pero ¿por cuánto tiempo todavía? Crece cada día más. Tengo que pensar en el futuro de nuestro país pues para eso soy el rey. Dentro de muy poco Jim será un verdadero súbdito. Entonces querrá tener una casa. Y dime, por favor, ¿dónde vamos a colocar esa casa? No hay sitio porque todos los sitios libres están llenos de vías. Es necesario que nos reduzcamos. No hay más remedio.

—¡Caramba! —gruñó Lucas y se rascó detrás de la oreja.

—Ya ves —prosiguió el rey—, nuestro país padece ahora sencillamente de exceso de población. Casi todos los países del mundo padecen de lo mismo, pero Lummerland de forma más grave. Tengo preocupaciones terribles. ¿Qué tenemos que hacer?

—No, yo tampoco lo sé —dijo Lucas.

—O tenemos que suprimir a Emma la locomotora, o uno de nosotros tendrá que emigrar en cuanto Jim Botón sea un súbdito completo. Querido Lucas, tú eres amigo de Jim. ¿Quieres que el chico se tenga que marchar de Lummerland cuando sea mayor?

—No —dijo tristemente Lucas—, me voy dando cuenta. —Al cabo de un rato añadió—: Pero tampoco me puedo separar de Emma. ¿Qué sería de un maquinista sin su locomotora?

—Por ahora —opinó el rey—, ve pensando en ello. Sé que eres un hombre razonable. Todavía tienes tiempo para decidir, pero hay que tomar una decisión.

Y como señal de que la audiencia había terminado le tendió la mano.

Lucas se levantó, se puso la gorra y abandonó cabizbajo el palacio. El rey se hundió suspirando en su sillón y se secó el sudor de la frente con su pañuelo de seda. La conversación le había fatigado mucho.

Lucas bajó lentamente hacia su pequeña estación donde le esperaba Emma, la locomotora. La golpeó cariñosamente y le dio un poco de aceite porque era lo que más le gustaba. Luego se sentó en el suelo y hundió la cabeza entre las manos.

Era una de aquellas tardes en que el mar estaba tranquilo y en calma. El sol poniente se reflejaba en el océano sin fin. Formaba con su luz un camino brillante y dorado desde el horizonte hasta los pies del maquinista Lucas.

Lucas contemplaba aquel camino que conducía lejos, a países y partes del mundo desconocidas, nadie sabía a dónde. Veía cómo el sol se escondía lentamente y cómo el camino de luz se volvía cada vez más estrecho para desaparecer al fin. Inclino tristemente la cabeza y dijo en voz baja:

—Bien, nos iremos, pero los dos.

Del mar llegaba un viento suave y empezaba a refrescar. Lucas se levantó, se acercó a Emma y la contempló largo rato. Emma se dio cuenta de que algo sucedía. Las locomotoras no tienen una gran inteligencia —por eso necesitan siempre un conductor—, pero tienen una gran sensibilidad. Y cuando Lucas murmuró en voz baja y

tristemente: «Mi querida vieja Emma», le dolió tanto que empezó a resoplar.

—Emma —dijo Lucas despacio y con voz desconocida—, no me puedo separar de ti. Donde sea, en la tierra o en el cielo, si llegamos a él.

Emma no comprendió nada de lo que Lucas le decía, pero le quería mucho y no podía soportar verle tan triste. Empezó a sollozar de forma desgarradora.

Lucas sólo consiguió consolarla después de muchísimos esfuerzos.

—Es a causa de Jim Botón, ¿comprendes? —dijo con acento conciliador—. Pronto será un súbdito entero y entonces aquí faltará sitio para uno de nosotros. Y como para un país un súbdito es más importante que una locomotora, gorda y vieja, el rey ha decidido que tienes que marcharte. Pero si tú te vas, yo me voy contigo, esto está claro. ¿Qué haría yo sin ti?

Emma respiró hondo e iba a seguir sollozando cuando de repente una voz aguda preguntó:

—¿Qué sucede?

Era Jim Botón que había estado esperando a Lucas y que, esperándole, se había dormido en el ténder. Se despertó cuando Lucas empezó a hablar con Emma y sin querer lo había oído todo.

—¡Hola, Jim! —exclamó Lucas, sorprendido—. Lo que hablábamos no era para que tú lo oyeras. Pero de todos modos, ¿por qué no lo has de saber? Sí, Emma y yo, los dos, nos vamos. Para siempre. Tiene que ser así.

—¿Por mi culpa? —preguntó Jim, asustado.

—Considerando las cosas a la luz del día —dijo Lucas—, se ve que el rey no está equivocado. Lo que sucede es sencillamente que Lummerland es demasiado pequeño para todos nosotros.

—¿Cuándo pensáis marcharos? —balbuceó Jim.

—Lo mejor es no alargar las despedidas cuando son inevitables —contestó Lucas gravemente—. Me parece que nos iremos esta noche.

Jim meditó un rato.

De pronto dijo, resuelto:

—Me voy con vosotros.

—Pero, Jim —exclamó Lucas—, no puede ser de ninguna manera. ¿Qué diría la señora Quéé? No lo permitiría jamás.

—Lo mejor es no decirle nada —respondió Jim con decisión—. Le dejaré una carta sobre la mesa de la cocina y en ella se lo explicaré todo. Cuando sepa que me he ido contigo no se preocupará demasiado.

—Tal vez —dijo Lucas y puso una cara muy pensativa—. Pero tú no sabes escribir.

—Ahora mismo le dibujaré una carta —aclaró Jim.

Pero Lucas sacudió la cabeza.

—No, muchacho, no te puedo llevar conmigo. Verdaderamente es muy amable de tu parte y yo te llevaría muy a gusto. Pero no es posible, eres todavía casi un niño y sólo nos...

Se detuvo porque Jim volvió de repente la cara hacia él y en ella vio reflejada una pena muy grande.

—Lucas —dijo Jim lentamente—, ¿por qué dices esas cosas? Os ayudaría mucho.

—¡Hombre, sí! —contestó Lucas algo confuso—, naturalmente; eres un chico útil y en algunos sitios puede ser una ventaja el ser pequeño. Está bien...

Encendió la pipa y permaneció un rato en silencio. Estaba a punto de acceder, pero quería probar al muchacho. Por esto empezó de nuevo:

—¡Piensa en ello, Jim! Emma tiene que marcharse, precisamente para que tú, más adelante, tengas bastante sitio. Si tú te vas ahora, Emma se podría quedar tranquilamente y yo también.

—No —dijo Jim, terco—, yo no abandonaré a mi mejor amigo. O nos quedamos los tres o nos vamos los tres. Como no nos podemos quedar, nos iremos los tres.

Lucas sonrió.

—Es muy amable por tu parte, Jim —dijo poniendo una mano sobre el hombro de su amigo—. Pero temo que al rey no le parezca bien. Seguro que esto no se le ha ocurrido.

—Me da lo mismo —aclaró Jim—. Me iré contigo de todas maneras.

Lucas volvió a meditar un buen rato y se envolvió en el humo de su pipa. Lo hacía siempre cuando estaba emocionado. No quería que nadie le viera; pero Jim le conocía muy bien.

—¡Bueno! —la voz de Lucas salió por fin de la nube de humo—. Te esperaré aquí a medianoche.

—De acuerdo —contestó Jim.

Se dieron la mano y Jim se marchaba ya cuando Lucas le volvió a llamar.

—Jim Botón —dijo Lucas y su voz sonó alegre—, eres el tipo más simpático que he encontrado en mi vida.

Dicho esto se volvió y se alejó rápidamente. Jim le miró pensativo y luego se fue también hacia su casa. Las palabras de Lucas resonaban todavía en sus oídos. Pero al mismo tiempo pensaba en la señora Quéé, que había sido siempre tan buena y tan cariñosa con él.

Se sentía feliz y desgraciado al mismo tiempo.

CAPÍTULO CUARTO EN EL QUE EL MÁS EXTRAÑO BARCO SE ADENTRA EN EL MAR Y LUCAS RECONOCE QUE PUEDE CONFIAR EN JIM BOTÓN

La cena había terminado. Jim bostezaba como si estuviera muy cansado y decía que quería acostarse en seguida. La señora Quéé estaba algo sorprendida. Normalmente le costaba mucho convencer a Jim para que se acostara, pero pensó que se iba volviendo obediente. Cuando Jim ya estaba en la cama entró como cada noche, le tapó, le dio un beso y salió de la habitación después de haber apagado la luz. Volvió a la cocina para trabajar un rato más en una chaqueta que le estaba haciendo al muchacho.

Jim, en la cama, esperaba. La luna brillaba en la ventana. Todo permanecía en silencio. Sólo se oía el murmullo tranquilo del mar y de vez en cuando, desde la cocina, el ruido de las agujas de hacer media.

De pronto se le ocurrió que él no llevaría jamás aquella chaqueta que le estaba tejiendo la señora Quéé y pensó en lo que ésta haría cuando lo supiera...

Todo le pareció tremendamente triste y recordó las veces que había llorado y había corrido a la cocina a contarle sus penas a la señora Quéé. Volvió a pensar entonces en las palabras que Lucas le había dirigido al despedirse de él y comprendió que se tenía que callar, que no podía decir nada. Pero era muy difícil, casi demasiado difícil para él que no era más que un medio súbdito.

Y entonces sucedió algo con lo que Jim no había contado: le venció el cansancio. Nunca había estado despierto hasta tan tarde y casi no podía tener los ojos abiertos. ¡Si por lo menos hubiera podido moverse o tuviera algo con que jugar! Pero estaba allí, en la cama caliente y acogedora, y se le cerraban los ojos.

Pensaba en lo maravilloso que habría sido si se hubiera podido dormir tranquilamente. Se frotaba los ojos y se pellizcaba los brazos para seguir despierto. Luchaba contra el sueño pero de repente se durmió.

Le parecía que hacía horas que estaba en la playa y que lejos, sobre el mar azul, avanzaba la locomotora Emma. Rodaba sobre las olas como si el agua fuese algo sólido. En la cabina iluminada por el resplandor del fuego, Jim veía a su amigo Lucas el maquinista que agitaba un gran pañuelo rojo y exclamaba:

—¿Por qué no has venido? ¡Adiós, Jim!... ¡Adiós, Jim!... ¡Adiós, Jim!

Su voz era extraña y resonaba en la noche. De pronto comenzó a tronar y relampaguear y a soplar un viento helado desde el mar. Con el silbido del viento se volvía a oír la voz de Lucas:

—¿Por qué no has venido?... ¡Adiós!... ¡Adiós, Jim!

La locomotora se volvía cada vez más pequeña. La vio por última vez a la luz de un relámpago y luego desapareció en el oscuro horizonte.

Jim, desesperado, quiso correr detrás de ella por encima del agua, pero sus piernas parecían estar clavadas en el suelo. El esfuerzo que hizo por desplegarlas le despertó y se levantó asustado.

La luz de la luna iluminaba la habitación. ¿Qué hora sería? ¿Se habría acostado ya la señora Quée? ¿Habría pasado ya la medianoche y el sueño sería una realidad?

En aquel momento el reloj de la torre del palacio real dio las doce.

Jim saltó de la cama, se vistió e iba a saltar por la ventana cuando se acordó de la carta. Tenía que dibujar sin falta una carta para la señora Quée, porque si no ella se preocuparía terriblemente y él no quería que eso ocurriera. Con mano temblorosa Jim arrancó una hoja de su cuaderno y pintó en ella esto:

Significaba: *No sufras, puedes estar tranquila* . Por último muy de prisa dibujó esto:



Quería decir: *Te besa tu Jim* .

Colocó la hoja encima de su almohada y salió rápida pero silenciosamente por la ventana.

Cuando llegó al lugar en que se habían citado, Emma la locomotora ya no estaba. Tampoco a Lucas se le veía por ninguna parte. Jim bajó corriendo hacia la orilla. Allí vio a Emma que casi nadaba en el agua. A horcajadas sobre ella estaba Lucas el maquinista izando una vela, cuyo mástil había atado fuertemente a la cabina.

—¡Lucas! —llamó Jim sin aliento—, ¡espérame, Lucas, estoy aquí!

Lucas se volvió sorprendido y en su cara apareció una alegre sonrisa.

—¡Vaya! —dijo—, si es Jim Botón. Creía que habías preferido quedarte. Hace ya mucho rato que han dado las doce.

—Ya lo sé —contestó Jim. Se acercó a Lucas, le cogió la mano y saltó sobre Emma—. Había olvidado la carta, ¿comprendes?, y tuve que volver atrás.

—Yo temía que te hubieras dormido —dijo Lucas y echó unos grandes anillos de humo por su pipa.

—No he dormido nada —aseguró Jim. Mentía porque no quería que su amigo pensara que era poco formal.

—¿Te hubieras ido sin mí?

—Pues sí —dijo Lucas—, naturalmente, hubiera esperado un rato todavía, pero luego... Yo no podía saber si habías cambiado de idea. Era posible, ¿verdad?

—¡Pero si habíamos quedado de acuerdo! —dijo Jim con un tono cargado de reproches.

—Sí —admitió Lucas—. Me alegro de que hayas mantenido tu palabra. Ahora sé que puedo confiar en ti. Pero ¿qué te parece nuestro barco?

—Estupendo —dijo Jim—. Pero yo siempre había creído que las locomotoras en el agua se hundían.

Lucas sonrió satisfecho.

—Pero no, si antes se saca toda el agua de la caldera, si se vacía el ténder y se calafatean las puertas —aclaró y sacó pequeñas nubéculas de humo—. Es un truco que no todos conocen.

—¿Qué es lo que hay que hacer con las puertas? —quiso saber Jim, que no había oído nunca esa palabra.

—Calafatear —repitió Lucas—. Significa que hay que tapar todas las rendijas con estopa y alquitrán para que no se pueda filtrar ni una sola gota de agua. Esto es muy importante porque con la cabina impermeable, la caldera vacía y el ténder sin carga, Emma no se puede hundir. Además, si se le ocurre llover tendremos un magnífico camarote.

—Pero ¿cómo entraremos —quiso saber Jim—, si las puertas han de estar tan bien cerradas?

—Podremos deslizarnos hacia abajo por el ténder —dijo Lucas—. Ya ves, cuando se sabe hacer, una locomotora puede nadar como un pato.

—¡Ah! —dijo Jim, admirado—. Pero ¿no es de hierro?

—No importa —contestó Lucas, divertido, y escupió un looping en el agua—. También hay barcos que son de hierro. Por ejemplo, un tanque de gasolina vacío también lo es y a pesar de ello no se hunde, si no le entra agua.

—¡Ah! —exclamó Jim como si le hubiera comprendido. Pensó que Lucas era un hombre muy listo y que con un amigo como aquél nada podría salir mal.

Se alegraba por haber mantenido su palabra.

—Si no opinas lo contrario —dijo Lucas—, nos pondremos en marcha.

—De acuerdo —contestó Jim.

Soltaron el cable que sujetaba a Emma a la orilla. El viento hinchó la vela, el mástil crujió y el extraño barco se puso en movimiento.

No se oía más ruido que el zumbido del viento y el murmullo de las pequeñas olas que chocaban con la proa de Emma.

Lucas rodeaba con su brazo los hombros de Jim y los dos contemplaban silenciosos cómo Lummerland se iba quedando atrás, iluminado por la luna, con la casa de la señora Quéé, y la casa del señor Manga, con la pequeña estación del tren y el palacio del rey entre los dos picos desiguales.

Grandes lágrimas resbalaban por las negras mejillas de Jim.

—¿Estás triste? —preguntó Lucas en voz baja. En sus ojos había también un brillo sospechoso. Jim se sonó ruidosamente la nariz, se pasó la mano por los ojos y sonrió valientemente.

—Ya ha pasado.

—Lo mejor será que no volvamos a mirar hacia atrás —opinó Lucas dándole un golpe amistoso en la espalda. Se volvieron de forma que sólo podían mirar hacia delante.

—¡Bueno! —dijo Lucas—, fumaré otra pipa y luego jugaremos un rato a algún juego para distraernos.

Preparó su pipa, la encendió, lanzó un par de anillos de humo y luego empezaron a jugar para distraerse. Al poco rato estaban los dos muy entretenidos y se reían.

Así fue cómo zarparon sobre el mar iluminado por la luna.

CAPÍTULO QUINTO EN EL QUE SE TERMINA EL VIAJE POR MAR Y JIM DESCUBRE ARBOLES TRANSPARENTES

El viaje continuó sin incidentes dignos de mención. Por suerte el tiempo fue bueno. Una brisa ligera y suave hinchaba de día y de noche la vela y permitió que Emma avanzara tranquilamente.

—Me gustaría saber —dijo Jim una vez más, pensativo— hacia dónde vamos.

—No te preocupes —contestó Lucas, confiado—. Sencillamente, nos dejaremos llevar.

Durante unos días les siguió una manada de peces voladores que divirtieron mucho a los dos amigos. Los peces voladores son seres muy graciosos. Volaban alrededor de la cabeza de Jim y jugaban con él. Se perseguían unos a otros pero Jim no consiguió coger nunca a ninguno porque eran extraordinariamente ágiles; lo intentaba con tanto ardor que se cayó dos veces al agua. Por suerte nadaba muy bien porque había aprendido en la playa de Lummerland cuando era muy pequeño. Cuando Lucas le sacó del agua y le puso, calado hasta los huesos, sobre el techo de la cabina, todos los peces voladores sacaban sus cabezas del agua y abrían la boca como si se estuvieran burlando. No se oía nada porque es sabido que los peces son mudos.

Cuando los viajeros estaban hambrientos pescaban un par de peras de mar o de pepinos de agua de los altos árboles de coral. Estos árboles crecen tanto, que desde el fondo del mar llegan hasta la superficie del agua. La fruta del mar es nutritiva y contiene muchas vitaminas; es además tan jugosa que los dos amigos nunca pasaron sed. (El agua del mar no se puede beber porque es muy salada).

Pasaron los días y se contaban historias, silbaban, o jugaban a algún juego. Lucas había llevado, por si acaso, una caja de juegos pensando que el viaje sería bastante largo.

Por la noche, cuando querían dormir, abrían la tapadera del tónder que permanecía siempre cerrada para que no entrara agua y se deslizaban en la cabina por el agujero por donde se cargaba el carbón. Desde el interior, Lucas volvía a cerrar con cuidado la tapadera. Se envolvían en mantas y se echaban en el suelo. El camarote era muy pequeño pero muy cómodo. Se sentían muy a gusto, sobre todo cuando el agua golpeaba las puertas calafateadas y Emma se balanceaba como si fuera una enorme cuna.

Una mañana —exactamente al tercer día de la cuarta semana de viaje—, Jim se despertó muy temprano. Le pareció haber notado una sacudida.

—¿Qué será esto? —pensó—. ¿Por qué Emma no se balancea ni se mueve?

En vista de que Lucas estaba profundamente dormido, Jim decidió ir a ver lo que sucedía. Con mucho cuidado, para no despertar a su amigo, se levantó, se puso de puntillas y miró hacia fuera por una de las ventanillas.

A la luz rosada del amanecer contempló un paisaje de una belleza suave y maravillosa. Nunca había visto nada tan hermoso, ni siquiera en fotografía.

—No —exclamó al cabo de un rato—, esto no puede ser realidad. Debo de estar soñando que estoy aquí y que veo todo esto.

Se volvió a echar rápidamente y cerró los ojos para seguir durmiendo. Pero con los ojos cerrados no veía nada. Entonces pensó que no podía ser un sueño. Se volvió a levantar, volvió a mirar hacia fuera y vio otra vez el paisaje.

Veía árboles y flores maravillosas, de colores y formas extrañas pero lo más raro de todo era que parecían ser transparentes, transparentes como cristales de color. Frente a la ventanilla por la que Jim estaba mirando, había un árbol muy viejo, tan imponente que tres hombres no hubieran podido abrazar su tronco. Pero a través de él, como en un acuario, se podía ver todo lo que había detrás. El árbol era de un color violeta oscuro y por ello todo lo que estaba detrás parecía también violeta oscuro.

Vaporosas nubes de niebla flotaban sobre los prados y aquí y allá serpenteaban los ríos, cruzados por estrechos y graciosos puentes de porcelana. Algunos de ellos tenían extraños tejados de los que colgaban cientos de pequeñas campanas de plata que brillaban a la luz de la luna. De muchos árboles y de muchas flores colgaban también campanas de plata y cuando soplaba la brisa se oía un sonido delicado y celestial.

Grandes mariposas de alas brillantes volaban entre las flores y pájaros minúsculos, con largos picos arqueados, chupaban la miel y las gotas de rocío de sus cálices. Estos pájaros no eran mayores que los abejorros. (Se les llama colibrís. Son los pájaros más pequeños del mundo y parecen hechos de oro y de piedras preciosas).

A lo lejos, en el horizonte, se veían los picos de una gigantesca montaña, con estrías rojas y blancas, que se elevaban hasta las nubes y parecían, a distancia, el adorno del cuaderno de un niño gigante.

Jim miraba y por el asombro se olvidó de cerrar la boca.

—Bueno —oyó que le decía Lucas de repente—, me parece que no pones una cara muy inteligente, muchacho. Y además, ¡buenos días, Jim!

Y bostezó con placer.

—¡Oh, Lucas! —balbuceó Jim sin apartar la vista de lo que veía—. Afuera todo... es transparente... y... y...

—Cómo, ¿transparente? —preguntó Lucas volviendo a bostezar—. Por lo que yo sé el agua es siempre transparente. Tanta agua me aburre. Quisiera saber cuándo llegaremos a algún sitio.

—Nada de agua. —Jim casi gritaba por la emoción—. Yo hablo de árboles.

—¿Árboles? —preguntó Lucas desperezándose tanto, que crujió—. Jim, tú todavía estás soñando. En el mar no crecen árboles y menos transparentes.

—¡Pero no en el mar! —exclamó Jim, impaciente—. Ahí afuera hay tierra, árboles y flores y puentes y montañas...

Cogió a Lucas de la mano y enfadado intentó levantarlo.

—Ah, ah, ah —murmuraba Lucas mientras se levantaba. Entonces miró por la ventana y vio el fantástico país y él también se quedó un rato sin poder hablar. Por fin exclamó:

—¡Rayos y truenos!

Luego volvió a quedar silencioso. La visión le enmudecía.

—¿Qué tierra puede ser? —preguntó Jim.

—¿Esos árboles raros...? —murmuró Lucas, pensativo—, ¿estas campanitas de plata por todos lados, estos puentes de porcelana estrechos y ligeros...? —Y de pronto exclamó—: ¡Como me llamo Lucas el maquinista, que este país es China! ¡Ven, Jim, ayúdame! Tenemos que empujar a Emma hasta la playa.

Salieron gateando y empujaron a Emma hasta un lugar seco. Cuando lo hubieron conseguido se sentaron y desayunaron tranquilamente. Comieron los últimos pepinos de agua de sus provisiones. Luego Lucas encendió la pipa.

—¿Hacia dónde iremos ahora? —quiso saber Jim.

—Lo más sensato será —contestó Lucas—, que nos dirijamos hacia Ping. Por lo que yo sé así se llama la capital de China. A lo mejor conseguimos hablar con Su Majestad el emperador.

—¿Qué es lo que quieres de él? —preguntó Jim, asombrado.

—Le quiero preguntar si quiere una locomotora y dos maquinistas. A lo mejor necesita algo así. Entonces nos podríamos quedar aquí, ¿comprendes? El país no parece malo.

Se entregaron al trabajo y volvieron a transformar a Emma. Ante todo desmontaron el mástil y la vela. Volvieron a abrir las puertas calafateadas, sacaron la estopa y el alquitrán de las rendijas y por último volvieron a llenar de agua la caldera de Emma y cargaron el ténder con maderos que encontraron en la playa.

Al terminar encendieron fuego debajo de la caldera. Así se demostró que la madera transparente ardía tan bien como el carbón. Cuando el agua empezó a hervir, se pusieron en marcha. La buena y vieja Emma se sentía mucho mejor que en el mar, porque el agua no era del todo su elemento.

Al poco rato alcanzaron una carretera muy ancha por la que pudieron avanzar rápidamente y con comodidad. Naturalmente, tuvieron cuidado de no pasar por ninguno de los pequeños puentes de porcelana, porque la porcelana, como todos saben, es muy frágil y no soporta demasiado bien que una locomotora pase por encima de ella.

Fue una suerte que no se les ocurriera torcer hacia la derecha o hacia la izquierda porque aquella carretera conducía directamente a Ping, la capital de China.

Al principio se dirigieron siempre hacia el horizonte sobre el que se levantaba la montaña con estrías rojas y blancas. A las cinco horas y media de viaje, Jim, que se había subido al techo de la locomotora para echar una mirada, vio a lo lejos algo que parecía como un conjunto de miles y miles de tiendas de campaña. Todas estas tiendas brillaban bajo el sol como si fueran de metal.

Jim le contó a Lucas lo que había visto y éste le contestó:

—Son los tejados de oro de Ping. Hemos acertado el camino.

Al cabo de media hora larga llegaron a la ciudad.

CAPÍTULO SEXTO EN EL QUE UNA GORDA CABEZA AMARILLA LES CAUSA DIFICULTADES

En Ping había una enorme cantidad de personas y todas ellas eran chinas. Jim, que no había visto nunca a tanta gente de una vez, sintió una inquietud misteriosa. Todos eran de ojos rasgados, tenían trenza y llevaban grandes sombreros redondos.

Cada chino llevaba a otro chino más pequeño de la mano. Éste llevaba de la mano a otro más pequeño aún, y así sucesivamente hasta el más pequeño de todos que tenía el tamaño de un guisante. Si este último hubiese llevado a otro chino más pequeño, Jim no lo hubiera podido ver y hubiera necesitado una lupa.

Estos eran los chinos con sus niños y los niños de sus niños. (Todos los chinos tienen muchos niños y niños de niños). Todos andaban en desorden por la calle, hablaban, gesticulaban y mareaban a Jim.

La ciudad tenía miles y miles de casas; cada casa tenía muchos muchos pisos y cada piso tenía un tejado, parecido a un paraguas, que sobresalía y era de oro.

De las ventanas colgaban banderitas y faroles y en las callejuelas había cientos de balcones con cuerdas para tender la ropa, porque los chinos son un pueblo muy limpio. Nunca se ponen ropa sucia y el chino más pequeño, el que no es mayor que un guisante, lava la suya cada día y la tiende en un cordel más delgado que un hilo.

Emma tenía que ir con mucho cuidado para abrirse paso por entre la muchedumbre y no atropellar a nadie. Temía que no se oyera su jadeo y hacía sonar sin interrupción la campanilla y silbaba para que se apartaran del camino los niños y los niños de los niños. Estaba sin aliento.

Por fin llegaron a la plaza principal ante el palacio imperial. Lucas accionó la palanca del freno. Emma se detuvo y con un enorme suspiro de alivio dejó salir el vapor. Los chinos se desbandaban por todas partes por el miedo. No habían visto nunca una locomotora y creían que Emma era un monstruo que lanzaba sobre ellos su aliento caliente para matarles y comerles luego en el almuerzo.



Lucas encendió tranquilamente la pipa y le dijo a Jim:

—Ahora, querido muchacho, ven conmigo. Vamos a ver si el emperador de China está en casa.

Se bajaron y se dirigieron hacia el palacio. Para llegar a la puerta de entrada tuvieron que subir noventa y nueve escalones de plata. La puerta tenía diez metros de alto y seis metros y medio de ancho y era de ébano tallado. El ébano es una madera de color de azabache o ala de cuervo y es tan rara que en todo el mundo existen solamente doscientas diez toneladas y siete gramos.

Bien, la mitad de esta cantidad había sido empleada en la construcción de la gigantesca puerta. Junto a la puerta había un escudo en el que en letras de oro ponía:

EMPERADOR DE CHINA

Y debajo había un timbre hecho con un solo enorme diamante.

—¡Rayos y truenos! —dijo Lucas el maquinista, asombrado, cuando lo vio. Jim puso unos ojos redondos como una bola.

Lucas apretó el botón del timbre. Entonces, en la gigantesca puerta de ébano, se abrió una ventanilla. Una gorda cabeza amarilla se asomó y sonrió burlona a los dos amigos. Naturalmente, esta cabeza debía de tener un cuerpo igualmente grande, pero no se le podía ver porque estaba detrás de la puerta. La cabeza amarilla y gorda preguntó con voz de falsete:

—¿Qué desean los honorables señores?



—Somos dos maquinistas extranjeros —contestó Lucas—, y si es posible nos gustaría hablar con el emperador de China.

—¿Para qué desean ustedes hablar con nuestro muy poderoso emperador? —preguntó la cabeza y sonrió amistosamente.

—Será mejor que se lo digamos a él mismo —dijo Lucas.

—Por desgracia, muy honorable maquinista de una encantadora locomotora, es imposible —murmuró la cabeza del cuerpo invisible y sonrió amable—, es del todo imposible hablar con nuestro muy poderoso emperador. ¿Tienen ustedes una invitación?

—No —dijo Lucas disgustado—, ¿para qué?

Desde la ventanilla de la puerta la gorda cabeza amarilla contestó:

—Perdónenme, piojos indignos, pero no puedo dejarles entrar. El emperador no tiene tiempo.

—Pero en algún momento a lo largo del día —opinó Lucas—, tendrá un minuto para nosotros.

—¡Lo siento muchísimo! —respondió la cabeza y sonrió de oreja a oreja con una sonrisa azucarada—. Nuestro muy poderoso emperador no tiene nunca tiempo. ¡Perdónenme!

Y la ventanilla se cerró con un ruido seco.

—¡Maldito! —murmuró Lucas entre dientes.

Mientras bajaban los noventa y nueve escalones de plata, Jim dijo:

—Me parece que el emperador tiene tiempo para nosotros. Lo que pasa es que la gorda cabeza amarilla no nos quiere dejar entrar.

—Yo también lo creo así —gruñó Lucas, furioso.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Jim.

—Ahora nos iremos a dar una vuelta por la ciudad —dijo Lucas, animado. Cuando se enfadaba, el mal humor no le duraba nunca mucho.

Cruzaron la plaza, en la que se había reunido una muchedumbre enorme. Los chinos contemplaban a Emma la locomotora desde respetuosa distancia. Para Emma esto era muy desagradable. Avergonzada, bajó los faros. Cuando Lucas se le acercó y le acarició, respiró aliviada.

—Escúchame, Emma —dijo Lucas—, Jim y yo vamos a dar ahora una vuelta por la ciudad. Quédate aquí y no te muevas hasta que volvamos.

Emma suspiró resignada.

—No tardaremos mucho —la consoló Jim. Y se pusieron en marcha.

Los dos amigos anduvieron durante horas por las estrechas callejuelas y las calles pintorescas llenas de cosas extrañas.

¡Por ejemplo, los limpiadores de orejas! Los limpiadores de orejas trabajaban igual que entre nosotros los limpiabotas. Había que sentarse en unas cómodas sillas que tenían preparadas en las calles. Allí le limpiaban a uno las orejas. Pero no sencillamente con un trapo. ¡Oh, no! Era un procedimiento largo e ingenioso. Cada limpiador de orejas tenía una pequeña mesa con una bandeja de plata que contenía incontables cucharillas, pincelitos, palillos, cepillitos, bolas y tampones de algodón, tarritos y botellitas. Todo esto les servía para trabajar.

Los chinos van muy a gusto al limpiaorejas. Primero, naturalmente, por limpieza y segundo porque el cosquilleo y el hormigueo son muy agradables si el limpiaorejas trabaja como es debido. A los chinos les gusta mucho.

Había también cuentacabellos que le cuentan a uno los de la cabeza, porque en China es muy importante saber cuántos cabellos se tienen. Un cuentacabellos tiene unas minúsculas pinzas de oro con las que se puede coger los cabellos uno por uno. Cuenta cien cabellos y ata el mechoncito con un lacito. Y lo hace hasta que toda la cabeza está llena de lacitos. Junto a él se sienta un ayudante cuentacabellos que hace las sumas. Algunas veces pasan horas antes de que estén contados todos los cabellos. Pero hay personas con las que van muy de prisa porque también en China hay gente con sólo dos o tres cabellos en la cabeza.

Había muchas otras cosas.

Por ejemplo, por todos los rincones había prestidigitadores. Vieron a uno que de una semilla, en la palma de su mano, podía hacer crecer un arbolito en el que se posaban y gorjeaban unos pajarillos diminutos. De las ramas colgaban frutas pequeñas como perlas. Se podían coger y comer y tenían un sabor dulce como el azúcar.

Había acróbatas que hacían juegos de equilibrio con sus niños pequeños como guisantes, como si fueran pelotas. Mientras volaban por el aire, los niños tocaban, con pequeñas trompetas, una música alegre.

¡Cuántas cosas había para comprar! Nadie, si no ha estado en China, lo podrá creer. No tendría sentido enumerar todas esas frutas y telas costosas, objetos de porcelana, juguetes, vajillas, porque entonces este libro sería diez veces más grueso.

Bueno, había también tallistas de marfil. Es algo increíble y maravilloso. Alguno de estos tallistas de marfil tenía ya más de cien años y en toda su vida de trabajo sólo había tallado un pedazo de marfil. Pero este pedazo era tan valioso que nadie en la tierra lo podía comprar y entonces ellos se lo regalaban a alguien a quien juzgaban digno de conservarlo. Uno había tallado, por ejemplo, una bola del tamaño de un balón. Esta bola estaba llena de escenas maravillosas. Las escenas no estaban pintadas, sino talladas, tan bien talladas que parecían de encaje, pero en cambio eran de duro marfil.

Si se miraba a través de este encaje como a través de una fina rejilla se veía en el interior una segunda bola. Estaba suelta y del mismo modo maravillosamente tallada. En el interior de la segunda bola había otra bola más y así sucesivamente hasta el centro. Pero lo asombroso y verdaderamente curioso de este trabajo era que los artistas habían tallado estas maravillas en un solo pedazo sin abrir ninguna de las bolas. Las habían hecho trabajando a través de los pequeños agujeros del encaje con cuchillitos y cinceles minúsculos. Habían empezado hacía muchos, muchísimos años, cuando eran todavía niños del tamaño de un guisante. Al terminar el trabajo eran muy viejos y tenían el pelo completamente blanco. Se podía contemplar toda su vida en las bolas, como en un álbum de fotografías.

Los tallistas de marfil eran muy respetados por todos los chinos y se les llamaba: Los grandes maestros del marfil.

CAPÍTULO SÉPTIMO EN EL QUE EMMA HACE DE TIOVIVO Y DONDE LOS DOS AMIGOS CONOCEN A UN NIÑO DE NIÑOS

Los dos amigos estuvieron todo el día dando vueltas por la ciudad. El sol se había puesto ya en el horizonte y los tejados comenzaron a brillar a la luz del atardecer.

En las callejuelas, donde empezaba a anochecer, los chinos encendían farolillos de colores para que alumbraran. Los llevaban colgados de largas cañas; los chinos grandes llevaban faroles grandes, los pequeños, pequeños. Los más pequeños parecían gusanos de luz de muchos colores.

Con todas estas maravillas, los dos amigos habían olvidado que aparte de un par de frutas de mar para desayunar, no habían comido nada en todo el día.

—¡Esto pasa de la raya! —dijo Lucas, riendo—. Hay que hacer algo en seguida. Iremos a un restaurante y encargaremos una cena de campanillas.

—De acuerdo —dijo Jim—, ¿tienes dinero chino?

—¡Maldición! —contestó Lucas rascándose una oreja—. En esto no había pensado, pero con dinero o sin dinero el hombre tiene que comer. ¡Déjame pensar en ello!

Pensó un rato mientras Jim le miraba impaciente. De pronto Lucas exclamó:

—¡Ya lo tengo! Si no tenemos dinero, lo podemos ganar.

—¡Estupendo! —dijo Jim—, ¿pero cómo lo haremos tan rápidamente?

—Muy sencillo —contestó Lucas—, volveremos donde está Emma y anunciaremos que todo el que pague diez li, podrá dar una vuelta por la gran plaza del palacio, montado en ella.

Volvieron a la gran plaza del palacio imperial donde una inmensa muchedumbre, en actitud respetuosa, rodeaba todavía a la locomotora y la contemplaba asombrada. Ahora todos llevaban faroles.

Lucas y Jim se abrieron paso entre la gente y subieron al techo de su locomotora.

Un murmullo de expectación recorrió la muchedumbre.

—¡Atención, atención! —gritó Lucas—. ¡Distinguidos señoras y caballeros! Hemos venido desde muy lejos con nuestra locomotora y seguramente nos iremos muy pronto. ¡Aprovechen esta oportunidad única! Den un paseo con nosotros. En atención a ustedes sólo cuesta diez li. ¡Sólo diez li por un paseo alrededor de esta gran plaza!

Un cuchicheo recorrió la muchedumbre, pero nadie se movió de su sitio. Lucas empezó de nuevo:

—Acérquense tranquilamente, señores. ¡La locomotora no es peligrosa! ¡No tengan miedo! ¡Entren tranquilamente, distinguido público!

La multitud contemplaba pensativa a Lucas pero nadie se adelantó.

—¡Maldición! —le cuchicheó Lucas a Jim—, no se fían. Inténtalo tú.

Jim respiró hondo y gritó lo más fuerte que pudo:

—¡Queridos niños y niños de niños! Sólo os puedo aconsejar una cosa: ¡subid! ¡Es lo más divertido que os podéis imaginar, mejor que montar en un tiovivo! ¡Atención, atención! Empezaremos dentro de pocos minutos. Por favor, subid. ¡Sólo cuesta diez li por persona! ¡Sólo diez li!

Pero nadie se movía.

—Nadie se acerca —murmuró Jim, asombrado.

—Quizá sea mejor que primero demos una vuelta solos —opinó Lucas—. Es posible que entonces se animen y les entren ganas de subir.

Bajaron del techo y Emma empezó a andar. Pero el resultado fue muy distinto del que habían esperado. La gente huyó asustada y la plaza quedó desierta.

—No ha servido para nada —gimió Jim cuando se detuvieron.

—Tenemos que pensar en algo mejor —gruñó Lucas entre dientes.

Bajaron de la locomotora y empezaron a pensar, pero les molestaba el runruneo de sus estómagos vacíos. Por fin, Jim, en tono lastimero, dijo:

—Me parece que no encontraremos nada. ¡Si al menos conociéramos a alguien aquí! Un chino nos podría dar un buen consejo.

—¡Con mucho gusto! —pió de repente una vocecilla muy fina—. ¿Os puedo ayudar?

Lucas y Jim miraron asombrados hacia abajo y vieron a un chiquillo diminuto, más o menos del tamaño de una mano. Saltaba a la vista que

se trataba de un niño de niños. Su cabeza no era mayor que una pelota de ping-pong.

El muchachito se quitó el pequeño sombrero redondo e hizo cortésmente una profunda reverencia de forma que su coleta quedó tesa en lo alto.

—Mi nombre, honorables extranjeros —dijo—, es Ping Pong. Estoy a vuestra disposición.

Lucas se sacó la pipa de la boca y se inclinó igualmente con aire serio.

—Mi nombre es Lucas el maquinista. Entonces Jim se inclinó también y dijo:

—Me llamo Jim Botón.

El pequeño Ping Pong se volvió a inclinar y pió:

—He oído los runrunes de vuestros honorables estómagos. Para mí será un honor invitaros a comer. ¡Por favor, esperad un momento!



Y se fue corriendo con pasitos minúsculos hacia el palacio. Iba tan de prisa que parecía que fuera sobre ruedas.

Cuando hubo desaparecido en la oscuridad, los dos amigos se miraron perplejos.

—Siento curiosidad por saber qué sucederá —exclamó Jim.

—Esperemos y lo veremos —dijo Lucas, y le dio unos golpes a la pipa para vaciarla.

Cuando Ping Pong volvió, se tambaleaba bajo el peso de un bulto extraño que llevaba en la cabeza.

Era una mesita de laca no mucho mayor que una bandeja. La colocó en el suelo junto a la locomotora. Luego puso alrededor de la mesita unos almohadones del tamaño de un sello.

—Sentaos, por favor —dijo con gesto de invitación.

Los dos amigos se sentaron lo mejor que pudieron en los almohadones. Resultaba un poco difícil, pero no querían parecer descorteses.

Ping Pong se fue otra vez y volvió con un farol muy pequeño pero maravilloso, sobre el que habían pintado una cara sonriente. Colocó el bastón, del que colgaba el farol, entre los radios de una rueda de la locomotora. Así los dos amigos tenían una iluminación estupenda para su mesa. Entretanto se había hecho de noche y la luna no había salido todavía.

—¡Bien! —pió Ping Pong mirando satisfecho su obra—. ¿Qué les puedo traer para comer a los honorables señores?

—¡Ah! —dijo Lucas, algo sorprendido—. ¿Qué es lo que hay?

El pequeño anfitrión empezó a decir solícito:

—¿Quieren huevos centenarios con una tierna ensalada de orejas de ardillita? ¿Les gustarían lombrices dulces de tierra con nata agria? También es muy bueno el puré de corteza de árbol espolvoreada con raspaduras de cascos de caballo. ¿Prefieren avisperos con piel de serpiente en aceite y vinagre? ¿Qué les parecerían unas albóndigas de hormigas con exquisita baba de caracol? También son muy recomendables los huevos de libélula asados con miel o unos tiernos gusanos de seda con púas de erizo pasadas por agua. ¿A lo mejor prefieren patas de langosta resacas con una ensalada de antenas de abejorro?

—Querido Ping Pong —dijo Lucas, que le había echado a Jim muchas miradas de asombro—, son seguramente unos manjares deliciosos, pero hace poco tiempo que estamos en China y todavía no nos hemos acostumbrado a vuestra comida. ¿No habrá algo más sencillo?

—¡Oh, sí! —dijo Ping Pong, servicial—, por ejemplo, hay tordos empanados con crema de elefante.

—¡Oh, no! —dijo Jim—, no queremos decir esto. ¿No hay nada más razonable?

—¿Más razonable? —preguntó Ping Pong, asombrado. Entonces su cara se iluminó—. ¡Ya entiendo! —exclamó—. Hay colas de ratón y pudding de huevos de rana. Es lo más razonable que conozco.

Jim sacudió la cabeza.

—No —dijo—, tampoco quiero decir esto. Lo que yo digo es, por ejemplo, un gran pedazo de pan con mantequilla.

—¿Un qué? —preguntó Ping Pong.

—Pan con mantequilla —repitió Jim.

—No sé qué es —dijo Ping Pong, confuso.

—O huevos fritos con patatas —añadió Lucas.

—No —contestó Ping Pong—, no he oído hablar de esto en mi vida.

—O un asado de cerdo —continuó Lucas y la boca se le hizo agua.

El pequeño Ping Pong se agitó y miró a los dos amigos muy asustado.

—Perdonadme, honorables extranjeros, si me pongo nervioso —pió—, pero ¿seríais capaces de comer una cosa así?

—¡Claro! —exclamaron los dos amigos a la vez—, claro que seríamos capaces.

Meditaron un rato y de pronto Lucas el maquinista, haciendo castañetear los dedos, exclamó:

—¡Chicos, ya lo tengo! Estamos en China y en China hay arroz.

—¿Arroz? —preguntó Ping Pong—. ¿Arroz corriente?

—Sí —contestó Lucas.

—¡Ahora comprendo! —exclamó Ping Pong, feliz—. Os serviré un plato imperial. ¡Voy corriendo!

Iba a salir corriendo pero Lucas le sujetó fuerte por la manguita.

—¡Por favor, Ping Pong! —dijo—, ni escarabajos, ni cordones de zapatos asados y mezclados, si es posible.

Ping Pong lo prometió y desapareció en la oscuridad. Cuando volvió traía un par de tazas poco mayores que un dedal y las colocó encima de la mesa. Los dos amigos se miraron y pensaron que aquello resultaba

tal vez algo escaso para dos maquinistas. Pero no dijeron nada porque estaban invitados.

Ping Pong volvió a salir corriendo, trajo otras fuentecitas y se volvió a marchar. Hizo muchos viajes y acabó llenando la mesa con cazuelas y fuentes de las que salía un olor muy apetitoso. Delante de cada uno de los dos amigos puso dos palitos que parecían dos lápices finos.

—Quisiera saber —le dijo Jim a Lucas en voz baja—, para qué sirven estos palitos.

Ping Pong, que había oído sus palabras, contestó:

—Estos palitos, honorable portador de botones, son los cubiertos. Sirven para comer.

—¡Ah! —exclamó Jim, preocupado.

—Bien —opinó Lucas—, vamos a intentarlo. ¡Buen provecho!

Lo intentaron. Pero a pesar del cuidado con que lo hacían, cada vez que cogían un grano de arroz con un palillo, se les caía antes de llegar a la boca. Era muy incómodo porque los dos estaban cada vez más hambrientos y la comida resultaba cada vez más tentadora.

Ping Pong era demasiado educado para sonreír siquiera ante la poca habilidad de los dos amigos. Por fin ellos también se pusieron a reír y Ping Pong se les unió.

—Perdónanos, Ping Pong —dijo Lucas—, pero comeremos más a gusto sin estos palitos. Si no, nos moriremos de hambre.

Y comieron directamente de los tazones, que eran tan pequeños como cucharillas de té.

En cada tazón había arroz guisado de una forma distinta y uno era más rico que el otro. Había arroz rojo, arroz verde y arroz negro, arroz dulce, arroz picante y arroz salado, puré de arroz, flan de arroz y pastel de arroz, arroz azul, arroz garrapiñado y arroz dorado.

Comieron y comieron.

—Dime, Ping Pong —preguntó Lucas al cabo de un rato—, ¿por qué no comes con nosotros?

—¡Oh, no! —contestó Ping Pong con semblante grave—, esta comida no es apropiada para niños de mi edad. Nosotros necesitamos una alimentación líquida.

—¿Por qué? —preguntó Lucas con la boca llena—, ¿cuántos años tienes?

—Tengo exactamente trescientos sesenta y ocho días —respondió Ping Pong, orgulloso—. Pero me han salido ya cuatro dientes.

Era verdaderamente increíble que Ping Pong tuviera sólo un año y tres días. Para poderlo entender hay que saber lo siguiente:

Los chinos son un pueblo muy, muy inteligente. Son el pueblo más inteligente de la tierra. Son también un pueblo muy antiguo. Existían ya cuando la mayor parte de los demás pueblos no existía todavía. De ahí que los niños, aun los más pequeños, sepan lavarse la ropa. Al año son tan despiertos que corren y se portan como personas mayores. A los dos años saben leer y escribir. A los tres ya resuelven los problemas más difíciles, de esos que, entre nosotros, sólo sabe resolver un profesor.

Así se explica que el pequeño Ping Pong se supiera desenvolver tan bien y pudiera cuidarse de sí mismo como lo haría su propia madre. En lo demás era tan criatura como todos los niños del mundo a su edad, y en lugar de pantalones llevaba todavía pañales. Las cintas de los pañales las llevaba atadas detrás, con un gran lazo.

Sólo era su inteligencia la que había crecido mucho.

CAPÍTULO OCTAVO EN EL QUE LUCAS Y JIM DESCUBREN INSCRIPCIONES MISTERIOSAS

Había salido la luna llena y su luz plateada inundaba las calles y las plazas de la ciudad de Ping. En la torre del palacio sonaban graves y profundos golpes de gong; sonaban y volvían a sonar.

—Es la llamada Jau, la hora de los grillos —dijo Ping Pong—. Es la hora en que a todos los niños de China se les da el biberón de la noche. Permítanme que vaya a buscar el mío.

—¡Claro! —contestó Lucas.

Ping Pong se fue y volvió a aparecer casi en seguida. Traía bajo el brazo un biberón que parecía de muñeca. Se sentó sobre su almohadón y dijo:

—La leche de lagarto no me gusta mucho, pero para los niños de mi edad es insustituible. No tiene un sabor muy agradable, pero es muy nutritiva.

Y empezó a chupar.

—Dime, Ping Pong —dijo Lucas—, ¿de dónde has podido sacar tan rápidamente esta cena para nosotros?

—De la cocina del palacio imperial —dijo, despacio, Ping Pong—. Mirad, ahí enfrente, junto a la escalera de plata, está la entrada.

—¿Y tú puedes entrar tranquilamente?

—¿Por qué no? —contestó Ping Pong encogiéndose de hombros y volviendo a poner una cara muy seria—. Soy nada más y nada menos que el trigésimosegundo niño de los niños del señor Schu Fu Lu Pi Plu, el cocinero mayor.

—¿Y puedes coger la comida y llevártela? —interrogó Lucas—. Quiero decir que debía de ser para alguien.

—Era la cena de nuestro muy poderoso emperador —contestó Ping Pong con un gesto de desdén.

—¿Cómo? —exclamaron Lucas y Jim.

—Sí —aclaró Ping Pong—, nuestro muy poderoso emperador hoy tampoco ha querido comer.

—¿Por qué no? —preguntó Jim—. ¡Si estaba muy bueno!

—¿No sabéis, honorables extranjeros, lo que le sucede a nuestro emperador?

Y la cara de Ping Pong se puso muy triste.

—Os lo explicaré cuando termine —prometió—. Sólo un momento, por favor.

Volvió a coger su biberón y chupó con fuerza.

Lucas y Jim se dieron una mirada muy significativa. Era posible que Ping Pong les pudiera enseñar la manera de llegar hasta el emperador.

Mientras esperaban, Lucas cogió distraídamente uno de los palillos con los que habían comido, lo examinó con atención, luego miró el otro y por fin dijo:

—Aquí hay una inscripción. Parece un verso.

—¿Qué pone? —preguntó Jim. Él no sabía leer.

Lucas necesitó un buen rato para descifrar el escrito porque estaba en letras chinas, una debajo de la otra en lugar de estar una al lado de la otra. En China se escribe de esta manera.

En uno de los palillos ponía:

Si miro la Luna, mis ojos se ciegan por el llanto .

Y en el otro:

Me parece ver a mi niña, a quien quiero tanto .

—Suenan muy triste —dijo Jim cuando Lucas hubo terminado la lectura.

—Sí, parece que es alguien que llora por su hija —contestó Lucas—. Quizás haya muerto o esté enferma. También podría ser que estuviese lejos y este alguien estuviese triste porque no la puede ver. Podría haber sido raptada, por ejemplo.

—¡Sí, raptada! —asintió Jim, pensativo—. Pudiera ser.

—Tendríamos que saber —dijo Lucas encendiendo su pipa—, quién ha compuesto esta poesía.

Ping Pong, que había terminado su biberón y había escuchado atentamente la conversación de los dos amigos, dijo:

—Esta poesía, honorables extranjeros, la ha compuesto nuestro muy poderoso señor el emperador. Ha ordenado que se grabe en todos los palillos de China para que siempre pensemos en ello.

—¿En qué? —preguntaron al mismo tiempo Jim y Lucas.

—¡Esperad un segundo! —contestó Ping Pong. Se volvió a llevar al palacio la vajilla, la mesita y los almohadones. Soltó el farol del palo y lo sostuvo en la mano.

—¡Venid ahora, honorables extranjeros! —ordenó alegremente a los dos amigos y se adelantó. Dio unos pasos, se detuvo y se volvió.

—Quisiera pedirlos algo —dijo sonriendo avergonzado—. Me gustaría dar una vuelta en la locomotora. ¿Puedo?

—¿Por qué no? —contestó Lucas—. Basta con que nos digas adonde quieres que vayamos.

Jim cogió en brazos al pequeño Ping Pong, montaron y se pusieron en marcha.

Ping Pong parecía tener mucho miedo pero sonreía valiente y educado.

—¡Esto va muy aprisa! —pió—. Por favor, la primera calle a la izquierda, me parece, —y se acarició el vientre repleto—, ahora, por favor a la derecha... creo que he... ahora recto... creo que he bebido demasiado de prisa la leche... ahora por el puente, por favor... no es bueno para los niños de mi edad... siempre recto... para los niños de mi edad..., otra vez a la derecha, por favor... no es bueno..., ¡oh!, ¡cómo corre!...

A los pocos minutos llegaron a otra plaza, completamente redonda.

En el centro había un farol gigantesco, tan grande como un poste de anuncios, que daba una luz de color rojo oscuro. Tenía un aspecto extraño en la gran plaza vacía que se abría ante ellos y bajo la luz azul de la luna.

—¡Alto! —dijo Ping Pong a media voz—, hemos llegado. Este es el centro de China. El lugar donde está el gran farol es el centro del mundo. Así lo han calculado nuestros sabios. Por eso este lugar se llama sencillamente: El Centro.

Detuvieron a Emma y se bajaron.

Cuando llegaron junto al gran farol vieron que en él había una inscripción. También en letras chinas y una debajo de otra.

DE LOS DRAGONES
DE LA CIUDAD
QUE LA ALIBERE
LISIA AL QUE
A MI HIJA LA PRINCESA
A ENTREGAR POR ESPOSA
ME COMPROMETI SOLEMNEMENTE
Y PERDOR DE CHINA
YO PONG PONG

Cuando Lucas hubo descifrado la inscripción, dio un silbido.

—¿Qué pone? —quiso saber Jim. Lucas se lo leyó.

Entretanto el pequeño Ping Pong se había ido poniendo cada vez más nervioso.

—Me parece que he bebido demasiado de prisa la leche —murmuró un par de veces, preocupado. Y de pronto exclamó—. ¡Ay, Dios mío!

—¿Qué sucede? —preguntó Jim con interés.

—¡Oh, mis honorables extranjeros! —contestó Ping Pong—. ¡Ya sabéis lo que les sucede a los bebés de mi edad! ¡Ha sido a causa de la excitación! Por desgracia ha ocurrido y tengo que ir corriendo a ponerme unos pañales limpios.

Volvieron, pues, rápidamente a palacio y Ping Pong se despidió con mucha prisa.

—Para un niño como yo es hora de dormir —dijo—, así es que hasta mañana por la mañana. ¡Que durmáis bien, honorables extranjeros! Ha sido para mí un placer haberos conocido.

Se inclinó y desapareció entre las sombras del palacio. Se vio cómo se abría y cerraba la puerta de la cocina imperial. Después todo quedó en silencio.

Los dos amigos sonreían.

Jim dijo:

—Me parece que no ha sido la leche sino el viaje en nuestra vieja Emma lo que le ha sentado mal. ¿Qué opinas tú?

—Es posible —murmuró Lucas—. Era la primera vez y él es muy pequeño todavía. Ven, Jim, acostémonos. Hoy ha sido un día lleno de acontecimientos.

Entraron en la cabina y se acomodaron lo mejor que pudieron. En el viaje por mar se habían acostumbrado a dormir de aquella forma.

—¿Tú crees —preguntó Jim en voz baja mientras se envolvía en la manta—, que tendríamos que intentar liberar a la princesa?

—Sí lo creo —contestó Lucas y vació su pipa golpeándola—. Si lo consiguiéramos, Jim, el emperador seguramente nos permitiría instalar una línea de tren que atravesara todo el país chino. La buena de Emma volvería a estar sobre los raíles, como es debido, y nos podríamos quedar aquí.

Jim pensó que él no se quedaría allí tan a gusto como su amigo. China era muy bonita, pero él preferiría ir a un lugar donde hubiera menos gente y donde las personas se pudieran distinguir fácilmente las unas de las otras. Por ejemplo, Lummerland era un país muy hermoso. Reflexionaba en silencio porque no quería que Lucas pudiera pensar que sentía nostalgia. Por esto dijo:

—¿Tienes experiencia en dragones? No creo que sea muy sencillo tratar con ellos.

Lucas respondió alegremente:

—No he visto nunca un dragón, ni siquiera en el parque zoológico. Pero me parece que Emma podrá competir con esos bichos.

La voz de Jim sonó algo triste cuando añadió:

—Seguramente con uno solo sí, pero aquí se trata de toda una ciudad de dragones.

—Ya veremos, muchacho —contestó Lucas—. Ahora vamos a dormir. ¡Buenas noches, Jim! ¡No te preocupes!

—Sí —murmuró Jim—. Buenas noches, Lucas.

Y permaneció un rato pensando en la señora Quéé, en lo que estaría haciendo y le pidió al buen Dios que la consolara porque debía de estar muy triste. Que por favor, se lo hiciera comprender todo.

Luego estuvo escuchando el resoplar de Emma, que hacía rato que dormía tranquilamente.

Y entonces se durmió él también.

CAPÍTULO NOVENO EN EL QUE APARECE UN CIRCO Y ALGUIEN HACE PLANES MALINTENCIONADOS CONTRA JIM Y LUCAS

Cuando a la mañana siguiente los dos amigos se despertaron, el Sol estaba ya muy alto en el cielo.

La multitud del día anterior se había reunido de nuevo y contemplaba a la locomotora desde una distancia prudencial. Lucas y Jim bajaron, dieron los buenos días y se desperezaron a gusto.

—¡Qué día tan delicioso hace hoy! —dijo Lucas—. Precisamente el más apropiado para visitar a un emperador y decirle que uno va a liberar a su hija.

—¿No desayunaremos antes? —preguntó Jim.

—Sospecho —contestó Lucas—, que el mismo emperador nos invitará a desayunar con él.

Volvieron a subir los noventa y nueve escalones de plata y pulsaron el timbre de diamante. En la puerta de ébano se abrió la ventanilla y asomó la gran cabeza amarilla.

—¿Qué desean los honorables señores? —preguntó con voz de falsete y sonrió tan amablemente como el día anterior.

—Queremos ver al emperador de China —dijo Lucas.

—Lo siento, pero el emperador hoy tampoco tiene tiempo —contestó la gran cabeza amarilla disponiéndose a desaparecer.

—¡Alto, amiguito! —exclamó Lucas—. Dile al emperador que aquí hay dos hombres dispuestos a rescatar a su hija de la Ciudad de los Dragones.

—¡Oh! —musitó la gran cabeza amarilla—, esto es distinto. Tengan la amabilidad de esperar un momento, por favor.

Y cerró la ventanilla.

Los dos amigos se quedaron ante la puerta y esperaron.

Y esperaron.

Y esperaron.

El momento había pasado hacía rato. Habían pasado ya muchos momentos, pero la gran cabeza amarilla no volvía a aparecer en la ventanilla de la puerta.

Cuando ya habían esperado bastante, Lucas gruñó:

—Tenías razón, Jim, antes hemos de ocuparnos de nuestro desayuno. Es posible que a mediodía comamos con el emperador.

Jim se volvió buscando al pequeño Ping Pong, pero Lucas dijo:

—No, Jim, no podemos permitir que un bebé nos invite. Sería ridículo que no supiéramos cuidar de nosotros mismos.

—¿Quieres decir —preguntó Jim dudando—, que tenemos que volver a intentar que Emma haga de tiovivo?

—A mí se me ha ocurrido algo mejor —aclaró—. Fíjate, Jim.

Y escupió un *looping*, uno muy pequeño, para que no lo pudiera ver nadie más que Jim.

—¿Entiendes? —preguntó guiñándole contento el ojo.

—No —contestó Jim.

—¿Te acuerdas de los acróbatas que vimos ayer? Nosotros también sabemos hacer unas cuantas cosas como ellos. ¡Daremos una función de circo!

—¡Qué bien! —exclamó Jim, entusiasmado. Entonces pensó que él no sabía hacer nada y preguntó desilusionado:

—¿Y yo qué haré?

—Tú harás de payaso y me ayudarás —dijo Lucas—. Ahora te darás cuenta, Jim, de lo útil que es dominar algún arte.

Se encaramaron al tejado de Emma y empezaron, como la noche anterior, a gritar por turno:

—¡Respetables señores! Éste es el circo ambulante de Lummerland y vamos a dar una función de gala como nunca se ha visto. ¡Por aquí, respetables señores, por aquí! Nuestra representación va a empezar en seguida.

La gente se fue acercando curiosa.

Como introducción, Lucas enseñaba que él, «el hombre más fuerte del mundo», podía doblar, sólo con las manos, una barra de hierro. Apareció con una palanca que había sacado de la locomotora.

Los chinos, que eran muy aficionados a todo lo que se refería al circo, se acercaron todavía más.

Ante las miradas asombradas de la muchedumbre, Lucas hizo un nudo con la palanca. Cuando hubo terminado, los espectadores prorrumpieron en un aplauso.

En el segundo acto, Jim sostenía en alto una cerilla encendida y Lucas, como artista escupidor, la apagaba desde una distancia de tres metros y medio. Jim, en su papel de tonto, hacía como si fuera muy torpe y tuviera mucho miedo de que el tiro le alcanzara.

Luego Lucas y Emma la locomotora, silbaron a dos voces una bonita canción. Resonó un aplauso ensordecedor. Jamás se había visto, en aquellas tierras, una cosa semejante.

En el último número, Jim pidió silencio para que el honorable público pudiera admirar un programa extraordinario y único. Y ante la expectación de todos los asistentes, Lucas escupió un maravilloso y gigantesco *looping* ; ni el mismo Jim había visto nunca uno tan grande.



Los chinos rompieron en un aplauso atronador y querían volver a verlo todo. Pero antes de que los dos amigos empezaran una nueva función, Jim pasó entre la gente recogiendo dinero.

En la plaza, la muchedumbre curiosa había ido aumentando y Jim recogió una buena cantidad de dinero. Eran sólo pequeñas monedas con un agujero en el centro, para atarlas con una cinta. A Jim le pareció que era muy práctico porque de lo contrario no hubiera sabido cómo guardar todo el dinero.

Así pasaron horas y horas, sin que la gran cabeza amarilla volviese a aparecer en la ventanilla de la puerta.

El motivo era el siguiente:

Detrás de la puerta de ébano estaban las oficinas imperiales. Y en las oficinas todo tarda siempre muchísimo. El guarda de la puerta fue con su informe al jefe de los guardas de la puerta. El jefe de los guardas de la puerta fue al escribiente, el escribiente al subcanciller, el subcanciller al canciller, el canciller al consejero y así cada uno se dirigía al funcionario superior. Es fácil imaginar lo que una noticia tardaba en llegar hasta el bonzo.

En China a los ministros los llaman bonzos y el primer ministro lleva el título de «Superbonzo». En aquel tiempo, el superbonzo reinante se llamaba señor Pi Pa Po.

Desgraciadamente, hay que decir una cosa no muy agradable sobre el señor Pi Pa Po. Era terriblemente ambicioso y no podía soportar que nadie hiciera nada notable. Cuando se enteró de que habían llegado dos extranjeros que querían liberar a la princesa Li Si, se sintió lleno de envidia.

«Si hay alguien en el mundo que se tenga que casar con la princesa», se dijo, «ése soy yo, porque soy el único digno de ella».

En realidad no se hacía ilusiones, pero estaba celoso. Tenía miedo y no se atrevía a ir a la Ciudad de los Dragones a liberar a la princesa. Pero si él, el superbonzo Pi Pa Po, no se sentía capaz de ello, era mejor que nadie osara hacerlo. Él mismo se ocuparía de que no sucediera tal cosa.

«A estos extranjeros los arreglaré yo», se dijo. «Los denunciaré por espías y los mandaré encerrar en un calabozo. Solamente tengo que procurar que el emperador no se entere de nada porque me la podría cargar».

Y fue a buscar al capitán de la guardia imperial de palacio.

El capitán apareció, se cuadró y saludó con su gran sable curvado. Era un muchacho muy alto y fuerte con cara feroz y cubierta de cicatrices.

Parecía muy salvaje pero, en realidad, era un hombre muy sencillo. Lo único que sabía hacer era obedecer. Cuando un bonzo le daba una orden, la cumplía sencillamente sin pensar en qué clase de orden era. Así se lo habían enseñado y así lo hacía.

—Señor capitán —dijo el superbbonzo—, tráigame a los dos extranjeros que esperan fuera del palacio. Pero no hable con nadie de esto, ¿comprendido?

—Sí, señor —contestó el capitán, volvió a saludar y salió para llamar a los guardias de Corps.

CAPÍTULO DÉCIMO EN EL QUE LUCAS Y JIM SE ENCUENTRAN EN GRAN PELIGRO

El circo Lummerland acababa de terminar una representación y el aplauso de los espectadores resonaba por toda la plaza.

—¡Bien! —le dijo Lucas a Jim—. Ahora nos iremos tranquilamente a desayunar. Tenemos ya bastante dinero.

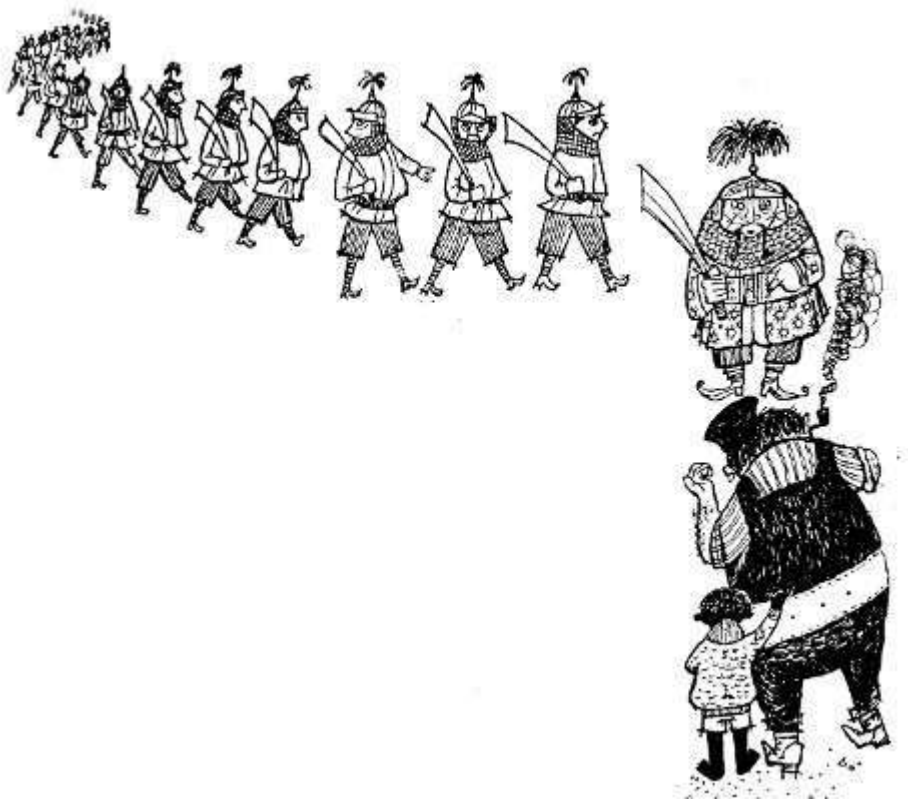
Y dirigiéndose a los espectadores, les dijo:

—¡Ahora habrá un pequeño descanso!

En aquel momento se abrieron las puertas de ébano del palacio y bajaron por la escalera treinta hombres uniformados. Llevaban unos cascos dentados en la cabeza y sables curvados en el costado, la multitud enmudeció y se apartó con miedo. Los treinta soldados marchaban directos hacia Lucas y Jim. Se pusieron en círculo alrededor de los dos amigos y el capitán se acercó a Lucas.

—Ruego a los honorables extranjeros que se dignen seguirme a palacio sin vacilar —ordenó con voz ronca y profunda.

Lucas miró al capitán de la cabeza a los pies. Luego se sacó la pipa del bolsillo, la llenó con calma y la encendió. Cuando estuvo encendida volvió a dirigir su atención al capitán y dijo lentamente:



—No, en este momento no nos dignamos. Ahora queremos ir a desayunar. Os lo habéis tomado con mucha calma y ahora nosotros no tenemos prisa.

En la cara llena de cicatrices del capitán apareció una sonrisa que quería ser amable y ladró:

—Estoy aquí por orden superior y os tengo que llevar a los dos.

—He de cumplir la orden. Mi oficio es obedecer.

—El mío no —contestó Lucas y lanzó una nubecita de humo—. ¿Quién es usted?

—Soy el capitán de la guardia del palacio imperial —exclamó, y saludó con el sable.

—¿Le ha enviado el emperador de China? —preguntó Lucas.

—No, venimos por orden del señor Pi Pa Po, el superbonzo.

—¿Qué opinas, Jim? —le preguntó Lucas a su amigo—. ¿Que desayunemos o que vayamos primero a ver al señor Pi Pa Po?

—Yo tampoco lo sé —dijo Jim, al que todo lo que ocurría le parecía algo sospechoso.

—Bien —dijo Lucas—. Seremos más amables que él y no le haremos esperar. ¡Ven, Jim!

Rodeados por la guardia palaciega, subieron los noventa y nueve escalones y entraron en palacio por la puerta. Detrás de ellos se cerraron las pesadas hojas de ébano.

Pasaron por una galería adornada magníficamente. Gruesas columnas de jade sostenían un techo de nácar brillante. Por todas partes colgaban cortinajes de terciopelo rojo y de costosa seda floreada. A la izquierda y a la derecha había pasillos laterales. Jim y Lucas veían muchas puertas, una a cada cinco metros. Había un número incontable de puertas porque cada pasillo lateral tenía a su vez otros pasillos laterales y todos ellos eran tan largos que parecía que no tuvieran fin.

—Esto, honorables extranjeros —dijo el capitán, cansado—, son las oficinas imperiales. Si se dignan seguirme les conduciré a la presencia del ilustre superbondo señor Pi Pa Po.

—A decir verdad —gruñó Lucas—, preferimos ver al emperador en persona y no al ilustre señor Pi Pa Po.

—Es posible que el muy ilustre señor superbondo les acompañe a la presencia del muy poderoso emperador —contestó el capitán haciendo una mueca que quería ser amable.

Marcharon, pues, durante largo rato por los muchos pasillos, hasta que llegaron ante una puerta.

—Aquí es —dijo el capitán respetuosamente.

Lucas llamó a la puerta y sin preocuparse por nada entró con Jim en la habitación. Los soldados se quedaron esperando sentados en el pasillo.

En la habitación había tres bonzos muy gordos, sentados en sillas muy altas. El bonzo que estaba en el centro tenía una silla más alta que los demás y llevaba un vestido de oro. Era el señor Pi Pa Po. Los tres tenían unos abanicos de seda con los que se daban aire. Delante de cada bonzo había un escribiente de cuclillas en el suelo y provisto de tinta china, papel y pincel, porque en China se escribe con pincel.

—¡Buenos días, señores! —dijo Lucas en tono amistoso tocándose la gorra con los dedos—. ¿Es usted el señor Pi Pa Po, el superbondo? Quisiéramos ver al emperador.

—Quizás —añadió el segundo bonzo mirando de reojo al superbondo.

—No es del todo imposible —dijo el tercer bonzo. Los tres bajaron la cabeza sonriendo y los escribientes estallaron en risas contenidas

mientras se inclinaban sobre los papeles en los que escribieron las ingeniosas palabras de los bonzos, para conservarlas a la posteridad.

—Permítanme unas preguntas —dijo el superbongo—, ¿quiénes son ustedes?

—¿Y de dónde vienen en realidad? —quiso saber el segundo bonzo.

—¿Qué buscan aquí? —se interesó el tercero.

—Yo soy Lucas el maquinista y éste es mi amigo Jim Botón —dijo Lucas—. Venimos de Lummerland y queremos ver al emperador de China para comunicarle que estamos dispuestos a liberar a su hija de la Ciudad de los Dragones.

—Un propósito muy digno de alabanza —opinó el superbongo, sonriendo—. Pero esto lo puede decir cualquiera.

—¿Lo pueden demostrar? —preguntó el segundo bonzo.

—¿Tienen algún permiso? —añadió el tercero.

Los escribientes estallaron otra vez en risas sofocadas y lo escribieron todo para la posteridad; los bonzos se abanicaron e inclinaron la cabeza, sonriendo.

—Oigan ustedes, señores bonzos —dijo Lucas echando hacia atrás su gorra y sacándose la pipa de la boca—. ¿Qué es lo que quieren? Mejor sería que no se mostrasen tan arrogantes. Me parece que el emperador se enfurecerá cuando se entere de la importancia que se dan.

—De esto —dijo el superbongo sonriendo—, es posible que no se entere jamás.

—Sin nosotros —aclaró el segundo bonzo satisfecho—, los honorables extranjeros no llegarían nunca hasta el emperador.

—Les dejaremos llegar a él cuando lo hayamos comprobado todo —terminó el tercero. Y los bonzos volvieron a bajar la cabeza sonriendo y los escribientes escribieron y estallaron en risas contenidas.

—Muy bien —dijo Lucas, suspirando—. Pero dense prisa, por favor, con las comprobaciones. Todavía no hemos desayunado.

—Dígame, señor Lucas —empezó el superbongo—, ¿tienen ustedes algún documento?

—No —contestó Lucas.

Los bonzos levantaron las cejas y se miraron uno a otro significativamente.

—Sin documentos —dijo el segundo bonzo—, no tienen prueba alguna de que existen.

—Sin documentos —añadió el tercero—, oficialmente ustedes no existen. Así es que no pueden ir a ver al emperador. Porque un hombre que no existe no puede ir a ningún sitio. Esto es lógico.

Y los bonzos inclinaron la cabeza y los escribientes estallaron en risas sofocadas y lo escribieron todo para la posteridad.

—¡Pero si estamos aquí! —exclamó Jim—. Por lo tanto existimos.

—Esto lo puede decir cualquiera —respondió el superbbonzo sonriendo.

—Esto no es, ni con mucho, una prueba —dijo el segundo bonzo.

—De todas formas oficialmente no lo es —añadió el tercero.

—Lo más que podemos hacer es extenderles un documento provisional —dijo el superbbonzo, condescendiente—. Esto es realmente todo lo que podemos hacer por ustedes.

—Bien —dijo Lucas—, ¿podremos ir a ver al emperador con eso?

—No —respondió el segundo bonzo—. Con eso no podrán ver al emperador.

—¿Qué es lo que podremos hacer entonces? —quiso saber Lucas.

—Nada —dijo el tercer bonzo, sonriendo.

Otra vez los tres bonzos se abanicaron e inclinaron la cabeza, los escribientes estallaron en risas sofocadas y escribieron las palabras llenas de ingenio de sus superiores.

—Os voy a decir una cosa, mis señores bonzos —dijo Lucas lentamente—. Si no nos lleváis en seguida a presencia del emperador, os demostraremos que existimos. Y también oficialmente. —Diciendo esto les enseñó su gran puño negro y Jim enseñó su pequeño puño negro.

—¡Detengan sus lenguas! —silbó el superbbonzo con una sonrisa páfida—. ¡Esto es una ofensa a los bonzos! Por esto sólo, podría haceros meter en el calabozo.

—¡Esto es el colmo! —gritó Lucas, que empezaba a perder la paciencia—. Tenéis el propósito de no dejarnos llegar hasta el emperador, ¿verdad?

—Sí —contestó el superbongo.

—¡Jamás! —exclamaron también los escribientes mirando de reojo a los bongos.

—¿Y por qué no? —preguntó Lucas.

—Porque sois espías —contestó el superbongo y sonrió triunfante—. ¡Seréis detenidos!

—Bien —dijo Lucas con una calma peligrosa—. ¿Creéis que nos podéis tomar el pelo, bongos gordos y estúpidos? Con nosotros os habéis equivocado.

Se dirigió primeramente hacia los escribientes, les arrancó los pinceles de la mano y se los metió en las orejas. Los escribientes cayeron al suelo gritando lastimeramente.

Luego Lucas, sin quitarse la pipa de la boca, cogió al señor Pi Pa Po, lo levantó en el aire, lo volteó y lo metió de cabeza en la papelera. El superbongo gritaba y aullaba por la rabia y pataleaba, pero no se podía liberar. Le había metido con demasiada fuerza.

Luego Lucas cogió a los dos otros bongos por el cogote, uno en cada mano, abrió la ventana con el pie y los sostuvo afuera en el aire con el brazo tendido. Los dos bongos se lamentaban pero no se atrevían a patalear por miedo a que los dejara caer. Aquel lugar estaba muy alto. Por eso colgaban muy quietos y miraban hacia abajo con cara pálida.

—¿Qué? —preguntó Lucas con la pipa entre los dientes—, ¿qué os parece? —Los sacudió un poco y a los dos les empezaron a castañetear los dientes—. ¿Nos llevaréis en seguida a ver al emperador o no?

—Sí, sí —gimieron los dos bongos.

Lucas los metió adentro y los puso de pie sobre las piernas temblorosas. Pero en aquel momento apareció en la puerta la guardia palaciega. Los gritos del superbongo la había alarmado. Los treinta hombres entraron atropelladamente en la habitación y se dirigieron hacia Lucas y Jim con los sables desenvainados. Estos saltaron hacia una esquina de la habitación para tener las espaldas guardadas. Jim se colocó detrás de Lucas que paraba los sablazos con la pata de una silla y empleaba la mesita de uno de los escribientes como escudo. Pronto tuvo que coger otra mesita y otra silla porque las primeras habían quedado destrozadas por los sables. Jim se las pasó rápidamente. Pero estaba claro que no podrían resistir mucho tiempo, porque sólo había tres mesitas y tres

sillas en la habitación. La resistencia terminaría pronto y... ¿entonces qué?

Como la lucha acaparaba toda su atención, ni Jim ni Lucas repararon en la carita asustada que, más o menos a un palmo del suelo, apareció de pronto en la puerta abierta, miró durante un segundo en la habitación y volvió a desaparecer.

Era Ping Pong.

Había dormido hasta muy entrada la mañana, porque el día anterior se había acostado más tarde que de costumbre. Por esto no encontró a sus amigos junto a la locomotora. La gente le contó que la guardia de palacio había ido a buscar a los dos maquinistas. Al oír esto, Ping Pong sintió una gran inquietud. Recorrió todos los pasillos del palacio imperial hasta que desde lejos oyó el ruido de la lucha; se dirigió hacia allí y vio la puerta abierta. Le bastó una mirada para hacerse cargo de la gravedad de la situación. Sólo una persona le podía ayudar: el mismísimo poderoso emperador. Ping Pong corrió como una comadreja por los corredores, subiendo las escaleras, por salas y aposentos. A veces tuvo que pasar por entre dos centinelas que intentaban detenerle cruzando sus alabardas, pero se escurría pasando por debajo. Se caía en las curvas, resbalaba en el brillante suelo de mármol y perdía momentos muy valiosos. Pero se levantaba en seguida y seguía corriendo dejando pequeñas nubes de polvo detrás de él. Subió dando brincos por una ancha escalera de mármol y corrió por encima de una alfombra interminable. Corrió y corrió y corrió...

Le faltaban solamente dos antesalas para llegar al salón del trono del emperador... Ya no le faltaba más que una. Allí estaban las dos grandes hojas de la puerta del salón... pero —¡qué espanto!— dos criados las estaban cerrando lentamente. En el último segundo se escurrió por una estrecha rendija y entró en el salón del trono. La puerta se cerró suavemente tras él.

El salón era inmenso; en el fondo Ping Pong vio al muy poderoso emperador sentado en un trono de plata y diamantes, bajo un baldaquín de seda azul celeste. Junto al trono, sobre una mesita, había un teléfono incrustado de diamantes.

En un ancho semicírculo se hallaban reunidos los poderosos del reino, los príncipes, los mandarines, los tesoreros, los nobles, los sabios, los astrólogos y los grandes pintores y poetas de China. Todos ellos aconsejaban al emperador en los asuntos importantes del reino. También había músicos con violines de cristal y flautas de plata y un piano chino, recubierto de perlas.

Precisamente en aquel momento los músicos empezaban a tocar una melodía alegre. En el salón reinaba un gran silencio y todos escuchaban atentos. Pero Ping Pong no podía esperar a que terminara la música porque en China los conciertos duran mucho más que en ningún otro

lugar del mundo. Se abrió paso entre la multitud de los dignatarios y cuando estuvo a unos veinte pasos de distancia del trono, se echó al suelo sobre el vientre —así era como se saludaba en China al emperador— y se arrastró con un esfuerzo tremendo hasta los escalones de plata.

Los dignatarios se agitaron nerviosos. Los músicos dejaron de tocar porque perdieron el compás y por todo el salón se oyó un murmullo de indignación.

El emperador de China era un hombre muy grande y muy viejo, con una barba fina y blanca como la nieve que le llegaba hasta el suelo; miró asombrado, pero no molesto, al minúsculo Ping Pong que estaba a sus pies.

—¿Qué quieres, pequeño? —preguntó lentamente—. ¿Por qué interrumpes mi concierto?

Hablaba en tono bajo, pero su voz tenía tal sonoridad que se la podía oír hasta el último rincón del salón del trono.

Ping Pong jadeaba.

—¡Jipp... —consiguió decir—, lúe... locomott... peí... peligro!

—Habla despacio, pequeño —le rogó el emperador con amabilidad—. ¿Qué sucede? Tómame el tiempo necesario, no tengas prisa.

—¡Quieren salvar a Li Si! —jadeó Ping Pong.

El emperador se puso en pie de un salto.

—¿Quiénes? —exclamó—, ¿dónde están?

—En el despacho —gritó Ping Pong— con el señor Pi Pa Po... ¡de prisa!... ¡Gua... guardia de palacio!

—¿Qué pasa con la guardia de palacio? ¿Qué? —preguntó el emperador, excitado.

—... ¡quieren matar! —dijo Ping Pong casi sin aliento.

La agitación fue enorme. Todos corrieron hacia la puerta. Los músicos abandonaron sus instrumentos y corrieron también. Delante de todos iba el emperador a quien la esperanza de que alguien salvara a su hija, ponía alas en los pies. Detrás de él corrían los dignatarios en tropel y en el centro de éstos el pequeño Ping Pong. Nadie se preocupaba por él y en todo aquel jaleo tenía miedo de que lo atropellaran.

Mientras tanto, Lucas y Jim se hallaban en muy mala situación. La guardia palaciega con sus sables había hecho pedazos todos los muebles

de la habitación. Los dos amigos estaban indefensos ante los soldados armados. Treinta sables puntiagudos se dirigían hacia ellos.

—¡Ponedles cadenas! —gritó el superbonzo, que entretanto había conseguido ponerse en pie, mientras intentaba inútilmente sacar la cabeza de la papelera—. ¡Sí, sí, sí, atadles con cadenas! ¡Son espías peligrosos! —chillaban los otros bonzos y los escribientes.

A Lucas y a Jim los ataron de pies y de manos con gruesas cadenas y los llevaron a la presencia del señor Pi Pa Po y de los otros dos bonzos.

El superbonzo, sonriendo furioso, preguntó a través del enrejado de la papelera:

—¿Cómo os encontráis? Lo mejor será que os corten ahora mismo vuestras honorables cabezas.

Lucas no respondió. Juntó todas sus fuerzas e intentó romper las cadenas. Pero eran de acero chino y tan gruesas, como para atar a un elefante.

Los bonzos sacudieron la cabeza y los escribientes se rieron de los esfuerzos de Lucas.

—Jim, muchacho —dijo éste por fin, dirigiéndose a su pequeño amigo; hablaba despacio y con voz ronca, sin preocuparse de los escribientes ni de los bonzos—, ha sido un viaje muy corto. Siento que tengas que compartir mi suerte.

Jim tragó saliva.

—¡Pero somos amigos! —contestó en voz baja, mordiéndose el labio inferior para que no le temblara.

Los escribientes volvieron a estallar en risas y los bonzos inclinaron las cabezas dirigiéndose los unos a los otros sonrisas irónicas.

—Jim Botón —dijo Lucas—, eres el chico más simpático que he encontrado en toda mi vida.

—¡Conducidlos al lugar de la ejecución! —ordenó el superbonzo. Los soldados cogieron a Lucas y a Jim para llevárselos.

—¡Alto! —dijo de pronto una voz no muy fuerte, pero que todos oyeron perfectamente. Se volvieron.

Allí, en la puerta, estaba el emperador de China y detrás de él todos los dignatarios del reino.

—¡Abajo los sables! —ordenó el emperador.

El capitán palideció por el miedo y bajó la espada. Los soldados le imitaron.

—¡Quitad las cadenas a los extranjeros! —mandó el emperador—. Y ponédselas inmediatamente al señor Pi Pa Po y a los otros.

Le obedecieron en seguida.

Lo primero que hizo Lucas en cuanto se vio libre, fue encender la pipa que se le había apagado; luego dijo:

—¡Ven, Jim!

Los dos amigos se dirigieron hacia el emperador de China. Lucas se quitó la gorra de la cabeza y la pipa de la boca y dijo:

—¡Buenos días, Majestad! ¡Me alegro de poderle conocer, por fin!

Y los tres se dieron la mano.

CAPÍTULO ONCE EN EL QUE JIM BOTÓN CONOCE DE MODO INESPERADO EL SECRETO DE SU NACIMIENTO

El emperador, Lucas y Jim, con el séquito de los dignatarios, se dirigían tranquilamente hacia el salón del trono atravesando los corredores de palacio.

—¡Ha llegado usted en el momento preciso, Majestad! —le dijo Lucas al emperador mientras subían por la ancha escalera de mármol—. Esto hubiera podido tener un fin fatal. ¿Cómo supo usted de nosotros?

—Por un chiquillo diminuto que entró de repente —contestó él—. No sé quién es, pero parecía un chiquillo decidido e inteligente.

—¡Ping Pong! —exclamaron Lucas y Jim a la vez—. Es el niño de los niños del cocinero mayor, el que tiene ese nombre tan complicado —añadió Jim.

—¿El señor Schu Fu Lu Pi Plu? —preguntó el emperador, sonriendo.

—¡Exactamente! —dijo Jim—. ¿Pero dónde está Ping Pong?

Nadie lo sabía y todos empezaron a buscar.

Por fin encontraron al pequeño. Se había envuelto en una esquina de una cortina de seda y estaba durmiendo. Para un niño de su edad, el salvamento había representado un esfuerzo demasiado grande. Cuando vio que los dos amigos estaban salvados, cayó en un sueño tranquilo y profundo.

El mismo emperador se inclinó hacia él, lo levantó y lo llevó con cuidado a sus propios aposentos. Allí lo colocó en su cama con dosel. Lucas y Jim miraban emocionados a su pequeño salvador cuyos débiles ronquidos parecían el canto de un grillo.

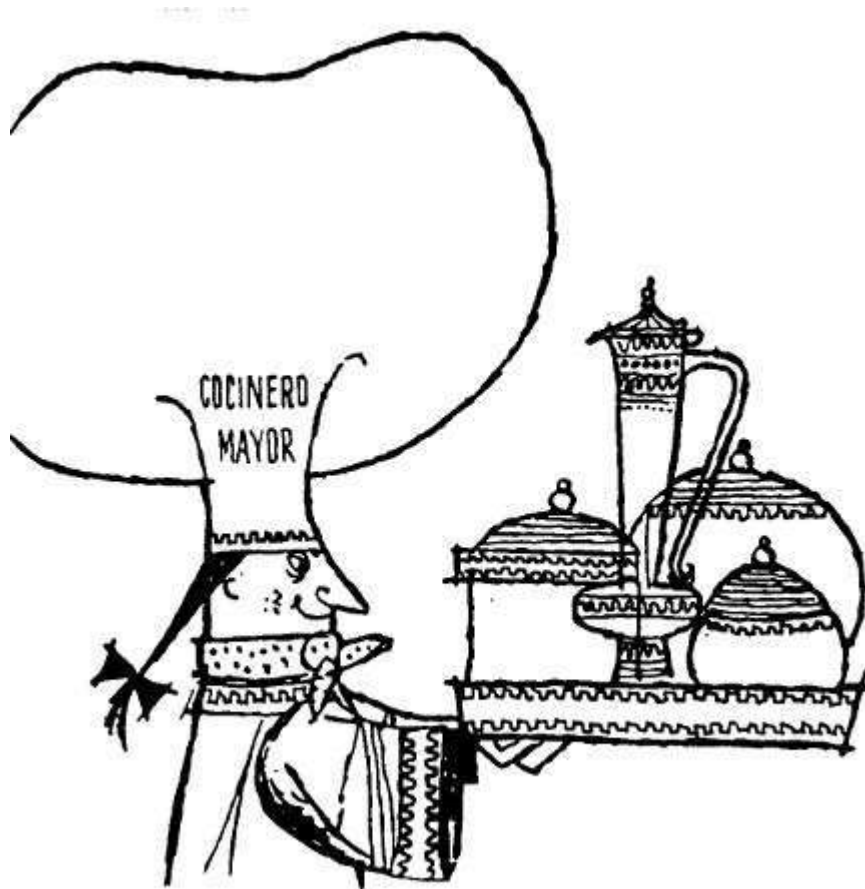
—Le premiaré imperialmente —dijo el rey en voz baja—. Y en cuanto al superbonzo Pi Pa Po, podéis estar tranquilos. Él y sus compinches no escapan a su castigo.

Desde entonces, como es natural, todo les fue estupendamente bien a los dos amigos. Les colmaron de todos los honores imaginables y cuando alguien se cruzaba con ellos, les hacía una reverencia hasta el suelo.

Durante toda la mañana reinó en la biblioteca imperial una gran agitación. La biblioteca se componía de siete millones trescientos ochenta y nueve mil quinientos dos libros. Todos los hombres cultos de China estaban ocupados en la lectura de aquellos libros. Tenían la orden

de buscar con urgencia lo que comían los habitantes de la isla de Lummerland y cómo se guisaba.

Por fin lo encontraron y avisaron en seguida a la cocina imperial, al señor Schu Fu Lu Pi Plu y a sus treinta y un niños y niños de niños (siempre uno más pequeño que el otro) los cuales eran también cocineros. Aquel día el señor Schu Fu Lu Pi Plu hizo la comida con sus propias manos. Él y su numerosa familia se habían enterado, naturalmente, de lo que había sucedido y se sentían orgullosos de Ping Pong, el miembro más joven de la familia y estaban todos muy nerviosos.



Cuando la comida estuvo a punto, el señor Schu Fu Lu Pi Plu se puso la gorra de cocinero más grande que tenía y que era del tamaño de un almohadón y llevó personalmente la comida al comedor imperial.

A los dos amigos —Ping Pong seguía durmiendo— les gustó tanto la comida que les pareció que no habían probado nunca nada tan bueno en su vida, exceptuando, quizás, el helado de fresa de la señora Quéé. Alabaron debidamente el arte culinario del señor Schu Fu Lu Pi Plu y el cocinero mayor se sonrojó de alegría y su cabeza redonda brillaba como un tomate.

Además, esta vez, había verdaderos tenedores, cucharas y cuchillos para comer. Los hombres cultos habían leído que en Lummerland se

usaban y le habían ordenado al platero de la corte imperial que hiciera en seguida unos cubiertos.

Después de la comida, el emperador y los dos amigos estuvieron paseando por una gran terraza. Desde ella se dominaba toda la ciudad con sus mil tejados de oro.

Se sentaron debajo de una gran sombrilla y charlaron un rato de esto y de aquello. Luego Jim fue corriendo a la locomotora a buscar un juego. Los dos amigos le explicaron al emperador las reglas y jugaron los tres. El emperador estaba muy atento pero perdía a menudo y se alegraba por ello. Pensaba para sí: «Si estos extranjeros tienen tanta suerte, es posible que consigan liberar a mi pequeña Li Si».

Por último apareció Ping Pong, que se había despertado. Entonces les sirvieron chocolate y pastel preparado según una receta lummerlandesa y Ping Pong y el emperador, que no conocían nada semejante, probaron las dos cosas y encontraron que sabían a las mil maravillas.

—¿Cuándo pensáis salir hacia la Ciudad de los Dragones, amigos? —preguntó el emperador cuando hubieron terminado de merendar.

—Tan pronto como sea posible —contestó Lucas—, antes sólo tenemos que enterarnos de la importancia que tiene en realidad esta Ciudad de los Dragones, dónde está, cómo se llega a ella y otras cosas semejantes.

El emperador asintió.

—Esta noche, amigos —prometió—, os enteraréis de todo lo que se sabe en China de esa ciudad.

Luego el emperador y Ping Pong llevaron a los dos amigos al jardín del palacio imperial para pasar el tiempo hasta la noche. Les enseñaron todas las curiosidades, como, por ejemplo, los maravillosos juegos de agua chinos y los surtidores; hermosos pavos reales paseando orgullosos sus colas que parecían de oro verde y violeta y ciervos azules con cuernos plateados que se acercaban confiados y eran tan mansos que se podía montar en ellos. Había también unicornios chinos cuya piel brillaba como la luz de la luna, búfalos de color de púrpura, de pelo largo y ondulado, elefantes blancos con diamantes incrustados en los colmillos, pequeños monos sedosos con caras alegres y miles de otras curiosidades.

Por la noche cenaron en la terraza, y cuando terminaron volvieron todos al salón del trono. Allí, entretanto, se habían hecho grandes preparativos.

El gigantesco salón estaba iluminado por miles de candelabros con piedras preciosas. Los veintiún hombres más cultos de China estaban reunidos allí y esperaban a Lucas y a Jim. Habían traído documentos y

libros en los que se podía encontrar todo lo conocido sobre la Ciudad de los Dragones.

Se puede imaginar fácilmente lo cultos que debían de ser aquellos veintiún hombres, cuando en aquel país donde los niños pequeños son ya tan listos, eran reconocidos como los más cultos. Se les podía preguntar todo; por ejemplo cuántas gotas de agua hay en el mar o la distancia hasta la luna o por qué el mar Rojo es rojo o cómo se llama el animal más raro, o cuándo será el próximo eclipse de sol. Todo esto lo sabían de memoria.

El nombre que se les daba a estos hombres era el de «Flores de la Sabiduría». Pero la verdad es que no se parecían en nada a las flores. Algunos de ellos, por lo mucho que habían estudiado y por lo mucho que habían aprendido de memoria, se habían ido encogiendo y tenían la cabeza exageradamente desarrollada. Otros, de tanto leer y estar sentados, se habían vuelto pequeños y gordos y sus posaderas eran grandes y aplanadas. Los de la tercera clase, de tanto estirarse hacia los libros de las estanterías más altas, se habían vuelto largos y delgados como mangos de escoba. Todos llevaban gruesas gafas de oro y ésta era precisamente la señal que les distinguía. Cuando los veintiún «Flores de la Sabiduría» hubieron saludado, primero al emperador y luego a los dos amigos echándose al suelo sobre el vientre, Lucas empezó a preguntar:

—Ante todo, quisiera saber una cosa —dijo encendiendo su pipa—: ¿cómo se sabe que la princesa está en la Ciudad de los Dragones?

Un sabio de los de la clase de mango de escoba se adelantó, ajustándose las gafas y explicó:

—Esto, honorables extranjeros, ha sucedido de la siguiente manera: la princesa Li Si, dulce como el rocío, pasaba hace un año las vacaciones de verano junto al mar. De repente un día desapareció sin dejar rastro. Nadie supo qué había sido de ella. La terrible incertidumbre duró hasta que, hace dos semanas, unos pescadores encontraron en el río Amarillo una botella con un mensaje. El río Amarillo nace en la montaña con estrías rojas y blancas y pasa por delante de las puertas de nuestra ciudad. Lo que se encontró era un biberón como los que usan las niñas para jugar a muñecas. Dentro había una carta de nuestra princesa, la que se parece a un pétalo de flor.

—¿Podríamos ver la carta? —preguntó Lucas.

El sabio buscó entre sus papeles y le tendió a Lucas una hojita doblada. Lucas la desdobló y leyó en voz alta:

—«¡Querido desconocido! Quienquiera que seas, lleva este mensaje lo más rápidamente posible a mi padre Pung Ging, el muy poderoso emperador de China. Los 13 me han raptado y vendido a la señora Maldiente. Hay muchos otros niños aquí. Por favor, salvadnos porque

este cautiverio es terrible. La señora Maldiente es un dragón y mi dirección actual es:

»Princesa Li Si (en casa de la señora Maldiente).

»Kummerland

»Calle Vieja número 133

»Piso tercero izquierda».

Lucas dejó caer la tarjeta y se abandonó a sus pensamientos.

—¿Maldiente...? —murmuró—. ¿Maldiente...? ¿Kummerland...? Esto lo he oído yo en algún sitio.

—Kummerland es el nombre de la Ciudad de los Dragones —aclaró el sabio—. Figura en un libro antiguo.

Lucas se quitó la pipa de la boca, dio un silbido de sorpresa y exclamó:

—¡La historia empieza a ser interesante!

—¿Por qué? —preguntó Jim, asombrado.

—¡Escucha, Jim Botón! —dijo Lucas gravemente—, ha llegado el momento de que te enteres de un gran misterio, el misterio de tu llegada a Lummerland. Eras entonces demasiado pequeño y no te puedes acordar de nada. Llegaste en un paquete postal que nos trajo el cartero.

Y le contó a Jim, cuyos ojos se volvían cada vez más grandes por la sorpresa, lo que sucedió en Lummerland. Por último dibujó en un pedazo de papel la dirección que había en el paquete.

—Detrás, como remitente, había solamente un gran número 13 —dijo, y dio por terminado su informe.

El emperador, Ping Pong y los hombres cultos habían escuchado con atención y comparado la dirección escrita por Lucas con la de la carta de la princesa.

—¡No hay duda alguna! —anunció un sabio de los de la clase de los bajos y gordos que era un experto en tales asuntos—, no cabe duda de que se trata de la misma dirección. Sólo que la de la princesa esta clara y bien escrita, mientras la de Jim Botón procede de alguien que casi no sabe escribir.

—¡Pero entonces la señora Quéé no es mi verdadera madre! —exclamó Jim de repente.

—No —contestó Lucas—, esto le ha causado siempre una pena muy grande.

Jim permaneció un rato en silencio y luego preguntó temeroso:

—¿Entonces quién es mi madre? ¿Crees que puede ser la señora Maldiente?

Lucas sacudió la cabeza pensativo.

—No lo creo —dijo—, la princesa escribe que la señora Maldiente es un dragón. Antes habría que averiguar quiénes son esos «13». Son ellos los que mandaron el paquete donde estabas tú.

Pero nadie sabía quiénes eran los «13». Ni siquiera los «Flores de la Sabiduría».

Es comprensible que Jim estuviera nervioso. Puede uno imaginarse lo desconcertante que debe de ser enterarse tan de repente y tan inesperadamente de hechos de tanta importancia sobre uno mismo.

—De todas formas —dijo Lucas—, ahora es necesario que vayamos a la Ciudad de los Dragones para otro asunto. No sólo para liberar a la princesa Li Si, sino también para descubrir el misterio del nacimiento de Jim Botón.

Siguió fumando pensativo y continuó:

—¡Es verdaderamente asombroso! Si no hubiéramos venido a China no hubiéramos dado nunca con esta pista.

—Sí —dijo el emperador—, aquí hay seguramente un gran misterio.

—Mi amigo Jim Botón y yo lo descubriremos —dijo Lucas, serio y decidido—. ¿Dónde está Kummerland, la Ciudad de los Dragones?

Se adelantó un sabio de los de la clase de los encogidos con frente grande. Era el geógrafo mayor de la corte y conocía de memoria todos los mapas del mundo.

—Muy honorables extranjeros —dijo con semblante afligido—, desgraciadamente ningún mortal conoce la situación exacta de la Ciudad de los Dragones.

—¡Claro! —dijo Lucas—, porque si no, el cartero la hubiera encontrado.

—Pero suponemos —continuó el sabio—, que tiene que estar más allá de la montaña estriada de rojo y blanco. Como la botella que contenía el mensaje de la princesa llegó aguas abajo por el río Amarillo, la ciudad tiene que estar aguas arriba. Pero sólo conocemos el curso del río

Amarillo hasta la montaña con estrías rojas y blancas. En aquel lugar sale de una gruta muy profunda. Nadie sabe dónde nace realmente.

Lucas estuvo un rato pensativo, echando grandes nubes de humo hacia el techo del salón del trono.

—¿Se puede entrar en la gruta? —preguntó por fin.

—No —contestó el sabio—, es absolutamente imposible. El agua sale de ella con demasiada violencia.

—Bueno, pero en algún sitio el río tiene que nacer —dijo Lucas—. ¿No se puede ir al otro lado de la montaña para investigar?

El sabio desdobló delante de Jim y de Lucas un gran mapa.

—Este es un mapa de China —aclaró el geógrafo mayor de la corte—. Como es sabido, la frontera del reino está constituida por la mundialmente famosa muralla de China que rodea al país por todas partes menos por el lado del mar. Tiene cinco puertas: una al norte, una al noroeste, una al este, una al sureste y una al sur. Pasando por la puerta del este se llega al «Bosque-de-las-mil-Maravillas». Atravesando este bosque se llega a la montaña con estrías rojas y blancas que se llama «La Corona del Mundo». Por desgracia es absolutamente inescalable; pero algo más al sur, existe una garganta que lleva el nombre de «El Valle del Crepúsculo». Esta garganta nos ofrece la única posibilidad de cruzar la montaña. Pero hasta hoy nadie lo ha intentado. «El Valle del Crepúsculo» está lleno de voces y sonidos misteriosos y resulta tan terrible escucharlos que nadie es capaz de soportarlo. Más allá de este valle se supone que se extiende un inmenso desierto. Lo llamamos «El Fin del Mundo». Siento no poder decir nada más porque allí empieza un territorio completamente inexplorado.

Lucas miró atentamente el mapa y volvió a meditar. Luego dijo:

—Pasando por el «Valle del Crepúsculo» hasta el otro lado de la montaña y siguiendo siempre hacia el norte, forzosamente hay que volver a encontrar en algún sitio el río Amarillo. Entonces se podría seguir su curso aguas arriba hasta llegar a la Ciudad de los Dragones. Quiero decir en caso de que esté realmente junto al río Amarillo.



—No lo sabemos con certeza —dijo el sabio, cauteloso—, pero lo suponemos.

—Bueno, de todos modos lo intentaremos —aseguró Lucas—. Me gustaría llevarme el mapa, por si acaso. ¿Quieres preguntar algo, Jim?

—Sí —contestó Jim—. ¿Cómo son los dragones en realidad?

Se adelantó un sabio bajo y gordo, con las posaderas planas y dijo:

—Soy el decano de los profesores de biología de la corte imperial y estoy enterado de lo referente a todos los animales del mundo. Por lo que se refiere a la especie de los dragones, tengo que admitir que desgraciadamente la ciencia está a oscuras. Los escritos que he consultado son sumamente inexactos y están tan llenos de contradicciones que se le ponen a uno los pelos de punta. Aquí tienen ustedes algunas ilustraciones, pero no puedo decirles si se ajustan o no a la realidad.

Y les entregó las ilustraciones.

—Bueno —dijo Lucas y siguió fumando ilusionado—, cuando volvamos les podremos decir cómo son exactamente los dragones. Por ahora creo que ya sabemos todo lo necesario. ¡Muchas gracias, señores «Flores de la Sabiduría»!

Los veintiún hombres más cultos de China se echaron respetuosamente al suelo sobre el vientre, luego recogieron sus papeles y abandonaron el salón del trono.

—¿Cuándo estaréis en condiciones de emprender el viaje, amigos? —preguntó el emperador cuando estuvieron solos.

—Yo creo que mañana por la mañana temprano —contestó Lucas—, muy temprano, antes de salir el sol. Tenemos que hacer un viaje muy largo y no conviene que perdamos tiempo.

Luego se dirigió a Ping Pong y le rogó:

—Consígueme una hoja de papel, un sobre y un sello, por favor. Lápiz ya tengo. Tenemos que escribir sin falta una carta a Lummerland antes de salir hacia la Ciudad de los Dragones. Nunca se sabe lo que puede suceder.

Cuando Ping Pong le hubo entregado lo que deseaba, Lucas y Jim escribieron una carta muy larga. En ella le decían a la señora Quéé y al rey Alfonso Doce-menos-cuarto el porqué se habían marchado de Lummerland, explicaban que Jim conocía ya la historia del paquete y que marchaban hacia Kummerland, la Ciudad de los Dragones, para liberar a la princesa Li Si y descubrir el misterio del nacimiento de Jim. Para terminar añadían saludos cariñosos para el señor Manga. Lucas firmó, y debajo, Jim dibujó una cara negra.

Luego metieron la carta en el sobre, pegaron el sello, escribieron la dirección y se fueron los cuatro a la gran plaza a echarla en el buzón.

Allí, a la luz de la luna, estaba Emma, sola y abandonada.

—¡Ahora que pienso en ello! —dijo Lucas y se volvió hacia el emperador y Ping Pong—. Emma necesita agua fresca y además tenemos que llenar el ténder de carbón. Cuando se emprende un viaje hacia lo desconocido, nunca se sabe si se podrá encontrar un combustible decente.

En aquel momento, el cocinero mayor Schu Fu Lu Pi Plu, salió por la puerta de la cocina para contemplar la luna. Cuando vio a los extranjeros, al emperador y a Ping Pong junto a la locomotora, les deseó humildemente unas buenas noches.

—¡Oh, querido señor Schu Fu Lu Pi Plu! —dijo el emperador—, ¿verdad que usted podrá darles a nuestros amigos agua y carbón de su cocina?

El cocinero mayor asintió amablemente y todos se pusieron a trabajar. Lucas, Jim, el cocinero mayor y el mismo emperador transportaron cubos llenos de carbón y de agua desde la cocina hasta la locomotora.

Ping Pong no quiso parecer inactivo y ayudó también, aunque, naturalmente, sólo pudo llevar un cubito que era casi del tamaño de un dedal.

Por fin estuvo el ténder lleno de carbón y la caldera de Emma llena de agua.

—¡Bien! —dijo Lucas, satisfecho—. ¡Muchas gracias! Ahora vayámonos a dormir.

—¿No queréis pasar la noche en palacio? —preguntó el rey, asombrado.

Pero Lucas y Jim dijeron que preferían dormir en la locomotora. Allí estaban muy cómodos y estaban acostumbrados a ella.

Se despidieron y se desearon buenas noches. El emperador, el cocinero mayor y Ping Pong prometieron volver a la mañana siguiente, muy temprano, para desearles buen viaje. Entonces se separaron.

Lucas y Jim subieron a la cabina de la locomotora, Ping Pong y el cocinero mayor se fueron a la cocina y el emperador desapareció en palacio. Todos se durmieron en seguida.

CAPÍTULO DOCE EN EL QUE EMPIEZA EL VIAJE HACIA LO DESCONOCIDO Y LOS DOS AMIGOS VEN «LA CORONA DEL MUNDO».

—¡Jim, despierta!

Jim se incorporó, se frotó los ojos y preguntó medio dormido:

—¿Qué sucede?

—Es la hora —dijo Lucas—. Tenemos que partir en seguida.

Jim acabó de despertarse. Miró hacia afuera por la ventana de la cabina. La plaza estaba desierta. Amanecía pero todavía no se veía el sol.

Entonces se abrió la puerta de la cocina y salió el señor Schu Fu Lu Pi Plu. Llevaba un paquete en la mano y se dirigió hacia Emma; le seguía el pequeño Ping Pong con una carita muy triste, pero se esforzaba para adoptar un aspecto solemne.

—Aquí traigo —dijo el cocinero mayor— unos bocadillos que he preparado para los honorables extranjeros. Los he hecho según una receta lummerlandesa. Espero que les gusten.

—Gracias —respondió Lucas—. Le agradezco mucho que haya pensando en esto.

De repente Ping Pong se puso a llorar. A pesar de su buena voluntad no podía ocultar su pena.

—Huhuhu, honorables extranjeros —gimió mientras se secaba las lágrimas que resbalaban por su minúscula cara—, perdónenme por estar llorando. Pero los niños de mi edad —huhuhu— lloran muchas veces sin saber por qué...

Lucas y Jim sonrieron emocionados y Lucas dijo:

—Lo sabemos, Ping Pong. ¡Adiós, amigo y salvador nuestro!

Por último llegó el emperador. Estaba más pálido que de costumbre y parecía muy serio.

—Amigos —dijo—, que el cielo os proteja a vosotros y a mi hijita. De ahora en adelante no me preocuparé sólo de Li Si, sino también de vosotros. He empezado a quereros.

Lucas, por la emoción, lanzó grandes nubes de humo por su pipa y gruñó:

—Todo irá bien, Majestad.

—Aquí os traigo té caliente —dijo el emperador entregándole a Lucas un termo de oro—. El té caliente es muy adecuado para los viajes.

Lucas y Jim dieron las gracias, subieron a la locomotora y cerraron las puertas de la cabina. Jim abrió la ventanilla y exclamó:

—¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista...! ¡Hasta la vista! —contestaron los que se quedaban. Emma se puso en movimiento y todos saludaron con la mano hasta perderse de vista.

Había empezado el viaje hacia Kummerland, la Ciudad de los Dragones.

Primero cruzaron las calles desiertas, luego llegaron a la llanura y dejaron atrás los tejados de oro de Ping.

El sol empezaba a salir y el tiempo era todo lo maravilloso que se puede desear para una expedición.

Viajaron todo el día sin ninguna interrupción, a través de las tierras de China, hacia el misterioso «Valle del Crepúsculo».

Al segundo día pasaron por extensos jardines, campos y pueblos donde los campesinos y las campesinas con sus niños y los niños de sus niños les saludaban agitando las manos. Nadie tenía ya miedo de Emma. La noticia de que dos extranjeros con una locomotora iban a liberar a la princesa Li Si, se había extendido por todo el país como un reguero de pólvora.

Al tercer día, los dos amigos pudieron admirar uno de los famosos castillos chinos de mármol blanco. Se levantaba en el centro de un lago. Sostenido por graciosas columnas, parecía flotar sobre el agua. En él vivían jóvenes damas nobles. Lucas y Jim pudieron ver a las muchachas que les saludaban con sus abanicos de seda y contestaron a sus saludos con los pañuelos.

Cuando se detenían, la gente se acercaba y les llevaba grandes cestos con frutas y golosinas de todas clases para ellos y agua y carbón para la locomotora.

Al séptimo día de viaje llegaron por fin a la puerta oriental de la gran muralla. Los doce soldados que estaban de centinela y que se parecían mucho a los de la guardia de palacio, arrastraron una gigantesca llave, tan grande que tres hombres casi no podían con ella. La metieron en la

cerradura y la hicieron girar con un esfuerzo enorme. Las formidables hojas de la puerta oriental se abrieron con un chirrido imponente. Nadie recordaba que esto hubiera ocurrido jamás.

Cuando Emma pasó delante de ellos dirigiéndose hacia la puerta y lanzando grandes volutas de humo, los centinelas gritaron: «¡Viva, viva! ¡Vivan los héroes de Lummerland!».

Pocos minutos más tarde los viajeros se hallaban ya en pleno «Bosque-de-las-mil-Maravillas». No era fácil encontrar, a través del bosque, un camino transitable para una locomotora, y un maquinista que no conociera su oficio tan bien como lo conocía Lucas, se hubiese atascado sin remedio.

El «Bosque-de-las-mil-Maravillas» era una enorme jungla salvaje de árboles de cristal multicolores, de enredaderas y flores extrañas. Y como todo era transparente se podía ver el gran número de animales raros que vivían allí.

Había mariposas grandes como sombrillas. Papagayos de colores que se movían, como acróbatas, por las ramas. Enormes tortugas con grandes bigotes en sus caras blancas, se arrastraban por entre las flores y por las hojas se paseaban caracoles rojos y azules, llevando a hombros sus casas de muchos pisos, muy parecidas a las casas de Ping con sus tejados de oro, aunque a escala reducida. A veces aparecían graciosas ardillas con unas orejas muy grandes que durante el día les servían de velas para navegar por el aire y por la noche, cuando se acostaban, para envolverse como si fueran mantas. En los troncos de los árboles se enroscaban serpientes gigantescas que brillaban como el cobre; eran completamente inofensivas porque tenían una cabeza en cada extremo del cuerpo y por este motivo nunca se ponían de acuerdo consigo mismas y nunca acababan de decidirse hacia qué lado querían arrastrarse. Por esto, no eran capaces de cazar ningún animal y se alimentaban con verduras, porque las verduras están quietas y no se pueden escapar.

Un día, Lucas y Jim vieron a un grupo de corzos, asustadizos y rosados, que bailoteaban en un claro del bosque.

Naturalmente, todo era muy interesante y Jim hubiese bajado muy a gusto para pasear un rato por el «Bosque-de-las-mil-Maravillas», pero Lucas sacudió la cabeza diciendo que le parecía mejor dejarlo para otra ocasión. En aquellos momentos no tenían tiempo. Era preciso liberar, lo más pronto posible, a la pequeña princesa.

Necesitaron tres días para cruzar la selva porque adelantaban muy poco. Al tercer día, de repente, terminó la espesura y muy cerca, como un pintoresco telón, apareció la montaña estriada de rojo y blanco, llamada «La Corona del Mundo». El hecho de que Lucas y Jim hubiesen podido ver desde la playa el formidable macizo que distaba de allí

muchos cientos de millas, demuestra lo extraordinariamente altos que eran aquellos picos.

Los dos amigos se sentían impresionados por el majestuoso panorama que contemplaban.

Las montañas estaban tan cerca las unas de las otras que no había que pensar en encontrar un paso. Detrás de la primera cadena había otra y detrás de la segunda una tercera y detrás otra y siempre otra. Los picos se elevaban hasta las nubes y cruzaban todo el país, de norte a sur.

Cada montaña resplandecía con sus estrías rojas y blancas, horizontales o en diagonal, en líneas onduladas o en zigzag. Algunas eran cuadradas y otras parecían verdaderos dibujos.

Después de haber permanecido un rato contemplando las montañas con sus hermosos dibujos, Lucas sacó el mapa y lo desdobló.

—Bien —dijo—, ahora comprobaremos dónde está «El Valle del Crepúsculo».

Había descubierto que Jim le miraba con admiración, porque él en el papel sólo veía un lío de líneas y puntos de colores y nada más.

—Mira aquí —dijo Lucas señalando con el dedo un lugar del mapa—. Estamos aquí y aquí está «El Valle del Crepúsculo». Hemos salido del bosque demasiado hacia el norte. Tendremos que volver un poco hacia el sur.

—Como quieras, Lucas —dijo Jim, confiado.

Se dirigieron, pues, hacia el sur siguiendo la montaña y pronto descubrieron un paso entre los altísimos picos. Se dirigieron hacia allí.

CAPÍTULO TRECE EN EL QUE EMPIEZAN A OÍRSE LAS VOCES DEL «VALLE DEL CREPÚSCULO».

«El Valle del Crepúsculo» era un desfiladero sombrío y tenía más o menos la anchura de una calle. El suelo era de roca roja y liso como el asfalto. Allí no entraba nunca un rayo de luz. A derecha y a izquierda se alzaban hacia el cielo altísimas rocas. A lo lejos, al otro extremo del desfiladero, el sol poniente inundaba con su luz color de púrpura las paredes agrietadas.

Lucas detuvo la locomotora al llegar a la entrada del desfiladero y él y Jim bajaron y anduvieron un rato a pie para ver qué pasaba con las voces misteriosas.

Pero no se oía nada. A su alrededor reinaba un silencio solemne y lleno de misterio. El corazón de Jim latía con fuerza y cogió a Lucas de la mano. Estuvieron un rato escuchando. Por fin dijo:

«Todo está en silencio».

Lucas asintió e iba a contestar cuando de pronto sonó la voz de Jim, muy claramente, a la derecha, entre las rocas:

«Todo está en silencio».

Y se siguió oyendo, como una especie de murmullo, una vez a la derecha, otra a la izquierda por todo el valle:

«Todo está en silencio... Todo está en silencio... Todo está en silencio...».

—¿Qué es esto? —preguntó Jim asustado, apretando con más fuerza la mano de Lucas.

«¿Qué es esto?... ¿Qué es esto?... ¿Qué es esto?...» se oyó susurrar a lo largo de la pared de roca.

—No tengas miedo —contestó Lucas tranquilizándole—. Es el eco.

«Es el eco... Es el eco... Es el eco...», se oyó por el desfiladero.

Los dos amigos volvieron hacia Emma e iban a subir a ella cuando Jim de pronto dijo en voz baja:

—Pst. ¡Lucas, escucha!

Lucas escuchó. Entonces oyeron cómo el eco volvía desde el otro extremo del desfiladero. Al principio muy bajo, luego subiendo cada vez más de tono:

«¡Todo está en silencio!... ¡Todo está en silencio!... ¡Todo está en silencio!...».

Pero, cosa sorprendente, ya no era solamente la voz de Jim la que resonaba; parecía como si cien Jims hablaran a la vez. Era un estruendo terrible. Luego el eco se volvió de nuevo hacia atrás por el valle.

—¡Vaya, qué raro! —gruñó Lucas—, el eco se va y vuelve multiplicado.

Desde lejos retumbó el segundo eco, resonando una vez a la derecha y otra a la izquierda:

«¿Qué es esto?... ¿Qué es esto?... ¿Qué es esto?...», decía la voz desde las rocas. Sonaba ya como si hablara una multitud de Jims. Se volvió una vez más y se alejó.

—Bueno —murmuró Lucas—, como siga así resultará muy divertido.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Jim, asustado, en voz muy baja. No podía comprender por qué su voz iba y venía y se multiplicaba.

—Imagínate —contestó Lucas, molesto—, lo que ocurrirá cuando Emma empiece a armar escándalo por el valle. El estruendo parecerá el de una estación muy importante.

El tercer eco volvió y se acercó, siempre en zigzag, resonando por el desfiladero:

«Es el eco... Es el eco... Es el eco», decían miles de Lucas desde las paredes de roca. Luego las voces se alejaron dirigiéndose hacia el otro extremo del valle.

—¿Cómo es que va y vuelve? —murmuró Jim.

—Es difícil saberlo —contestó Lucas—. Habría que investigarlo.

—¡Atención! —cuchicheó Jim—, ¡ya vuelve!

Era el primer eco que volvía por segunda vez desde lejos y que se había multiplicado misteriosamente.

«¡Todo está en silencio!... ¡Todo está en silencio!... ¡Todo está en silencio!...», gritaron diez mil Jims. Era un estruendo que hacía retumbar los oídos de los dos amigos.

Cuando hubo pasado, Jim murmuró con un hilo de voz:

—¿Qué podemos hacer contra esto, Lucas? ¡Cada vez es peor!

Lucas susurró:

—Temo que no haya remedio. Solamente podemos tratar de atravesar el desfiladero lo más aprisa posible.

Otro eco llegó desde la parte superior del valle. Era la pregunta de Jim: «¿Qué es esto?». Pero esta vez eran cien mil los Jim que gritaban. El suelo temblaba bajo la locomotora y Jim y Lucas se tuvieron que tapar los oídos.

Cuando el eco se hubo marchado de nuevo, Lucas cogió decidido de un cajón junto a la palanca, una vela que estaba algo reblandecida por el calor de la caldera. Separó la mecha de la cera, hizo dos pequeñas bolas y se las dio a Jim.

—Aquí tienes —dijo—, pónitelo en los oídos para que no se te reviente el tímpano. Y no te olvides de tener la boca abierta.

Jim se metió la cera en los oídos y Lucas hizo lo mismo. Entonces por señas le preguntó a Jim si oía algo. Escucharon atentos los dos, y sólo oyeron muy flojito al tercer eco que se acercó y se volvió a ir con estruendo de trueno.

Lucas asintió satisfecho, le hizo un guiño a Jim, echó dos paletadas de carbón al fuego y avanzaron a todo vapor por el desfiladero. El piso era llano y pudieron avanzar a gran velocidad, con el correspondiente estrépito y silbidos.

Para poder comprender lo que habían de soportar los dos amigos, hay que saber lo que pasaba en este «Valle del Crepúsculo».

Las paredes rocosas tenían tal forma que el estruendo era lanzado en zigzag y por eso no podía salir del estrecho valle: cuando llegaba al final, procedente de un extremo del desfiladero, tenía que volverse. Volvía al lugar de partida desde donde se veía obligado a volver hacia atrás y seguía así siempre, de un extremo al otro. Cada eco provocaba naturalmente un eco y éste otro nuevo. Así aumentaba siempre el número de voces. Y cuantas más voces había, más fuerte resonaba. En conjunto, hasta aquel momento, la cosa no había sido demasiado importante, pero ahora resonaba además en el desfiladero el estrépito de una locomotora. ¡Esto era algo muy distinto!

También se podía uno preguntar por qué cuando Lucas y Jim entraron en el desfiladero, éste estaba tan silencioso. En realidad parecía que el más pequeño ruido que se hubiera producido alguna vez en el valle

debiera seguir resonando siempre. Sí, hubiera tenido que multiplicarse considerablemente.

Esta sería una pregunta muy sagaz, una pregunta verdaderamente digna de un naturalista. La reflexión es muy justa: al llegar los dos amigos al valle, dos días antes, hubieran tenido que oír un ruido ensordecedor, el estruendo procedente de los sonidos acumulados, muy débiles al principio, pero que habían ido aumentando fabulosamente con el correr del tiempo. Por ejemplo, once mil veces el miau de un gato, un millón de veces el piar de un gorrión y el ruido de una piedrecilla caída, setecientos millones de veces. Es fácil imaginar cómo hubiera tenido que retumbar el desfiladero.

Pero ¿dónde estaba todo ese ruido?

La solución de la adivinanza está en que entretanto había llovido. Cada vez que llovía, un poco de eco quedaba prendido a las gotas y éstas lo arrastraban consigo. Es así cómo «El Valle del Crepúsculo» se limpiaba de ruidos. Y como quiera que el día antes de la llegada de Lucas, de Jim y de Emma, había llovido muy fuerte y luego no había entrado en el desfiladero ningún nuevo ruido, en él reinaba el silencio.

Pero volvamos a nuestros amigos que avanzaban a todo vapor por el valle.

El camino era más largo de lo que Lucas había supuesto. Cuando estaban en el centro del desfiladero, Jim miró por casualidad hacia atrás. Y lo que vio era suficiente para ponerle los pelos de punta al hombre más valiente.

Si se hubieran detenido a la entrada del desfiladero, estarían ahora enterrados bajo enormes cantidades de piedras. Las paredes de la montaña se habían desmoronado. Jim vio cómo a la derecha y a la izquierda, las rocas se deshacían como si las hubieran volado y observó los picos vacilantes que se derrumbaban y llenaban «El Valle del Crepúsculo» de escombros. El desastre se acercaba, a la velocidad del viento, a la locomotora. Jim chilló y agarró a Lucas por la manga. Lucas se volvió y contempló con una mirada de horror el espectáculo. Sin reflexionar ni un segundo, tiró de una palanquita roja en que había un letrero que decía:

¡PALANCA DE SALVACIÓN! PARA USAR SÓLO EN CASO DE EXTREMA NECESIDAD.

Hacía muchos años que no había usado esta palanca y era dudoso que Emma pudiera soportar semejante esfuerzo. Pero no tenía otra alternativa.

Emma percibió la señal y dio un silbido muy fuerte que significaba: he comprendido. Y la aguja del cuentakilómetros fue subiendo, más y más, pasó por la señal roja y llegó al sitio donde ponía:

VELOCIDAD MÁXIMA

Siguió subiendo hasta donde ya no ponía nada y entonces el cuentavelocidades saltó en mil pedazos.

La locomotora salió como una bala de cañón del desfiladero, exactamente en el momento en que se derrumbaban los últimos picos de la montaña. Más tarde, Lucas y Jim no lograban comprender cómo habían conseguido escapar al peligro.

Lucas volvió a colocar la palanca roja en su sitio. Emma avanzaba más lentamente pero de pronto notaron una sacudida. La locomotora dejó escapar todo el vapor y se detuvo. Ya no humeaba y no daba señales de vida.

Lucas y Jim bajaron, se quitaron la cera de los oídos y miraron hacia atrás.

Detrás de ellos estaba la montaña «La Corona del Mundo» y en el desfiladero por el que habían pasado, se veía solamente una altísima nube de polvo rojo.

Allí había estado una vez «El Valle del Crepúsculo».

CAPÍTULO CATORCE EN EL QUE LUCAS SE VE OBLIGADO A RECONOCER QUE SIN SU PEQUEÑO AMIGO ESTARÍA PERDIDO

—Bueno, la cosa no ha ido mal —gruñó Lucas, y echándose hacia atrás la gorra, se secó el sudor de la frente.

—Creo —dijo Jim, que todavía tenía el miedo en el cuerpo—, que por «El Valle del Crepúsculo» ya no volverá a pasar nadie.

—No —contestó Lucas, entristecido—. «El Valle del Crepúsculo» ya no existe.

Preparó su pipa, la encendió, lanzó algunas bocanadas de humo y siguió diciendo, pensativo:

—La única estupidez de esta historia es que ya no podremos volver atrás.

Jim no había pensado en ello.

—¡Oh, Dios mío! —dijo, aterrorizado—. Pero tenemos que volver a casa.

—Sí, sí —contestó Lucas—, pero no nos queda otra solución sino buscar un nuevo camino.

—¿Dónde estamos realmente? —preguntó Jim, pálido.

—En el desierto —contestó Lucas—. Me parece que esto es «El Fin del Mundo».

El sol se ponía, pero era lo bastante claro todavía para que pudieran darse cuenta de que se hallaban en una interminable llanura, tan llana como una mesa. No había más que arena, piedras y guijarros. Lejos, en el horizonte, se veía un único cacto, del tamaño de un árbol, que señalaba como una mano gigantesca el pálido cielo crepuscular.

Los amigos miraron hacia la montaña estriada de rojo y blanco. La nube de polvo se había disipado algo y dejaba entrever el sepultado «Valle del Crepúsculo».

—¿Cómo ha podido suceder esto? —murmuró Jim sacudiendo la cabeza.

—Seguramente el ruido de Emma se ha multiplicado tanto —contestó Lucas—, que las rocas se han derrumbado.

Se dirigió a la locomotora, la golpeó en el gordo vientre y le dijo cariñoso:

—¡Ya ves lo que has hecho, mi tonta y vieja Emma!

Emma siguió en silencio y no dio ninguna señal de vida. Sólo entonces se dio cuenta Lucas de que había algo que no marchaba como era debido.

—¡Emma! —exclamó asustado—. ¡Emma, mi buena, mi gorda Emma!, ¿qué es lo que tienes?

Pero la locomotora no se movió. No se oía ni el más pequeño resoplido.

Lucas y Jim se miraron emocionados.

—¡Cielos! —balbuceó Jim—, mira que si Emma ahora... —No se atrevía a terminar la frase.

Lucas echó su gorra hacia atrás y gruñó:

—Entonces estaríamos frescos.

Sacaron en seguida la caja de herramientas de debajo del estribo. Allí había toda clase de destornilladores, martillos, tenazas, llaves inglesas, limas y todo lo que se puede necesitar para reparar locomotoras.

Durante un buen rato, Lucas estuvo golpeando calladamente y con extremo cuidado cada rueda y cada tornillo de la máquina y escuchando con atención. Jim miraba con ojos muy abiertos por el miedo y no se atrevía a preguntar nada. Lucas estaba tan ensimismado en su trabajo que casi se le caía la pipa de la boca. No era buena señal. Finalmente se puso de pie y gruñó:

—¡Rayos y centellas!

—¿Es muy serio? —preguntó Jim.

Lucas asintió lentamente.

—Me temo —murmuró con gravedad—, que se haya roto el pistón. Por suerte tengo uno de recambio.

De un envoltorio de cuero sacó un pistón de acero que no era mayor que el pulgar de Jim.

—Es esto —dijo sosteniéndolo entre los dedos—. Pequeño pero importante. Es el que lleva el compás de la marcha de Emma.

—¿Tú crees —preguntó Jim lentamente—, que lo sabrás colocar?

Lucas se encogió de hombros y dijo, preocupado:

—De todas formas lo tenemos que intentar. Y no podemos perder ni un minuto. No sé si Emma podrá soportar esta reparación tan difícil. Puede ser que sí y también puede ser que no... No podemos cometer ni un error, por pequeño que sea, si no... Me tienes que ayudar, Jim. Yo solo no lo podría hacer de ninguna manera.

—A la orden —contestó Jim.

Sabía que Lucas no hablaba en broma y no volvió a preguntar nada más. Parecía que Lucas no tenía muchas ganas de hablar.

Se pusieron a trabajar en silencio.

Entretanto se había hecho de noche y Jim tuvo que alumbrar con una linterna. Lucharon mudos y ensimismados por la vida de su vieja y buena Emma. Pasaron horas y horas. El lugar del pistón estaba muy en el interior y tuvieron que desmontar lentamente toda la locomotora y separar pieza por pieza. Era un trabajo que requería unos nervios muy sólidos.

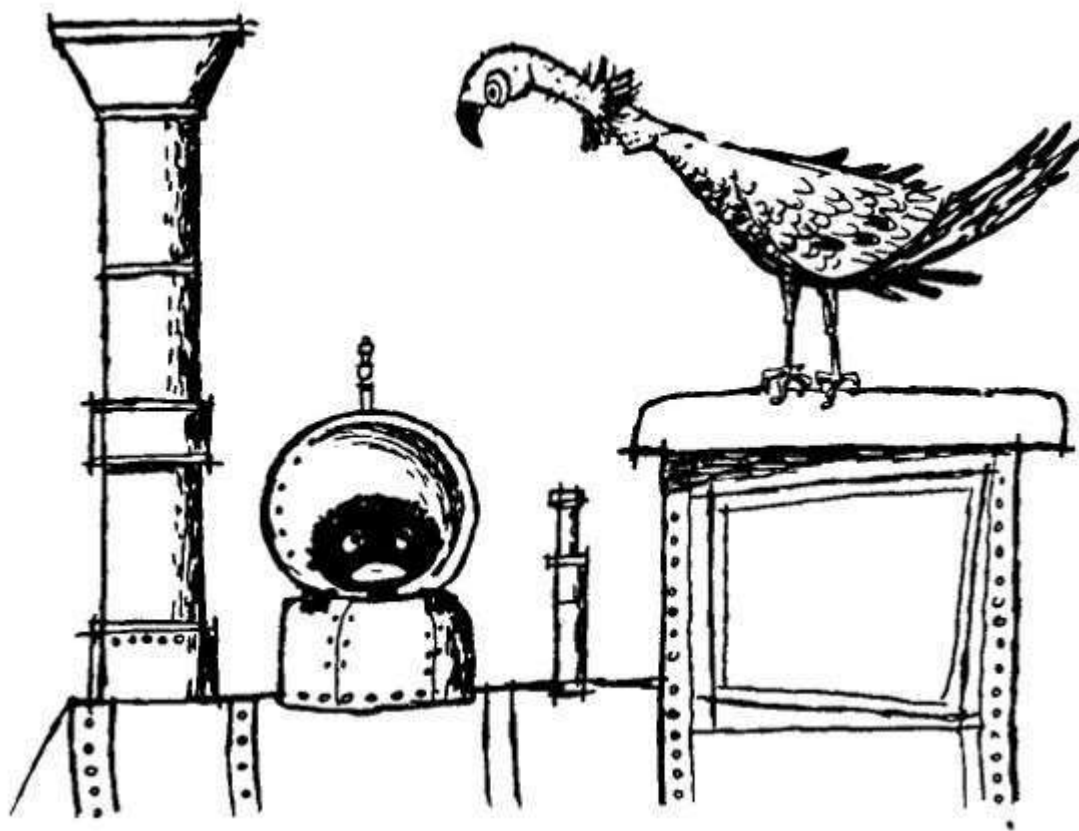
Hacía rato que había pasado la medianoche. Había salido la luna, pero estaba oculta detrás de las nubes. Sólo una débil e incierta luz crepuscular iluminaba el desierto «El Fin del Mundo».

—Las tenazas —exclamó Lucas a media voz. Estaba debajo de las ruedas de la locomotora.

Jim se las alcanzó y en aquel momento oyó un zumbido muy raro en el aire. Le siguió un horrible graznido. Se repitió el estruendo y volvió a repetirse otra vez, ya muy cerca. ¿Qué podía ser?

Jim intentó penetrar la oscuridad con la mirada. Vio vagamente unos bultos grandes que miraban fijamente con ojos brillantes.

Se volvió a oír el ruido. Un enorme pajarraco se posó en el techo de la cabina y empezó a mirar al muchacho con sus verdes ojos fosforescentes.



Jim tuvo que hacer un esfuerzo para no chillar por el terror.

Sin dejar de mirar al siniestro y gigantesco pájaro, susurró:

—¡Lucas, eh, Lucas!

—¿Qué pasa? —preguntó Lucas desde debajo de la locomotora.

—Hay unos pájaros muy grandes —murmuró Jim—. Una cantidad enorme. Se han posado alrededor de nosotros y parecen querer algo.

—¿Qué aspecto tienen? —quiso saber Lucas.

—Tienen cara de pocos amigos —contestó Jim—. El cuello sin plumas, el pico curvado y ojos verdes. En el techo hay uno que no me quita la vista de encima.

—¡Vaya! —dijo Lucas—, ¡si son buitres!

—¡Ah! —opinó Jim con tono lastimero. Al cabo de un rato añadió—: Me gustaría saber si los buitres son o no peligrosos. ¿Tú qué crees?

Lucas le aclaró:

—Cuando uno está vivo no le hacen nada. Esperan a que esté muerto.

—Bien —dijo Jim, pero a los pocos momentos preguntó:

—¿Estás muy seguro?

—¿Seguro de qué? —preguntó Lucas desde debajo de la locomotora.

—¿Estás seguro —volvió a decir Jim— de que no hacen excepciones con los niños negros? A lo mejor a los niños negros los devoran más a gusto vivos.

—No —dijo Lucas—, no tienes porqué tener miedo. A los buitres se les llama «Los Sepultureros del Desierto» porque sólo se lanzan sobre lo muerto.

—¡Bueno! —murmuró Jim—, entonces estoy tranquilo.

Pero en realidad no lo estaba. El buitre del techo tenía un aspecto tan hambriento, que Jim seguía teniendo la impresión de que tal vez los buitres acostumbraban hacer una excepción con los chicos negros...

Si Emma no se arreglaba, ¿qué sucedería? Se verían obligados a quedarse en el desierto «El Fin del Mundo» junto a esos horribles sepultureros que, posados allí cerca, esperaban ya. Lucas y él estaban lejos de cualquier ayuda humana y a una distancia increíble de Lummerland. Esto sería el fin y nunca más volverían a su isla. ¡Nunca más!

Después de pensar en todo esto experimentó una terrible sensación de desamparo y no pudo impedir que del pecho le saliera un sollozo desesperado.

Lucas salió arrastrándose de debajo de Emma y se limpió las manos en un trapo.

—¿Pasa algo, muchacho? —preguntó mirando, discretamente hacia un lado porque había notado en seguida lo que le sucedía a Jim.

—No —contestó Jim—, sólo tengo... me parece que tengo hipo.

—Ah, bien —gruñó Lucas.

—Lucas, dime honradamente —quiso saber Jim—, ¿hay esperanzas todavía?

Lucas, pensativo, miró muy serio a Jim a los ojos y dijo:

—¡Escúchame, Jim Botón! Eres mi amigo y no te puedo mentir. He hecho todo lo que he podido, pero no puedo sacar el último tornillo. Sólo se puede sacar desde el interior y para ello habría que meterse en la

caldera. Pero yo no quepo. Soy demasiado grande y demasiado gordo. ¡Es un endiablado asunto!

Jim miró al buitre del techo y a los demás buitres que se iban acercando lentamente y que alargaban, curiosos, sus cuellos desnudos. Luego dijo, decidido:

—Me meteré yo.

Lucas asintió muy serio.

—Es realmente la última oportunidad que tenemos, pero es peligrosa. Tendrás que trabajar dentro de la caldera, debajo del agua. No la podemos sacar porque aquí no encontraríamos más.

Por otra parte no podrás disponer de luz y tendrás que guiarte solamente por el tacto. Piensa bien si quieres hacerlo. Te comprendería perfectamente si me dijeras que no.

Jim meditó. Sabía nadar y bucear y además Lucas había dicho que era la última oportunidad. No quedaba otro remedio.

—Lo haré —dijo.

—Bien —dijo Lucas—. Toma esta llave inglesa. Creo que te será útil. El tornillo tiene que ser, más o menos, de esa medida.

Desde el exterior le enseñó el lugar, en la parte inferior de la caldera, en el que tendría que trabajar. Jim se fijó bien y se encaramó a la locomotora. El buitre del tejado le miraba asombrado. De pronto la luna salió de las nubes y se hizo un poco más claro. Todo aquel que ha visto una locomotora, sabe que detrás de la chimenea hay una especie de cúpula que parece una segunda chimenea, algo más pequeña. Esta cúpula se puede abrir y entonces se descubre el agujero que lleva a la caldera.

Jim se quitó los zapatos y se los tiró a Lucas. Luego se metió por la cúpula abierta. El paso era muy estrecho y el corazón de Jim latía desesperadamente. Apretó los dientes y siguió deslizándose con los pies por delante. Cuando ya sólo le sobresalía la cabeza, saludó a Lucas y sintió que sus pies tocaban el agua. Estaba bastante caliente todavía. Jim aspiró profundamente y se dejó caer.

Lucas permaneció junto a la locomotora esperando. Parecía imposible, con su piel untada y teñida por el aceite y el hollín que estuviese tan pálido. Si a Jim le sucedía algo, ¿qué haría? Tendría que permanecer allí sin poder hacer nada porque le era imposible entrar en la caldera. Se secó dos gotas de sudor heladas que le resbalaban por la frente.

Oyó algo que hacía ruido en el interior de la caldera, luego lo volvió a oír. Entonces, algo cayó al suelo.

—¡Esto es el tornillo! —exclamó Lucas—. ¡Jim, sal de ahí!

El que no aparecía era Jim. Lucas, por miedo, no se atrevía a pensar en lo que podía estar haciendo su pequeño amigo. Se subió a la locomotora y asomándose a la cúpula, gritó:

—¡Jim, Jim, sal en seguida! ¿Dónde estás?

Por fin apareció la carita negra, toda mojada, en busca de un poco de aire. Luego apareció una mano. Lucas la agarró y estiró a su amigo hasta sacarle. Le cogió en brazos y bajó de la locomotora.

—¡Jim —repetía—, mi querido Jim!

El muchacho jadeaba. Sonrió casi sin aliento y escupió un poco de agua. Por fin susurró:

—¿Te das cuenta ahora, Lucas, de lo bien que hiciste trayéndome contigo?

—¡Jim Botón! —dijo Lucas—, eres un chico extraordinario, sin ti yo ahora estaría perdido.

—¿Cómo crees que me ha ido? —suspiró Jim—. Al principio fue todo bien. Encontré en seguida el tornillo y lo saqué con facilidad. Pero después no podía encontrar la salida. Por fin lo conseguí.

Lucas le quitó la ropa mojada y lo envolvió en una manta. Luego le dio un poco de té caliente, del termo del emperador.

—Bien —dijo—, ahora a descansar. Lo demás lo puedo hacer solo.

De pronto se dio con la mano en la frente y exclamó horrorizado:

—¡Rayos y truenos! ¡El agua está goteando, sale por el agujero del tornillo!

Era cierto. Pero por suerte había salido muy poca. Alrededor de medio litro.

Lucas cambió rápidamente el pistón roto y pudo meter el tornillo sin dificultad desde el exterior. Luego cuidadosamente volvió a montar todas las piezas de la vieja Emma. Cuando estaba poniendo la última rosca exclamó:

—¡Bueno, Jim! ¿Qué me dices ahora?

—¿Qué es lo que tengo que decir? —quiso saber Jim.

—¡Escucha! —exclamó Lucas alegremente.

Jim escuchó.

Efectivamente: Emma volvía a resoplar. Eso sí, muy bajo, casi no se la oía, pero no se podía dudar de que resoplaba.

—¡Lucas! —gritó Jim, contento—. Emma está otra vez completa y sana. ¡Estamos salvados!

Y los dos amigos se dieron la mano riendo a carcajadas.

Los buitres pusieron cara de desilusión, pero no parecía que hubiesen perdido del todo las esperanzas. Sin embargo, se alejaron un poco hacia el desierto.

—Bien —dijo Lucas, tranquilizado—, ahora Emma tiene que descansar para recobrar fuerzas y creo que lo mejor será que nosotros hagamos lo mismo.

Se subieron a la cabina y cerraron bien la puerta. Comieron un poco de fruta y unos dulces del cesto de provisiones y bebieron algo de té del termo de oro. Luego Lucas fumó una pipa.

Jim se había dormido. Tenía en los labios una sonrisa de orgullo, como sólo puede tener el que haya arreglado una locomotora poniendo en peligro su vida.

Lucas le tapó con una manta y le apartó de la frente el pelo rizado y todavía húmedo.

—¡Jim, qué gran muchacho eres! —murmuró con cariño.

Vació su pipa y volvió a mirar por la ventanilla.

Los buitres se habían posado en círculo a cierta distancia y la cruda luz de la luna les iluminaba. Habían juntado las cabezas y parecían estar deliberando.

—¡Enhorabuena! —gruñó Lucas—. A nosotros no nos cogeréis.

Se echó, suspiró profundamente, bostezó y se durmió.

CAPÍTULO QUINCE EN EL QUE LOS VIAJEROS LLEGAN A UN EXTRAÑO LUGAR DE PESADILLA Y ENCUENTRAN UNA PISTA SINIESTRA

A la mañana siguiente, Jim y Lucas se despertaron algo tarde. Era natural, porque se habían acostado mucho después de medianoche. El sol estaba ya alto en el cielo y hacía mucho calor. En un desierto en el que no hay ni un árbol, ni un arbusto que proporcione un poco de sombra, el aire se calienta muchísimo en poco tiempo, como en un horno.

Los dos amigos desayunaron de prisa y partieron. Se dirigían, resoplando, siempre hacia el norte. Como no disponían de brújula, el único punto de referencia que tenían era la montaña «La Corona del Mundo». Habían decidido viajar de modo que la montaña estuviera siempre a su derecha. Según sus previsiones, yendo hacia el norte tenían que dar forzosamente otra vez con el río Amarillo y siguiendo después río arriba debían llegar a la Ciudad de los Dragones. El mapa no les servía ya, pero con este sistema les iría muy bien.

Emma estaba en perfecta forma. Por lo que parecía se había recuperado completamente de la reparación tan seria a que la habían sometido. A pesar de su edad y de su gordura era una locomotora muy buena y muy sólida.

El sol fue subiendo y subiendo. El calor hacía centellear el aire del desierto. Lucas y Jim cerraron las ventanillas. En realidad, en el interior de la cabina y debido al fuego, el calor era muy grande pero era soportable comparado con la temperatura exterior.

De vez en cuando se veían blancos esqueletos de animales. Al pasar, los dos amigos los miraban pensativos.

Debía de ser más o menos mediodía, cuando de pronto Lucas exclamó sorprendido:

—¡Arrea!

—¿Qué pasa? —preguntó Jim, sobresaltado. Cansado por el calor, se había amodorrado.

—Me parece que hemos perdido el rumbo —refunfuñó Lucas—. Mira por la ventanilla de la derecha —dijo—, hasta ahora la montaña había estado siempre allí y ahora está al otro lado.

Sucedía exactamente lo que Lucas decía: por la ventanilla de la derecha se veía el lejano horizonte del desierto vacío, y por la izquierda la montaña con estrías rojas y blancas.

Era bastante extraño, pero más asombroso todavía era el hecho de que parecía que algo le sucedía a la montaña. Era como si no estuviera sobre el suelo, sino que flotara por encima de él.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Jim, preocupado.

—Yo tampoco lo sé —dijo Lucas—. De todos modos tenemos que dar la vuelta.

Pero antes de que hubiera terminado de hablar, había desaparecido la montaña y no se la podía ver ni a la derecha ni a la izquierda. En su lugar descubrieron a cierta distancia una playa con palmeras que se balanceaban.

—¡Fíjate en lo que se ve ahora! —murmuró Lucas, desconcertado—. ¿Lo entiendes, Jim?

—No —contestó Jim—. Me parece que hemos llegado a un lugar muy extraño.

Se volvió y miró hacia atrás. ¡Asombroso! Allí estaba otra vez la montaña estriada de rojo y blanco. ¡Pero ahora estaba al revés!

Parecía colgada del cielo.

—Aquí hay algo que no funciona —gruñó Lucas, mordiendo la pipa.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Jim con miedo—. Como esto siga así no volveremos a encontrar la dirección justa.

—Lo más sensato será —dijo Lucas— seguir adelante hasta que salgamos de este estúpido no-sé-qué.

Así es que siguieron pero no lograron salir.

Todo se les presentaba cada vez más enredado. Por ejemplo, vieron de repente grandes icebergs flotando en el cielo. Era asombroso porque con aquel calor los icebergs tenían que fundirse.

De pronto apareció ante ellos la torre Eiffel que está en realidad en la ciudad de París y de ninguna manera en el desierto «El Fin del Mundo». Luego aparecieron a la izquierda muchas tiendas de indios alrededor de un fuego de campamento y guerreros con plumas en la cabeza y con la cara pintada con colores de guerra, bailando danzas salvajes. A la derecha apareció la ciudad de Ping con sus tejados de oro.

Luego todo desapareció tan deprisa como había aparecido y alrededor de los viajeros sólo quedó el desierto pelado. A los pocos segundos volvió a aparecer algo nuevo en el aire.

Lucas había tenido la esperanza de encontrar la dirección hacia el norte, por la tarde, basándose en la posición del sol poniente. Pero no había que pensar en ello. El sol aparecía unas veces a la derecha, otras a la izquierda y muchas veces por los dos lados a la vez. Se había multiplicado. Parecía que todo había enloquecido.

De repente, las visiones se mezclaban entre sí. Por ejemplo, se veía una torre de iglesia completamente cabeza abajo, apoyada sobre la punta de su veleta, mientras en el aire flotaba un mar sobre cuyas olas pacían unas vacas.

—¡Este es el desorden más estúpido que he visto en mi vida! —gruñó Lucas.

Apareció un gran molino de viento apoyado sobre el lomo de dos elefantes.

—Si el asunto no fuese tan poco claro —dijo Lucas—, pensaría que este jaleo es muy divertido.

—No sé —murmuró Jim sacudiendo preocupado la cabeza—, pero todo esto no me gusta nada... quisiera que encontráramos pronto la salida.

Delante de ellos corría media bicicleta gigantesca semejante a las de las ferias; daba grandes saltos por el desierto, como si buscara a su otra mitad que no se veía por ninguna parte.





—Yo también lo preferiría —dijo Lucas, y se rascó detrás de la oreja—. Bueno, de todos modos acabaremos saliendo de este lugar de pesadilla. Según mis cálculos, desde el mediodía hemos retrocedido unas cien millas. Ha sido una tontería haber olvidado la brújula.

Los dos amigos avanzaron un buen rato en silencio, contemplando las visiones que aparecían y desaparecían. En el momento en que Lucas le iba a enseñar a Jim el sol que se veía en tres lugares distintos a la vez, el muchacho dio un chillido de alegría.

—¡Lucas —gritó—, mira hacia allá! ¿Cómo es posible? ¡Es, es Lummerland!

Exactamente. Allí estaba Lummerland rodeado por el mar azul. El pico grande y el pico pequeño se elevaban hacia lo alto y, en medio de los dos, el castillo del rey Alfonso Doce-menos-cuarto. El tendido del tren lleno de curvas brillaba; se veían los cinco túneles y la casa del señor Manga. Allí estaba la pequeña estación y allí también la casa de la señora Quéé con su tienda.

En el mar se veía el barco correo.

—¡Rápido! —gritó Jim fuera de sí—, ¡rápido, Lucas! ¡Vayamos hacia allá!

Pero Emma había tomado por sí sola el rumbo hacia Lummerland. Ella también había descubierto su isla natal. Se fueron acercando y por fin vieron al rey asomado a la ventana. Delante del castillo estaba la señora Quéé con una carta en la mano y junto a ella el cartero y el señor Manga. Los cuatro parecían muy tristes. La señora Quéé se secaba continuamente los ojos con el delantal.

—¡Señora Quéé! —gritó Jim lo más fuerte que pudo; abrió la ventanilla y se inclinó hacia fuera a pesar del calor tremendo que le daba en la cara —. ¡Señora Quéé, estoy aquí! ¿No me ve, señora Quéé? ¡Soy yo, Jim Botón! ¡Espérenos, ya vamos!

Gritaba y gesticulaba tanto que estuvo a punto de caerse por la ventanilla. Lucas le sujetó por el gran botón de los pantalones.

Cuando Emma llegó a unos diez metros de Lummerland, todo desapareció tan de repente como habían desaparecido las otras visiones. Se volvieron a encontrar en la inmensidad del desierto bañado por el sol.

Al principio Jim no lo podía creer, pero de nada le sirvió. Lummerland ya no estaba allí. Dos grandes lágrimas resbalaron por sus negras mejillas. No lo pudo evitar. También en los ojos de Lucas apareció un brillo sospechoso mientras lanzaba grandes anillos de humo.

Siguieron avanzando en silencio. Pero lo más asombroso todavía no había ocurrido.

De pronto vieron otra locomotora exactamente igual que su Emma. Esa locomotora marchaba a unos cien metros de distancia de ellos. Avanzaba además a la misma velocidad.

Lucas, que no se fiaba de sus ojos, se asomó a la ventanilla y en la otra máquina también se asomó el maquinista. Lucas saludó y el otro maquinista le devolvió el saludo.

—Me parece muy raro —dijo Lucas—. ¿Estaremos soñando?

—De ninguna manera —le aseguró Jim.

—Pues lo comprobaremos desde más cerca —dijo Lucas.

Torcieron el rumbo y se dirigieron hacia la otra locomotora, pero ésta también giró y las dos máquinas siguieron separadas.

Entonces Lucas frenó. La otra locomotora se detuvo igualmente.

Lucas y Jim bajaron. En el mismo momento, de la otra locomotora se aparearon un maquinista y un muchachito negro.

—¡Siempre lo mismo...! —murmuró Lucas, perplejo.

Entonces se dirigieron los unos hacia los otros, Lucas hacia el otro Lucas y Jim hacia el otro Jim. Los dos Lucas y los dos Jim querían saludarse estrechándose la mano. Entonces empezó a soplar un vientecillo suave. El otro Lucas, el otro Jim y la otra Emma se volvieron transparentes y se desvanecieron... Se deshicieron sencillamente en la nada.

Jim se detuvo desconcertado, con los ojos muy abiertos mirando el lugar donde había estado el otro Jim un momento antes. De pronto oyó que Lucas silbaba y decía:

—¡Ahora lo comprendo! ¡Claro, eso es!

—¿Qué es? —preguntó Jim.

—¿No has oído hablar del espejismo?

—No —contestó Jim, intrigado—, ¿qué quieres decir?

Lucas sonrió divertido.

—Espejismo —repitió—, volvamos junto a Emma y te lo explicaré. Aquí hace más calor que en una sartén.

Subieron a la cabina y se pusieron en marcha. Lucas le contó a Jim lo que eran los espejismos:

—A veces, en las ferias, hay habitaciones con espejos. Cuando uno entra en ellas se arma un lío: nunca sabe lo que es realidad y lo que son imágenes reflejadas. En la feria resulta muy divertido porque, si es necesario, siempre hay alguien que te saca de allí. Pero en el desierto el asunto es más serio.

»Claro está que aquí el espejismo no se hace con espejos. ¿Cómo podrían llevarse tantos espejos a la vez a un desierto? No, se emplea la palabra sólo porque se trata de algo parecido. Los espejismos son fenómenos de la naturaleza. En el desierto, cuando el sol da violentamente sobre la arena, el aire se calienta muchísimo y parece como si centellease por el calor. La luz se vuelve deslumbradora y empieza a reflejar como si fuera un espejo de cuarto de baño. No sólo refleja los objetos que están cerca, sino que recoge las imágenes que están muy lejos. Es así como aparecen de pronto cosas que están a muchas millas de distancia. Puede suceder, por ejemplo, que personas que andan por el desierto, vean aparecer de pronto ante ellos una posada con un letrero que diga:

LIMONADA FRESCA, 10 CTS. VASO

»Y cuando se dirigen hacia ella, porque a lo mejor tienen una sed espantosa, de pronto todo desaparece. Entonces las personas se desorientan y ya no saben dónde están.

Puede ocurrir, naturalmente, que las imágenes, en el largo viaje hacia el desierto, se entremezclen. Entonces hay apariciones curiosas como las que habían visto los dos amigos.

—Y como remate —dijo Lucas terminando su explicación—, como remate, hemos tenido nuestro propio espejismo. Pero al llegar el vientecillo disminuyó el calor, el aire se hizo más fresco y dejó de reflejar.

Jim estuvo largo rato callado, como pensando y luego exclamó admirado:

—Me parece que no hay nada que tú no sepas, Lucas.

—Claro que sí —contestó Lucas, riéndose—, hay muchas cosas que yo no sé. Por ejemplo, no sé lo que hay allá, más lejos.

Los dos miraron hacia delante.

—Me parece ver una huella en la arena —dijo Jim.

—Exacto —gruñó Lucas—. Parece la huella de un coche.

—Mientras no se trate de otro espejismo... —dijo Jim, preocupado—. En un desierto como éste uno no sabe nunca si lo que tiene delante es un fenómeno de la naturaleza o no.

Se acercaron, pero esta vez la imagen no desapareció. Eran realmente huellas en la arena, huellas de rueda de coche.

—Diría —afirmó Jim—, que por aquí ha pasado alguien antes que nosotros.

Lucas frenó, bajó de la locomotora y examinó las huellas.

—¡Rayos! —dijo por fin rascándose la oreja—, por aquí ha pasado realmente alguien. ¿Y sabes quién?

—No, ¿quién?

—Pues nosotros mismos. Esas son las huellas de Emma. Me parece que hemos vuelto sobre nuestros pasos dando una vuelta gigantesca.

—¡Dios mío! —exclamó Jim, horrorizado—, ¡pero de alguna manera tenemos que salir de este desierto!

—¡Naturalmente! —afirmó Lucas—. Sólo que me pregunto cómo.

Miró alrededor inspeccionando.

En el cielo, hacia la derecha, se veía un barco de vapor que lanzaba por la chimenea grandes pompas de jabón de colores. A la izquierda había un faro y en lo alto una ballena con la cabeza hacia abajo. Detrás de sí, Lucas vio un bazar por cuyas ventanas y puertas salían árboles y delante una gran hilera de postes de telégrafo. Por los hilos se paseaba toda una familia de hipopótamos.

Lucas miró hacia el cielo. El sol estaba en tres sitios distintos. Era imposible adivinar cuál de ellos era el verdadero y cuál un espejismo.

Lucas sacudió la cabeza.

—No tiene sentido —dijo—. Tenemos que esperar hasta que el espejismo termine, de lo contrario no saldremos nunca de aquí. No podemos gastar inútilmente carbón y agua. No sabemos lo que nos durarán las provisiones.

—¿Cuándo crees tú que se terminarán los espejismos? —quiso saber Jim, que ya no podía más.

—Creo que por la noche —contestó Lucas—, cuando no haga tanto calor.

Se metieron en la cabina para descansar mientras esperaban la puesta del sol. El calor les adormeció y cuando Lucas empezaba a dar cabezadas, Jim le preguntó de pronto:

—¿Por qué parecían tan tristes?

—¿Quiénes? —preguntó Lucas.

—Todos —respondió Jim en voz baja—. Quiero decir en el espejismo de Lummerland.

—Es posible que los hayamos visto en el momento de la llegada de nuestra carta —dijo Lucas, pensativo.

Jim suspiró profundamente. Al cabo de un rato dijo, preocupado:

—Lucas, ¿crees que volveremos alguna vez a Lummerland?

Lucas rodeó cariñosamente a Jim con su brazo y le consoló:

—Tengo el presentimiento de que los tres, tú, Emma y yo volveremos un día allá.

Jim levantó la cabeza y sus ojos se hicieron más grandes.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó esperanzado.

—Te puedo dar mi palabra —contestó Lucas.

Jim se puso tan contento como si estuvieran en el viaje de vuelta a sus casas. Sabía que cuando Lucas afirmaba algo, la cosa era segura.

—¿Crees que será pronto? —volvió a preguntar.

—Es posible que sí y es posible que no —dijo Lucas—. No lo sé; se trata de un presentimiento.

Al poco rato añadió:

—Ahora procura dormir, Jim. A lo mejor nos tocará viajar toda la noche.

—A la orden —dijo Jim y al momento se quedó dormido.

Pero Lucas permaneció despierto y pensativo. Se sentía muy preocupado. Después de haber preparado su pipa estuvo un rato contemplando el sol de la tarde en el desierto; de pronto se dio cuenta de que los buitres habían vuelto. Estaban colocados en círculo alrededor de Emma pacientes, callados, y llenos de esperanza. Parecían estar seguros de que los viajeros no lograrían salir jamás de aquel desierto espantoso.

CAPÍTULO DIECISÉIS EN EL QUE JIM BOTÓN TIENE UNA EXPERIENCIA IMPORTANTE

Todo aquel que haya viajado por un desierto, sabe que las puestas de sol son allí de una belleza particular. El cielo brilla con muchos colores, desde el naranja encendido hasta el rosa, el verde o el violeta más delicado.

Jim y Lucas, sentados en el techo de la locomotora, balanceaban las piernas mientras comían los restos de sus provisiones y bebían el último té que quedaba en el termo de oro.

—No podemos comer nada más hasta que encontremos nuevas provisiones —dijo Lucas, preocupado.

El calor ya no era tan fuerte. Se había levantado un vientecillo suave y hacía fresco. Todos los espejismos habían desaparecido, menos uno, que obstinado, quiso permanecer un rato más. Pero era un fenómeno pequeñísimo: un erizo montado en media bicicleta. Anduvo durante un cuarto de hora por el desierto y luego se desvaneció.

Ahora los dos amigos podían estar casi seguros de que el sol, que en aquel momento desaparecía en el horizonte, era el verdadero sol. Y es sabido que el sol se pone por el oeste. Lucas podía calcular exactamente dónde quedaba el norte y hacia dónde tenían que dirigirse. El sol poniente tenía que verse siempre por la ventanilla de la izquierda. Era muy sencillo y emprendieron la marcha.

Cuando ya hacía un rato que viajaban y el sol se disponía a desaparecer en el horizonte, Jim observó algo raro. Hasta aquel momento los buitres les habían seguido, volando muy alto en el cielo y ahora giraban todos al mismo tiempo y se marchaban. Parecían tener mucha prisa. Jim le dijo a Lucas lo que había observado.

—A lo mejor están decepcionados y nos dejan por inútiles —refunfuñó Lucas, satisfecho.

Pero en aquel momento Emma dio un silbido agudo que sonó como un grito de terror, dio la vuelta por sí sola y salió corriendo como una loca.

Lucas agarró el freno y la paró. Emma se detuvo temblorosa y resopló jadeando.

—¡Vaya, Emma! —exclamó Lucas—, ¿qué nueva costumbre es ésta?

Jim iba a añadir algo más cuando por casualidad miró hacia atrás y se quedó con la palabra en la boca. «¡Oh!», es lo único que pudo decir.

Lucas se volvió. Lo que apareció ante sus ojos sobrepasó con mucho a todo lo que había visto jamás.

En el horizonte se veía un gigante tan grande que la misma altísima montaña «La Corona del Mundo» a su lado hubiera parecido un montón de cajas de cerillas. Era un gigante muy viejo, tenía una barba blanca larguísima que le llegaba hasta las rodillas y, cosa rara, estaba trenzada. Seguramente porque así le era más fácil tenerla siempre en orden; es fácil imaginar lo pesado que debe de ser el tener que peinar cada día una barba como aquélla. El gigante llevaba en la cabeza un viejo sombrero de paja. ¿Dónde podría haber en el mundo paja tan enorme? El gigantesco cuerpo estaba metido en una camisa vieja y larga, mayor que la vela del barco más grande que pueda haber.

—¡Oh! —dijo Jim—, esto no es un espejismo. ¡Rápido, afuera, Lucas! A lo mejor no nos ha visto todavía.

—¡Calma, siempre calma! —contestó Lucas echando anillos de humo. Luego contempló atentamente al gigante—. Me parece —afirmó—, que a pesar de su tamaño, tiene un aspecto amable.

—¿Qu... qu... qué? —balbuceó Jim, estupefacto.

—Sí —dijo Lucas con calma—, a pesar de ser tan grande, puede no ser un monstruo.

—Sí, pero... —tartamudeó Jim— ¿y si lo fuera?

El gigante tendió ansioso la mano. Luego la dejó caer con gesto de desaliento y un suspiro muy hondo levantó su pecho. Pero no se oyó nada. Todo permaneció en silencio.

—Si hubiera tenido intención de hacernos algo —dijo Lucas con la pipa entre los dientes—, podía haberlo hecho hace rato. Me parece bueno, pero me gustaría saber por qué no se acerca. ¿Será que nos tiene miedo?

—¡Oh, Lucas! —gimió Jim, y por el pánico le empezaron a castañetear los dientes—, todo... todo ha terminado para nosotros.

—No lo creo así —contestó Lucas—, a lo mejor, el gigante nos puede indicar cómo salir de este desierto del demonio.

Jim se quedó sin palabras. Ya no sabía qué pensar.

De pronto el gigante levantó las manos, las juntó en actitud suplicante y dijo con una pobre vocecilla:

—Por favor, extranjeros, no huyáis. No os quiero hacer ningún daño.



Por su tamaño, la voz hubiese tenido que sonar como un trueno. Sin embargo, no fue así. ¿A qué se debía?

—Me está pareciendo —gruñó Lucas—, que éste es un gigante completamente inofensivo. Se me está haciendo simpático. Pero encuentro rara su voz.

—A lo mejor es que está disimulando —exclamó Jim, lleno de miedo—. Seguramente nos cogerá para guisarnos. He oído hablar de un gigante que lo hacía. ¡Seguro, Lucas!

—No te fías de él únicamente porque es tan grande —respondió Lucas—. Pero ésta no es una razón.

En el horizonte el gigante se dejó caer de rodillas, volvió a juntar las manos en actitud suplicante y exclamó:

—¡Por favor, por favor, creedme! No os quiero hacer nada malo, lo que quiero es hablar con vosotros. ¡Estoy tan solo, tan terriblemente solo! — Esta vez también la voz era infantil y tenía un acento lastimero.

—El pobre me da pena —dijo Lucas—, le haré unas señas para que se dé cuenta de que no traemos malas intenciones.

Jim vio con horror cómo Lucas se asomaba a la ventanilla, se quitaba educadamente la gorra y agitaba el pañuelo. ¡Ahora sí que caería sobre ellos la desgracia!

Lucas bajó decidido y fue al encuentro del gigante.

Jim se había quedado ciego por el terror. ¿No sufriría Lucas una insolación?

Pero no podía permitir que Lucas se enfrentara solo con un peligro tan grande. Bajó también y le siguió corriendo a pesar de que le temblaban las piernas.

—¡Espérame, Lucas! —Jim jadeaba—. ¡Voy contigo!

El gigante se puso en pie. Parecía vacilante y perplejo.

—¿Significa eso —exclamó con su vocecilla aguda—, que me puedo acercar?

—¡Claro! —gritó Lucas haciendo altavoz con la mano; después volvió a agitar amistosamente el pañuelo.

El gigante dio un paso hacia la locomotora, luego se detuvo y esperó.

—No se fía —gruñó Jim.

—Bueno —dijo Lucas y le dio unas palmadas cariñosas en la espalda—. Esto está mejor. El miedo no sirve para nada. Si uno tiene miedo, todo le parece peor de lo que es en realidad.

Cuando el gigante vio que el hombre y el muchacho bajaban de la locomotora y se acercaban a él, comprendió que podía estar tranquilo. Su cara triste se iluminó.

—Bien, amigos —exclamó con su vocecilla—, ¡ya voy!

Y diciendo esto se puso en movimiento y se dirigió hacia Jim y Lucas. Pero lo que sucedió entonces fue tan sorprendente que Jim abrió desmesuradamente los ojos y Lucas se olvidó de que estaba fumando.

El gigante se acercaba paso a paso y a cada paso que daba se volvía un poco más pequeño. Cuando estaba a unos cien metros de distancia ya no era mucho más alto que la torre de una iglesia. Quince metros después tenía sólo la altura de una casa y cuando por fin llegó junto a Emma, tenía exactamente la altura de Lucas el maquinista. Quizás era todavía media cabeza más bajo. Delante de los dos amigos se hallaba un viejo delgado, de cara simpática y amable.

—¡Buenos días! —dijo, quitándose el sombrero—. No sé cómo agradecerlos que no hayáis huido de mí. Desde hace muchos años no hago más que ansiar que alguien tenga vuestro valor. Pero hasta hoy nadie ha permitido que me le acercara. ¡Es que, desde lejos, parezco tan terriblemente grande! Ah, no me he presentado todavía: mi nombre es Tur Tur. Me llamo Tur de nombre y Tur de apellido.

—Buenos días, señor Tur Tur —contestó Lucas, cortés, y se quitó la gorra—. Mi nombre es Lucas el maquinista. No dejó traslucir su asombro e hizo como si la extraña presentación fuese natural. Lucas era realmente un hombre que sabía lo que convenía hacer.

También Jim, que había estado mirando al señor Tur Tur con la boca abierta, se acercó y dijo:

—Yo me llamo Jim Botón.

—Me alegro muchísimo —dijo el señor Tur dirigiéndose esta vez a Jim—. Y sobre todo me alegro de que un hombre tan joven como usted, mi querido señor Botón, sea tan extraordinariamente valiente. Me ha hecho usted un gran servicio.

—¡Oh... ah...! Yo, verdaderamente —tartamudeó Jim y por debajo de su negra piel se sonrojó hasta las orejas. Estaba muy avergonzado porque en realidad no había sido valiente y en su interior se propuso no volver a tener miedo de nada ni de nadie sin antes haberlo visto de cerca. No se podía saber nunca si pasaría lo mismo que con el señor Tur Tur. Se dio palabra de honor de no olvidarlo nunca.

—¿Sabe usted? —dijo el señor Tur Tur dirigiéndose esta vez a Lucas—, en realidad yo no soy un verdadero gigante, sino un gigante-aparente; y ésta es mi desgracia. Por eso estoy tan solo.

—Eso nos lo tiene usted que explicar, señor Tur Tur —contestó Lucas—, porque es usted el primer gigante-aparente con que nos hemos encontrado.

—Se lo aclararé lo mejor que sepa —aseguró el señor Tur Tur—. Pero no aquí. ¿Me puedo tomar la libertad de invitarles a mi humilde cabaña, señores?

—¿Vive usted aquí? —preguntó Lucas, asombrado—. ¿En medio del desierto?

—Ciertamente —contestó el señor Tur Tur sonriendo—, vivo en pleno «Fin del Mundo». Junto al oasis.

—¿Qué es un oasis? —preguntó Jim con temor, porque temía otra sorpresa.

—Un oasis —le explicó el señor Tur Tur— es un lugar con una fuente en medio del desierto. Les guiaré.

Pero Lucas prefirió ir con Emma para que Emma aprovechara la ocasión y pudiera llenar de agua su caldera. Lucas y Jim tardaron un rato en convencer al receloso gigante-aparente de que no era peligroso viajar en locomotora. Por fin montaron los tres y Emma arrancó resoplando.

CAPÍTULO DIECISIETE EN EL QUE EL GIGANTE-APARENTE ACLARA EL PORQUÉ DE SU ORIGINALIDAD Y SE MUESTRA AGRADECIDO

En el oasis del señor Tur Tur había un pequeño y claro estanque en cuyo centro una fuente murmuraba como un surtidor. Alrededor crecía una hierba fresca y jugosa y muchas palmeras y árboles frutales levantaban sus copas hacia el cielo del desierto. Bajo estos árboles había una casita que brillaba por su limpieza y tenía postigos verdes en las ventanas. El gigante-aparente cultivaba flores y verduras en un pequeño jardín que había delante de la casa.

Lucas, Jim y el señor Tur Tur se sentaron en la habitación, alrededor de una mesa de madera y cenaron. Comieron varias clases de verduras exquisitas y, para postre, una deliciosa ensalada de frutas.

El señor Tur Tur era vegetariano. Así se llama a las personas que no comen nunca carne. El señor Tur Tur era un gran amigo de los animales y por eso no los mataba para comérselos. Se ponía muy triste si los animales huían de él porque era un gigante-aparente.

Mientras los tres permanecían sentados tranquilamente alrededor de la mesa, Emma esperaba fuera, junto al surtidor. Lucas había levantado la cúpula que tenía detrás de la chimenea y ella dejaba que el agua fresca le entrara tranquilamente en la caldera. Estaba sedienta por el gran calor que había pasado durante el día.

Después de la cena, Lucas encendió su pipa, se echó hacia atrás en la silla y dijo:

—Gracias por la buena comida, señor Tur Tur. Pero estoy muy interesado por conocer su historia.

—Sí —insistió Jim—, ¡cuéntenosla, por favor!

—Bien —dijo el señor Tur Tur—, no hay mucho que contar. Existen hombres que presentan ciertas particularidades características. Por ejemplo, el señor Botón tiene la piel negra. Es así por naturaleza y en ello no hay nada raro, ¿no es cierto? Pero, por desgracia, la mayoría de las personas no piensan así. Si usted, por ejemplo, es blanco, está convencido de que sólo su color es el bueno y siente algo contra los que son negros. A menudo los hombres somos muy poco razonables.

—En cambio —añadió Jim—, a veces resulta muy cómodo tener la piel negra, por ejemplo para ser maquinista.

El señor Tur Tur asintió muy serio y continuó:

—Vean, amigos: si uno de ustedes se levantara ahora y se alejara, se volvería cada vez más pequeño y al llegar al horizonte no sería más que un punto. Si regresara, se iría volviendo cada vez más grande y al llegar ante nosotros tendría su verdadera estatura. Pero han de reconocer que en realidad conservaría siempre la misma. Sólo parece que se vuelve cada vez más pequeño cuando se aleja y cada vez más grande cuando se acerca.

—¡Exacto! —dijo Lucas.

—Bien —aclaró el señor Tur Tur—, conmigo sucede lo contrario. Eso es todo. Cuanto más lejos estoy, más grande parezco y cuanto más me acerco, más se ve mi verdadera estatura.

—Usted quiere decir —preguntó Lucas—, que no se vuelve pequeño cuando se aleja. ¿Y que no es usted un gigante cuando está lejos, sino que sólo lo parece?

—Exacto —contestó el señor Tur Tur—. Por eso he dicho que soy un gigante-aparente. De igual modo a las demás personas se les podría llamar enanos-aparentes, porque de lejos parecen enanos aunque no lo sean.

—Esto es muy interesante —murmuró Lucas y lanzó pensativo dos anillos de humo muy artísticos—. Pero dígame, señor Tur Tur, ¿cómo es que le sucede esto? ¿Ha sido siempre así? ¿Y también cuando era niño?

—Siempre he sido así —dijo el señor Tur Tur, apenado—, y no puedo hacer nada. En mi niñez esta particularidad no era tan exagerada como ahora, pero a pesar de ello nunca tenía compañeros con quienes jugar porque todos me tenían miedo. Pueden ustedes imaginar mi pena. Soy un hombre muy tranquilo y muy sociable, pero cuando llego a algún sitio todos huyen horrorizados.

—¿Por qué vive usted aquí en el desierto «El Fin del Mundo»? —quiso saber Jim, muy interesado. Aquel simpático viejo le daba mucha pena.

—Sucedió así —explicó el señor Tur Tur—. Nací en Laripur. Es una gran isla al norte de la Tierra del Fuego. Mis padres eran las únicas personas que no me tenían miedo. Eran unos padres muy buenos. Cuando murieron decidí emigrar porque quería buscar un país donde los hombres no me temieran. He viajado por todo el mundo pero en todas partes sucedía lo mismo. Por fin me vine a este desierto para no poder asustar a nadie. Ustedes, amigos míos, son las primeras personas, después de mis padres, que no me han tenido miedo. Por encima de todo he estado deseando poder hablar con alguien antes de morir y gracias a ustedes he podido ver realizado este deseo. Desde ahora en adelante, cuando me sienta solo, pensaré en ustedes y será para mí un gran

consuelo saber que en algún sitio del mundo tengo unos amigos. Como agradecimiento quisiera poder hacer algo por ustedes.

Lucas estuvo meditando un rato sobre lo que había oído. También Jim estaba entregado a sus pensamientos.

Le hubiera gustado ser capaz de decirle al señor Tur Tur algo que le pudiera consolar pero no se le ocurría nada a propósito.

Por fin Lucas interrumpió el silencio:

—Si está usted dispuesto, señor Tur Tur, nos podría prestar un gran servicio.

Entonces le explicó de dónde venían, todo lo que habían visto y pasado en su camino hacia la Ciudad de los Dragones para liberar a la princesa Li Si y para descubrir alguna pista que aclarara el misterio de Jim.

Cuando Lucas hubo terminado, el señor Tur Tur contempló con respeto a los dos amigos y dijo:

—Son ustedes unos hombres muy valientes. No dudo de que puedan salvar a la princesa aun cuando entrar en la Ciudad de los Dragones sea mayor peligro.

—Quizá nos pueda usted indicar el camino hasta allí —dijo Lucas.

—Sería demasiado inseguro —contestó el señor Tur Tur—. Mejor será que les acompañe yo mismo por el desierto. Pero sólo puedo llegar hasta la región de las «Rocas Negras». Desde allí tendrán ustedes que seguir solos.

Meditó unos segundos y prosiguió:

—Pero hay otra dificultad. Vivo aquí desde hace muchos años y conozco el desierto como la palma de mi mano, y no obstante hace unos días estuve a punto de perderme sin remedio... Los espejismos se han vuelto más terribles en estos últimos tiempos.

—Hemos tenido una suerte enorme al encontrarle a usted, señor Tur Tur —dijo Lucas.

—¡Oh, sí! —contestó el señor Tur Tur serio y frunció el entrecejo—. Solos, no hubieran podido salir jamás de este desierto. Mañana o a más tardar pasado mañana, los buitres se los hubiesen comido.

Jim se estremeció.

—Bien, pongámonos en marcha —propuso Lucas—. La luna ya ha salido.

El señor Tur Tur preparó unos panes y llenó de té el termo de oro del emperador de China. Luego los tres fueron hacia la locomotora.

Antes de partir Jim quiso volver a ver la extraña particularidad del señor Tur Tur y el señor Tur Tur se mostró dispuesto a complacerle.

La luna era tan brillante y clara que se podía ver casi como si fuera de día. Jim y Lucas se quedaron de pie junto a Emma y el señor Tur Tur avanzó hacia el desierto.

Los dos amigos pudieron ver cómo a medida que se alejaba se volvía siempre más grande y cómo cuando se acercaba de nuevo, se volvía más y más pequeño hasta que, al llegar junto a ellos, recobraba su estatura normal.

Luego Lucas se quedó solo y Jim se fue con el señor Tur Tur, para ver si era cierto que sólo aumentaba de tamaño aparentemente. Cuando se hubieron alejado un trecho de Lucas se volvieron y Jim preguntó:

—¿Qué es lo que ves, Lucas?

Lucas contestó:

—Ahora tú eres del tamaño de mi dedo meñique y el señor Tur Tur es tan largo como un poste de telégrafos.

En cambio, Jim pudo comprobar que el señor Tur Tur, que estaba a su lado, no había crecido y que seguía siendo como siempre.

Después fue Jim el que se quedó junto a Emma y Lucas se alejó con el señor Tur Tur. Jim también observó que Lucas se hacía cada vez más pequeño y el señor Tur Tur siempre más grande. Cuando los dos volvieron, Jim dijo, satisfecho:

—¡Sí, señor Tur Tur, usted es realmente un gigante-aparente!

—¡No hay la menor duda! —aseguró Lucas—. ¡Ahora emprendamos el viaje, amigos!

Subieron los tres a la cabina, cerraron las puertas y se adentraron en el desierto. Las nubéculas de vapor de la chimenea de la buena de Emma subían hasta el cielo siempre más hacia arriba hasta que se desvanecían en lo más alto, donde brillaba la luna plateada.

CAPÍTULO DIECIOCHO EN EL QUE LOS VIAJEROS SE DESPIDEN DEL GIGANTE-APARENTE Y PARECE QUE NO PUEDEN SALIR DE «LA BOCA DE LA MUERTE».

El desierto era llano como una tabla y tenía el mismo aspecto en todas las direcciones. Pero el señor Tur Tur no dudó en ningún momento del camino que tenían que seguir. No habían andado más que tres horas cuando alcanzaron el límite norte del desierto «El Fin del Mundo».

El paisaje estaba iluminado por la clara luz de la luna, pero allí donde terminaba el desierto, terminaba todo. No había nada, ni suelo, ni tierra, ni cielo. Sencillamente nada. Desde lejos no se veía más que tinieblas de un negro de carbón, de pez y de ala de cuervo, que desde el nivel del desierto llegaba hasta el cielo.

—¡Asombroso! —dijo Lucas—. ¿Qué es eso?

—Es la región de las «Rocas Negras» —aclaró el señor Tur Tur.

Avanzaron hasta el lugar donde empezaba la oscuridad. Lucas detuvo a Emma y todos bajaron.

—La Ciudad de los Dragones —empezó a explicar el señor Tur Tur—, está en algún lugar de «El País de los Mil Volcanes». Este es una inmensa meseta llena de miles de pequeñas montañas que escupen fuego. Por desgracia no conozco el lugar exacto donde se halla la Ciudad de los Dragones, pero ya la encontrarán.

—Bien —dijo Lucas—, pero ¿qué son estas tinieblas?

—¿Tendremos que pasar por allí? ¿Tendremos que cruzarlas? —preguntó Jim.

—No hay más remedio —contestó el señor Tur Tur—. Vean, amigos: «El País de los Mil Volcanes», como ya les he dicho, es una meseta que se encuentra a setecientos metros más arriba de «El Fin del Mundo». El único camino para llegar hasta allí pasa por la región de las «Rocas Negras». Éstas son tan completamente negras que absorben toda la claridad. La luz no se puede ver. Sólo en ciertos días particularmente luminosos hay una luz tenue. Entonces se puede ver en el cielo una mancha violeta muy desvaída. Es el sol. Pero normalmente reina una oscuridad profunda.

—Pero si no se ve nada —preguntó Lucas, pensativo—, ¿cómo vamos a encontrar el camino?

—Desde aquí el camino es completamente recto —aclaró el señor Tur Tur—. Tiene unas cien millas de longitud. Si siguen siempre recto no puede pasarles nada. Pero no deben salirse nunca del camino. A la izquierda y a la derecha hay terribles precipicios en los que caerían sin remedio.

—¡Buena perspectiva! —gruñó Lucas rascándose nerviosamente la oreja.

Jim, asustado dijo para sí: «¡Dios mío!».

—En el lugar más elevado —prosiguió el señor Tur Tur—, el camino pasa por un gran arco de roca que se llama «La Boca de la Muerte». Es el lugar más oscuro en el que, incluso en los días más luminosos, reina una oscuridad impenetrable. Reconocerán «La Boca de la Muerte» por unos terribles gemidos y alaridos.

—¿Por qué gime? —preguntó Jim, que empezaba a estar inquieto.

—Es el viento que sopla continuamente por ese arco —contestó el señor Tur Tur—. Les aconsejo además que cierren bien las puertas de la locomotora. Como en la región reina una noche eterna, el viento es tan frío que las gotas de agua se hielan antes de llegar al suelo. No tienen que salir de la locomotora. En ningún caso. Se quedarían en seguida tiesos por el frío.

—Gracias por los buenos consejos —dijo Lucas—. Creo que lo mejor será esperar el amanecer para emprender el viaje. Aunque haya poca luz siempre será mejor que nada. ¿Qué opinas, Jim?

—Estoy de acuerdo —contestó Jim.

—Entonces lo mejor será que me despida ahora —dijo el señor Tur Tur—. Les he dicho todo lo que sé, amigos. Y yo preferiría volver a casa antes de que se haga de día. Es por los espejismos, ¿comprenden?

Se estrecharon la mano, se dijeron adiós y el señor Tur Tur les rogó que, cuando volvieran a pasar por el desierto «El Fin del Mundo», le visitaran. Jim y Lucas se lo prometieron. Entonces el gigante-aparente se puso en camino hacia su oasis.

Los amigos le miraron mientras se alejaba. Su estatura se volvía más grande a cada paso y se hizo gigantesca cuando alcanzó el horizonte. Allí se detuvo para saludar con la mano; Lucas y Jim le devolvieron el saludo. El señor Tur Tur siguió caminando y aumentando de tamaño pero también, a medida que se alejaba, se le distinguía menos, hasta que su desmesurada figura desapareció en el cielo nocturno.

—¡Un hombre simpático! —dijo Lucas y fumó a grandes chupadas—. Da mucha pena.

—Sí —asintió Jim, pensativo—. Lástima que tenga que estar tan solo.

Se fueron a dormir al objeto de reunir fuerzas para su viaje por la región de las «Rocas Negras».

A la mañana siguiente el sol salió brillando claramente por encima del desierto. Jim y Lucas desayunaron, cerraron las puertas de la cabina y subieron los cristales de las ventanillas y emprendieron la marcha por las tinieblas oscuras como carbón, pez y ala de cuervo.

Todo era exactamente como había dicho el señor Tur Tur: el luminoso sol casi no se distinguía. Sólo se veía una mancha violeta en lo alto del cielo. Alrededor todo estaba completamente oscuro.

Lucas oprimió un interruptor para encender los faros. No sirvió de nada. Las rocas negras absorbieron la luz y todo siguió tan oscuro como antes.

El frío crecía a medida que adelantaban. Lucas y Jim se echaron las mantas encima, pero pronto no les bastaron. Aunque Lucas echaba carbón al fuego, el frío penetraba, siempre más cortante, por los cristales de las ventanillas. Jim estaba tan helado que sus dientes empezaron a castañetear.



Aquí se puede ver lo negra que era la oscuridad en la región de las rocas negras. A la derecha del dibujo está Emma.

Adelantaban muy despacio. Transcurrieron horas y más horas y según los cálculos de Lucas habían recorrido sólo la mitad de las cien millas.

Jim ayudaba a echar carbón porque Lucas ya no podía hacerlo solo. Tenían que echarlo siempre más aprisa para que el agua hirviera y se

convirtiera en vapor. Emma se arrastraba cada vez más lentamente. De su chimenea y de sus válvulas colgaban témpanos de hielo.

Lucas contemplaba preocupado las provisiones de carbón que disminuían por momentos.

—Espero que logremos salir de aquí —murmuró.

—¿Cuánto puede durar el carbón? —preguntó Jim soplándose sus dedos helados.

—Posiblemente una hora —contestó Lucas—, o quizá no tanto. Con este consumo es muy difícil calcularlo.

—¿Podremos llegar? —preguntó Jim temblando por el frío. Sus labios rojos se habían vuelto ya completamente azules.

—Si no tenemos ningún tropiezo, es posible —gruñó Lucas y se calentó las manos heladas con la pipa.

La pálida mancha violeta del cielo, había desaparecido. Se acercaban, pues, a «La Boca de la Muerte». Pasaron unos minutos y de pronto oyeron unos gemidos y alaridos terribles:

«¡Huuuuuuuuuuioooohhh!».

Sonaban tan horriblemente que no es posible describirlo. Ni tan siquiera se pueden imaginar, si no se han oído. El tono no era muy fuerte pero en la negra soledad resultaba angustioso y casi no se podía soportar.

—¡Oh, Dios mío! —tartamudeó Jim—, me parece que me volveré a poner cera en las orejas.

Pero, con el frío, el montón de velas se había vuelto duro como la piedra y no se podía partir. Así es que los dos amigos no tuvieron más remedio que aguantar los gritos y las lamentaciones.

«¡Aaaaaauuuu!», se oía en el exterior, pero ya mucho más cerca.

Lucas y Jim apretaron los dientes.

En aquel momento, Emma se detuvo y lanzó un largo silbido cargado de temor. Se había salido del camino y sentía de pronto que delante de sus ruedas se abría el abismo.

—¡Maldición! —dijo Lucas y movió dos palancas, una después de la otra. Pero Emma temblaba y se negaba a seguir.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Jim, con ojos asustados.

—No te preocupes —rezongó Lucas—. Seguramente no quiere seguir porque nos hemos desviado.

—¿Qué pasará ahora? —susurró Jim.

Lucas no respondió, pero Jim conocía la cara de Lucas cuando estaban en peligro. Su boca se convertía en una línea, le salían los huesos de la mandíbula y los ojos se le ponían muy pequeños.

—¡Que no falle el fuego! —dijo finalmente—, si no, estamos perdidos.

—¡Pero no podemos quedarnos aquí! —objetó Jim.

Lucas se encogió de hombros y Jim no volvió a hacer preguntas. Si Lucas no sabía qué tenían que hacer era porque las cosas marchaban muy mal.

Ahora el viento tenía un sonido siniestro. Era como si «La Boca de la Muerte» se burlara cruelmente.

«¡Huhuhuhohoooo!».

—¡No pierdas las esperanzas, muchacho! —le consoló Lucas. Pero su voz no era muy convincente.

Esperaron y esperaron; pensaron después en lo que tenían que hacer. Por el frío no podían bajar de la locomotora. Además tampoco les hubiera servido para nada. No podían volver atrás porque Emma no quería moverse. ¿Qué tenían que hacer? ¡Nada! Pero necesitaban decidir algo porque cada segundo perdido acercaba el momento en que se terminaría el carbón.

Mientras meditaban con el entrecejo fruncido, sin que se les ocurriera la menor idea aprovechable, afuera se estaba preparando su salvación. El vapor que salía de la chimenea se helaba en el aire y volvía a caer transformado en nieve. El viento arrastraba los copos y el suelo alrededor de la locomotora se iba cubriendo de nieve. Los remolinos blancos se depositaban sobre las rocas negras y cuando éstas estuvieron completamente cubiertas de nieve, dejaron de absorber la luz y el camino se hizo visible. En medio de la negra nada se divisaba un pedazo de camino blanco.

Jim fue el primero en descubrirlo. Había hecho un agujero en la escarcha de la ventanilla e intentaba espiar el exterior.

—¡Eh, Lucas! —exclamó—, ¡mira!

Lucas miró. Luego se incorporó, inclinó la cabeza, aspiró profundamente y dijo:

—Estamos salvados.

Entonces encendió su pipa.

También Emma se movió para seguir adelante. Encontró otra vez el camino justo y de nuevo entró en la oscuridad color carbón negro y ala de cuervo.

«¡Huuuuoooojjjjjooooh!», aullaba el viento y parecía como si se dirigieran directos hacia la muerte.

«¡Oooooooooaaaaajjjj!», gemía. Entonces salieron del arco de rocas; habían atravesado «La Boca de la Muerte».

«¡Huiuiuiuij!», el aullido se volvió a oír detrás, pero sonaba ya lejos. Luego se oyó otra vez, pero entonces muy distante.

No les quedaban más que diez paletadas de carbón, pero por suerte el camino descendía porque «La Roca de la Muerte» estaba en el punto más alto. A cada minuto Lucas echaba una paletada de carbón al fuego: un minuto-dos minutos-tres minutos-cuatro-cinco-seis-siete-ocho-nueve-diez minutos... Ahora ardía la última paletada de carbón. Pero en derredor no se hacía más claro. La locomotora avanzaba siempre con mayor lentitud. Parecía que se iba a detener...

El último segundo fue como si atravesaran un telón. La clara luz del sol penetró por las ventanillas heladas. Emma se detuvo.

—Bien, Jim —dijo Lucas—, ¿qué te parecería si nos tomáramos un poco de descanso?

—A la orden —contestó Jim dando un profundo suspiro de alivio.

Quitaron con cuidado el hielo de los cerrojos y abrieron la puerta. El aire caliente les dio en la cara. Bajaron para deshelar y templar al sol sus miembros entumecidos.

CAPÍTULO DIECINUEVE EN EL QUE LUCAS Y JIM DESCUBREN UN PEQUEÑO VOLCÁN Y EMMA ADQUIERE UN ASPECTO NUEVO

Los dos amigos estaban de pie, delante de su locomotora, con las piernas separadas, las manos en los bolsillos y contemplaban el paisaje.

Ante ellos se extendía «El País de los Mil Volcanes», con miles y miles de montañas de todos los tamaños que escupían fuego. Algunas eran altas como casas de muchos pisos, otras, por el contrario, eran muy pequeñas, más o menos como una sopera. Algunos volcanes estaban en plena actividad, es decir, lanzaban fuego y llamas, mientras otros se limitaban a humear. Por algunos descendía una masa incandescente de lava y eran semejantes a ollas de las que saliera a borbotones puré hirviendo.

La tierra se estremecía continuamente y en el aire retumbaban truenos y rumores sordos. De pronto se sintió una fuerte sacudida y en la tierra, con estruendo, se abrió una enorme grieta. Los volcanes próximos empezaron a hervir y la masa incandescente volvió a llenar lentamente la sima. Pero ya en otro sitio se abría una nueva grieta y en la lejanía se levantaba un pico gigantesco. Debía de tener unos mil metros de altura. Éste también lanzaba al cielo una altísima columna de humo.

Lucas y Jim contemplaron en silencio el pavoroso espectáculo, durante largo rato.

—Quisiera saber —dijo por fin Jim— qué pasaría si esa gran montaña del fondo empezara a hervir. Quizá llenaría todo el lugar de masa incandescente. ¿Qué opinas, Lucas?

—Es posible —contestó Lucas.

En aquel momento estaba entregado a pensamientos muy distintos.

—En algún sitio, por aquí, debe de estar la Ciudad de los Dragones —murmuró—. ¿Pero dónde?

—¿Sí, dónde? —dijo Jim—. Tendríamos que saberlo.

—Aunque lo supiéramos —añadió Lucas—, no nos serviría de mucho. ¿Cómo podremos llegar hasta ella?

—Sí, ¿cómo? —dijo Jim—. No podemos seguir aquí; quedaríamos cogidos en esa masa incandescente o nos hundiríamos en una grieta porque no se sabe nunca dónde aparecen.

—Y aunque lo supiéramos —dijo Lucas—, tampoco nos serviría de nada. No nos podemos mover porque no tenemos carbón.

—¡Oh! —contestó Jim, horrorizado—, en eso no había pensado. Eso es muy desagradable.

—Endemoniadamente desagradable —gruñó Lucas—. Además parece que por aquí no hay madera. Al menos no alcanzo a descubrir nada que se parezca ni de lejos a un árbol.

Se sentaron y comieron un par de panecillos con mantequilla y bebieron el té del termo de oro del emperador de China que les había preparado el gigante-aparente. Debían de ser más o menos las cuatro de la tarde o sea la hora del té. Sentían un hambre tremenda porque no habían almorzado.

Cuando hubieron terminado y Lucas estaba encendiendo la pipa y Jim enroscaba la tapa del termo, oyeron de repente un ruido.

—¡Pst! —dijo Jim—, ¡escucha!

Escucharon y lo volvieron a oír. Sonaba como si en algún lugar llorara un cerdito.

—Parece una voz —murmuró Jim.

—Seguro —dijo Lucas—, como si fuera un cochinito o algo parecido. Vamos a ver qué es.

Se levantaron y siguieron la dirección del ruido. En seguida encontraron el lugar. El quejido salía de un volcán muy cercano.

Pero el volcán parecía apagado. No vomitaba fuego, no salía de él una masa incandescente, tampoco echaba humo.

Lucas y Jim treparon por la colina, que no era más alta que una casa pequeña y miraron hacia abajo por el agujero del cráter. El llanto se oía muy claro. Los dos amigos lograron entender unas palabras.

—¡Oh, no puedo más, sencillamente no puedo más! ¡Ooooh, pobre de mí...!

Pero no se distinguía nada. El interior del volcán estaba oscuro como boca de lobo.

—¡Eh! —gritó Lucas—, ¿hay alguien ahí?

Reinaba un silencio de muerte. Los lloros habían terminado.

—¡Eh, eh! —exclamó Lucas con voz clara—, ¿quién está ahí? ¿Quién acaba de decir pobre de mí?

Al principio todo siguió en silencio; pero de pronto resonó un chillido terrible. En el interior del cráter se oyó un alboroto y ruidos sordos. Los dos amigos se echaron atrás por miedo de que saliera fuego o lava incandescente.

Pero no sucedió nada de esto; apareció en cambio una cabeza gorda con dos grandes ojos redondos, una cabeza que recordaba a un rinoceronte, sólo que tenía motitas amarillas y azules. La cabeza pertenecía a un cuerpecillo blando que llevaba, en el otro extremo, una larga cola delgada, exactamente igual a la de los cocodrilos pequeños. Este bicho extraño se colocó delante de Lucas y Jim con las patas abiertas, apoyó sus bracitos en las caderas y chilló lo más salvajemente que pudo:

—¡Soy un dragón! ¡Pufff!

—Me alegro —dijo Lucas—, yo soy Lucas el maquinista.

—Yo soy Jim Botón —añadió Jim.

El dragón miró azorado a los dos amigos, con sus ojos redondos, y con voz chillona de cerdo preguntó:

—¿Y no me tenéis miedo?

—No —contestó Lucas—. ¿Por qué habíamos de tenerlo?

Entonces el dragón empezó a llorar desesperadamente y de sus ojos saltones salieron grandes lágrimas.

—¡Uh, uh, uh! —sollozaba el pequeño monstruo—, es lo que me faltaba. Los hombres nunca me toman por un verdadero dragón. Hoy es un día desdichado para mí. ¡Uh, uh, uuuuuuuuh!



—Claro que creemos que eres un verdadero dragón —dijo Lucas para consolarle—. Si tuviéramos que tener miedo de algo en el mundo, lo tendríamos de ti. ¿No es cierto, Jim?

Y le hizo una seña a su amigo.

—Claro —confirmó Jim—. Pero da la casualidad que somos personas que nunca tienen miedo. De lo contrario, te lo tendríamos a ti y no poco.

—Sí —se lamentó el dragón, e hipó preocupado—, lo que queréis es consolarme.

—De verdad que no —le aseguró Lucas—. Tienes un aspecto terrible.

—Sí —opinó Jim—, eres muy feo, eres horroroso.

—¿En serio? —preguntó el dragón, dudando, pero su cara gorda empezó a iluminarse por la satisfacción.

—Seguro —dijo Jim—. ¿Hay alguien que pueda creer que no eres un verdadero dragón?

—¡Sí, uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu! —contestó el dragón y empezó a sollozar amargamente—. Los dragones de pura raza no me dejan entrar en la Ciudad de los Dragones. Opinan que no soy más que medio dragón. ¡Y eso porque mi madre era un hipopótamo! Pero mi padre era un verdadero dragón.

Lucas y Jim cruzaron una mirada significativa que quería decir:

¡Ah, este medio dragón les podría decir qué tenían que hacer para seguir adelante!

—¿Por eso eres tan desgraciado? —preguntó Lucas.

—¡Oh, no! —aseguró el medio dragón—, pero hoy es un día muy desgraciado para mí. Mi volcán se ha apagado y no consigo volverlo a encender. Lo he intentado todo y no lo he conseguido.

—Déjanos ver qué es lo que pasa —le propuso Lucas—. Somos maquinistas y entendemos en las cosas que tienen algo que ver con el fuego.

El medio dragón se secó las lágrimas y abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Oh, sería maravilloso! —chilló—. Os estaría terriblemente agradecido. Es un deshonor para nosotros que se nos apague el volcán.

—Comprendo —dijo Lucas.

—¡Ah! —continuó el medio dragón—, todavía no me he presentado. Me llamo Nepomuk.

—Es un nombre muy bonito —dijo Lucas.

—Pero es nombre de persona —objetó Jim—. ¿Sirve para un dragón?

—Mi madre, el hipopótamo —contestó Nepomuk—, me puso este nombre. Vivía en un jardín zoológico y trataba mucho con personas. De ahí viene todo. Los dragones suelen llamarse de otra manera.

—¡Ah, bien! —dijo Jim.

Se metieron uno tras otro por el cráter del volcán y cuando llegaron al final, Lucas encendió una cerilla y miró a su alrededor. Estaban en una caverna muy espaciosa. Una parte estaba ocupada por una montaña de carbón y al otro lado había un gran horno descubierto. Sobre el horno colgaba una cadena con una olla muy grande. Todo estaba muy negro por el hollín y olía tan terriblemente a azufre y a otras materias que quitaba el aliento.

—Esto es muy agradable, Nepomuk —dijo Lucas alegre y mirando pensativo hacia el montón de carbón.

—¡Pero si no tienes cama! —añadió sorprendido Jim.

—Es que —dijo Nepomuk, el medio dragón—, duermo mejor sobre el carbón. Se ensucia uno deliciosamente y no se tiene que embadurnar cada mañana.

Los dragones lo hacen al revés que las personas. Los hombres se lavan cada mañana y cada noche para estar siempre limpios; en cambio, los

dragones se embadurnan cada mañana y cada noche para estar sucios. Esto se hace solamente entre los dragones.

Entretanto, Lucas estaba trabajando en el horno. A los pocos minutos ya había encontrado la falla.

—¡Ya está! —dijo—, la rejilla se ha caído y está obstruido el tiraje.

—¿Tardará mucho en estar arreglado? —preguntó Nepomuk y pareció que iba a volver a llorar.

Lucas le aseguró que no era difícil pero se le ocurrió otra cosa. Dijo:

—Voy a ver qué se puede hacer. A lo mejor no tiene remedio. Deberías hacerte con un horno nuevo. Pero a lo mejor consigo hacer algo. Has tenido la suerte de encontrar a dos maquinistas.

Tenía un plan y por eso necesitaba exagerar las cosas.

—Jim —añadió con cara muy seria—, vuelve a subir y ve corriendo a la locomotora y trae la caja de los instrumentos especiales, ya sabes, y no olvides la lámpara de pilas.

—A la orden —respondió Jim, también muy serio. Subió y en un santiamén volvió con la caja de herramientas y la linterna.

—Bien, querido Nepomuk —dijo Lucas frunciendo las cejas—. Ahora deberías dejarnos solos durante un rato, por favor. Mi ayudante y yo no podemos trabajar bien cuando alguien nos está mirando.

Nepomuk lanzó una mirada asustada al cajón en el que brillaban misteriosas herramientas. Luego salió del volcán y se sentó a esperar junto a la boca del cráter. Pronto empezó a oír martillazos y ruidos sordos. ¡Verdaderamente los dos maquinistas parecían ser unos hombres poderosos y capaces!

En realidad, Lucas había vuelto a colocar en su sitio la rejilla con un ligero movimiento de la mano y luego había limpiado el tiro. Todo volvía a estar en orden. Los dos amigos se sentaron tranquilamente el uno junto al otro sonriendo satisfechos y siguieron golpeando con martillos y limas el horno y la olla para que sonara como una herrería.

Al cabo de un rato, Nepomuk preguntó desde arriba:

—¿Va bien?

—Es más difícil de lo que creía —exclamó Lucas mirando hacia arriba—. Pero espero conseguir algo.

Y siguieron golpeando y martilleando. Jim tenía que aguantar la risa. Nepomuk permanecía arriba junto a la boca del cráter, oía sus

esfuerzos y estaba muy agradecido por haber encontrado a los dos maquinistas en el momento justo.

Al cabo de un rato Lucas le dijo a Jim:

—Me parece que basta.

Dejaron de golpear y Lucas encendió el fuego en el horno. Las llamas se elevaron y la humareda empezó a salir por el agujero.

Todo funcionaba perfectamente.

Cuando Nepomuk vio salir el humo se puso fuera de sí por la alegría. Había dudado de que los maquinistas pudieran reparar una avería tan importante. Ahora bailaba junto al agujero y chillaba con su voz porcina.

—¡Estupendo, estupendo! ¡Mi volcán vuelve a arder! ¡Viva! ¡Funciona!

Lucas y Jim subieron y se acercaron a él.

—¡Mil gracias! —dijo Nepomuk cuando estuvieron a su lado.

—De nada, lo hemos hecho muy a gusto —contestó Lucas con prudencia—. Pero ahora te tengo que pedir un favor.

—¿Sí? ¿Qué es? —preguntó Nepomuk, el medio dragón.

—Mira —dijo Lucas—, casi hemos terminado el carbón y tú tienes una hermosa montaña de él. ¿Te molestaría que llenáramos nuestro ténder con el que tienes en depósito?

—¡Claro que no! —exclamó Nepomuk con la sonrisa más ancha que le permitió su boca gigantesca—. Yo mismo me ocuparé de ello.

Jim y Lucas quisieron ayudar pero Nepomuk insistió en hacerlo solo.

—Vosotros habéis trabajado mucho para mí, ahora tenéis que descansar.

Luego bajó a su volcán y volvió a salir en seguida con un gran cubo de carbón; corrió con él hacia Emma y lo vació en el ténder. Luego volvió a su gruta, llenó otra vez el cubo y repitió esto hasta que el ténder estuvo completamente lleno. Los dos amigos le contemplaban y sintieron remordimientos.

Pronto terminó el medio dragón.

—¡Uff! —jadeó secándose el sudor de la frente—. ¡Me parece que hay bastante! ¡Ya no cabe más!

—¡Muchas gracias, Nepomuk! —dijo Lucas, avergonzado—. Has sido de verdad muy amable. ¿Quieres cenar con nosotros?

Se había hecho muy tarde y el sol bajaba hacia el horizonte.

—¿Qué tenéis? —quiso saber Nepomuk con ojos ávidos.

—Té y bocadillos —contestó Jim. Nepomuk se sintió decepcionado.

—Oh, no, gracias —dijo—, mi estómago no soporta esas cosas. Prefiero comer mi ración de lava.

—¿Qué es lava? —quiso saber Jim—, ¿sabe bien?

—La lava es el alimento preferido por los dragones —explicó Nepomuk con mucho orgullo—. Es una masa incandescente de hierro líquido, azufre y otras cosas muy sabrosas. Tengo una gran olla llena. ¿Queréis probar?

—Es mejor que no —dijeron Lucas y Jim a la vez.

Los dos amigos fueron a buscar sus provisiones a la locomotora y Nepomuk trajo su olla llena de lava. Luego se sentaron para cenar. Nepomuk no era un compañero de mesa muy agradable. Hacía ruidos con la lengua, sorbía y salpicaba la masa incandescente a su alrededor, tanto, que Jim y Lucas habían de tener cuidado para que no les manchara o les quemara. Nepomuk era solamente un medio dragón pero se esforzaba por comportarse como un dragón de pura raza.

Cuando estuvo harto volcó el contenido de la olla en una grieta y luego se lamió los labios, se golpeó el vientre repleto y eructó. Después le salieron por las orejas dos anillos de humo amarillentos de azufre.

Los dos amigos también habían terminado su comida. Jim llevó los bocadillos que habían quedado y el termo a la locomotora mientras Lucas preparaba la pipa. Luego se entretuvieron un rato hablando de esto, de aquello y de lo de más allá. Por fin, sin darle importancia, Lucas dijo:

—Nos gustaría ir a la Ciudad de los Dragones. ¿Sabes tú cómo se puede llegar a ella?

—Claro que sé cómo se llega —respondió Nepomuk—. ¿Qué queréis hacer allí?

Le explicaron por encima su plan. Cuando hubieron terminado, Nepomuk dijo:

—Los dragones nos tendríamos que ayudar los unos a los otros y en realidad no tendría que decirles nada. Pero me habéis ayudado y los dragones de Kummerland han sido siempre muy poco amables con nosotros los medio dragones y no nos dejan entrar en la ciudad. Me pondré de vuestra parte para fastidiarles. Me vengaré. ¿Veis aquel pico tan alto?

Señaló con una pata el gigantesco volcán que se erguía en el centro de la región.

—En aquella montaña —añadió—, está la Ciudad de los Dragones. El pico está abierto por arriba. En realidad es un cráter.

—¿Qué es un cráter? —quiso saber Jim.

—Un cráter es... bueno, un cráter es un cráter —contestó Nepomuk confuso—. La montaña está vacía por dentro y abierta por arriba, más o menos como una gran vasija.

—¡Ah! —dijo Jim.

—En el fondo de ese cráter —siguió explicando Nepomuk—, está Kummerland, la Ciudad de los Dragones. Es enorme y allí viven muchos millares de ellos. Como que vivir en el resto del mundo era para ellos muy peligroso, se han retirado allí. Sólo muy raras veces algunos efectúan viajes a otros países.

—¿Pero dónde se forma el humo que sale de la montaña? —quiso saber Jim—. ¿Tienen también horno como tú?

—¡Claro! —contestó Nepomuk—. Pero casi todo sale de los mismos dragones. Los dragones sacan fuego y humo.

Como para demostrar sus palabras volvió a eructar y a sacar nubéculas amarillas de azufre y un par de chispas de su nariz y de sus orejas. El efecto fue más bien pobre.

—Bien —opinó Jim—. ¡Así que es esto!

—¿Cómo se entra en la Ciudad de los Dragones? —preguntó Lucas sacando también unas nubéculas de humo.

—Si de eso se trata —suspiró Nepomuk apoyando pensativo su gorda cabeza en la pata izquierda—, es completamente imposible entrar. Incluso para mí.

—Pero tiene que haber una entrada —dijo Jim.

—Claro —respondió Nepomuk—, hay una, una caverna a través de la montaña que lleva a la ciudad. Pero por desgracia esa entrada está

vigilada, día y noche por dragones centinelas. Y no dejan pasar a nadie que no tenga el aspecto de un verdadero dragón.

—¿Y no hay ninguna otra entrada? —interrogó de pronto Lucas.

—No —contestó Nepomuk—, que yo sepa, no.

—Por ejemplo, ¿no hay un río que salga de la Ciudad de los Dragones? —insinuó Lucas con cautela.

—No —aseguró Nepomuk—, no he oído hablar nunca de ninguno. Ese río tendría que pasar por «El País de los Mil Volcanes» y nosotros, los medio dragones, lo conoceríamos. No, no hay ningún río ni ninguna otra entrada.

—Es raro —gruñó Lucas—, estábamos seguros de que el río Amarillo nacía en la Ciudad de los Dragones.

Pero Nepomuk sacudió la cabeza y agregó:

—¡No puede ser!

—¿Qué aspecto tienen los dragones de pura raza? —preguntó Jim, sumido en sus pensamientos.

—Completamente distintos de todo —contestó Nepomuk—. No pueden parecerse a ningún otro animal, porque si no ya no son de pura raza. Yo, por ejemplo, me parezco desgraciadamente algo a mi madre el hipopótamo. Y además un dragón tiene que poder sacar fuego y humo.

Los tres estuvieron pensando un rato. Por fin Jim dijo:

—¿No podríamos disfrazar a Emma de dragón? No se parece a ningún otro animal y puede sacar humo y fuego.

—¡Jim! —dijo Lucas, asombrado—, ¡es una idea estupenda!

—Sí, es cierto —aseguró Nepomuk—. Hay una posibilidad.

Conozco dragones que se parecen mucho a ella.

—Ahora no nos queda más que una pregunta —dijo Lucas—, ¿cómo podremos llegar hasta la montaña? No nos haría ninguna gracia caernos por una grieta, ni meternos en la masa incandescente.

—Esto es muy sencillo —contestó Nepomuk rápidamente—. Yo os guiaré y no correréis ningún peligro. Sé exactamente el momento en que se abren las grietas o se vacían las ollas de lava. Ja, ja, nosotros los medio dragones lo tenemos calculado exactamente. Si no aquí no se podría vivir.

—¡Estupendo! —dijo Lucas, complacido—. Entonces nos pondremos manos a la obra y disfrazaremos de dragón a nuestra vieja Emma.

Nepomuk bajó de su volcán y cogió un pote de pintura roja. Además colocó una olla de lava en el horno.

Jim y Lucas cogieron todas las mantas y las sujetaron con cuerdas sobre la cabina.

Cuando terminaron, Nepomuk volvió con su lava que al hervir se había vuelto líquida. Como era un medio dragón la podía tocar tranquilamente sin quemarse las manos. La amasó, la estrujó, la extendió sobre Emma, modeló en ésta una gran joroba, luego en la parte delantera una nariz horrible y, en los costados, pinchos y escamas. Cuando la lava se enfrió, era tan dura como el cemento armado. Al final la pintaron toda con pintura roja para que quedara lo más espantosa posible y encima de su cara simpática le dibujaron una careta de dragón. Emma, muy quieta, les dejó hacer. Estaba perpleja porque no comprendía el porqué de todo aquello.

Al ponerse el sol la obra quedó terminada. Lucas se metió en la cabina y dio una vueltecita de prueba con Emma echando humo y fuego. Tenía un aspecto muy dragonil.

Luego se pusieron de acuerdo para la mañana siguiente y se fueron a dormir. Nepomuk a su montón de carbón y los dos amigos a la cabina de su locomotora-dragón.

CAPÍTULO VEINTE EN EL QUE EMMA ES INVITADA POR UN DRAGÓN DE PURA RAZA A UNA JUERGA

A la mañana siguiente, los viajeros se levantaron muy temprano porque Nepomuk les había asegurado que el camino hasta la Ciudad de los Dragones era mucho más largo de lo que parecía. Pronto se dieron cuenta de que esta afirmación no era exagerada. Debido a las muchas grietas y a los ríos de lava no podían viajar en línea recta, sino que tenían que dar continuamente grandes rodeos. Era como un laberinto.

Nepomuk se había sentado en la parte delantera de la caldera de Emma y utilizaba su delgada cola para indicar la dirección. La dirigía unas veces hacia la derecha, otras hacia la izquierda y de esta forma le señalaba a Lucas la dirección que tenía que llevar.

En su camino se cruzaron con un par de medio dragones que les miraron curiosos desde sus volcanes. Algunos no eran más grandes que un topo o un saltamontes, otros tenían un parecido remoto con un canguro o una jirafa según su relación familiar. En cuanto veían a Emma disfrazada escondían aterrorizados sus cabezas. Seguramente creían que un horrible dragón se paseaba por el país. A Lucas y a Jim les tranquilizaba mucho la impresión que producía la locomotora.

Cuando por fin llegaron a poca distancia de la gruta de entrada a la Ciudad de los Dragones, Nepomuk dio la señal de alto. Lucas detuvo a Emma y el medio dragón bajó de ella.

—Bien —dijo—, ahora podéis seguir solos. Yo prefiero volverme a casa. No quisiera encontrarme con un dragón de pura raza. No se sabe nunca de qué humor están.

Los dos amigos le agradecieron de corazón la ayuda que les había prestado; Nepomuk les deseó éxito y se despidieron.

Lucas y Jim siguieron con Emma camino adelante y el medio dragón les saludó con la mano hasta que desaparecieron detrás de una montaña.

Entonces el medio dragón emprendió, arrastrándose, el largo camino de regreso hasta su pequeño volcán.

Pocos minutos más tarde, Emma llegó a la entrada de la Ciudad de los Dragones.

Era una gigantesca entrada de caverna, ennegrecida por el humo que salía a través de la boca del horno.

Sobre la entrada de la Ciudad de los Dragones colgaba una gran losa de piedra en la que se leía esta terrible amenaza:



—¡Bien, Jim! —dijo Lucas—, ¡adelante!

—¡A la orden! —contestó Jim.

Y entraron en la caverna. Estaba oscuro como boca de lobo y Lucas encendió los faros de Emma para ver el camino.

Cuando ya casi llegaban a la mitad de la caverna, aparecieron de pronto en la oscuridad dos ojos grandes como pelotas de fútbol, que brillaban como si fueran de fuego. Rápidamente, Lucas y Jim taparon con mantas las ventanillas y espionaron el exterior por una rendija. Había llegado el momento en que iba a decidirse si el disfraz de Emma servía. Y si no servía... bueno, lo mejor era no pensar en lo que sucedería.

Despacio, muy despacio, fue avanzando la locomotora en dirección a las dos pelotas de fútbol que brillaban como ascuas. Pertenecían a un dragón cuyo cuerpo medía tres veces lo que Emma. Sobre sus hombros tenía un cuello muy largo y enroscado en espiral. La cabeza era del tamaño y de la forma de una cómoda. El esperpento permanecía rígido, tieso, en el centro del camino. Parecía imposible poder pasar por donde estaba. Había echado elegantemente su larga cola, llena de púas, por encima del hombro izquierdo y con la garra derecha se rascaba con inaudita negligencia.

Cuando Emma se detuvo delante de él, estiró el cuello en espiral y contempló a la locomotora por todos los lados. Para ello no necesitaba levantarse ni dar vueltas. Esto era lo práctico de su cuello que recordaba a una manguera. Después de haber examinado minuciosamente a Emma, apareció en la cara del dragón una sonrisa burlona que le daba un aspecto feísimo.

—¡Ja, ja, ja! —se rió con una voz que recordaba a un aserradero—. Tienes un parrrr de ojijos bonitoss y brrrrillantesss. —Y se volvió a reír—: ¡Ja, ja, ja!

—Ha creído que Emma era una señorita dragona —susurró Lucas—. ¡Esto es estupendo!

—¡Ja, ja, ja! —El dragón se reía—. ¡Tienes ojjioss bonitoss y huueless muy bien a huumo!

Emma bajó avergonzada sus faros. Estaba muy molesta y no sabía qué pensar de aquellos piropos.

Jim y Lucas, que espiaban por la rendija entre las mantas, descubrieron entonces, al resplandor del fuego, que junto a la caverna principal, en un hueco lateral, se hallaban sentados dos dragones de la misma especie que el otro. Estaba claro que esperaban para relevar de la guardia a su compañero.

—Ddddammme tu dirrrección y másss tarrnde te rrrecogerrré parrra darr un passsseo. En sssseguida terrrrmino la guarrrrrdia.

Emma miró al dragón sin comprenderle.

—Estamos en un momento muy delicado —susurró Lucas—. Espero que no empiece a sospechar.

Lucas y Jim se miraron preocupados, pero por suerte, en aquel momento uno de los dragones del aposento lateral exclamó:

—Jjjja, missserrrrable rrrugidorrr, dejja en pazzz a la ppppequeña. ¿No vesss que no quierre hablarr contigo?

—¡Gracias a Dios! —suspiró Jim en voz baja.

—¡Grrrr! —retumbó el dragón y escupió furioso una llama delgada con humo lila—. A verrr sssi tú consssigues algo. ¡Jjjjj!

Diciendo esto dejó irritado el camino libre. Lucas levantó la palanca y Emma se puso en movimiento y avanzó rodando, lo más aprisa que pudo, para salir de allí. Por precaución, Lucas procuró que sacara la mayor cantidad posible de humo y de chispas, como si estuviese indignada y ofendida, para que el dragón no sospechara nada.

Pronto cruzaron la caverna y ante ellos apareció la Ciudad de los Dragones. Uno se daba cuenta en seguida de que se trataba de una ciudad muy importante. Las casas estaban fabricadas con gigantescos bloques de piedra y tenían cientos de pisos. Las calles parecían desfiladeros oscuros. Si se echaba la cabeza hacia atrás y se miraba hacia arriba, se lograba distinguir, a veces, una pequeñísima mancha de cielo. Pero esta pequeñísima mancha de cielo estaba oscurecida por los vapores, por el humo y por el gas que se elevaban continuamente. Tal como les había explicado Nepomuk, ese vaho nauseabundo era producido por los mismos dragones que andaban a miles por las calles echando humo y fuego por la boca, nariz y orejas.

Algunos dragones tenían además otra especie de orificio en la punta de la cola, por la que también salía humo, aunque en menor cantidad.

Se oía un ruido infernal. Los dragones chillaban, gruñían, alborotaban, disputaban, crepitaban, berreaban, tosían, bramaban, gritaban, aullaban, reían, silbaban, reñían, estornudaban, jadeaban, siseaban, gemían, pateaban, pitaban y no sé qué otras cosas más.

Además eran de distintas clases. Unos eran pequeños como lirones, otros, en cambio, alcanzaban el tamaño de un tren de mercancías. Muchos se movían como sapos y se contoneaban y eran grandes como coches. Otros parecían orugas largas y delgadas como postes de telégrafo. Los había que medían más de mil pies, mientras otros tenían una sola pata sobre la que saltaban de una manera muy curiosa. Muchos no tenían patas y rodaban como barriles por las calles. El espectáculo era ensordecedor. También se veían dragones con alas, que volaban como murciélagos y otros que zumbaban como gigantescas avispas o libélulas. Alborotaban y silbaban volando en el aire sofocante y pasando de un piso a otro de las casas. Todos parecían tener prisa. Se lanzaban precipitadamente al espacio mezclándose, empujándose, montando los unos encima de los otros, pateando sin cuidado las cabezas y los miembros de los demás y portándose —como se ve— muy poco amablemente.

A cualquier lado que dirigiesen la mirada por la rendija de la ventanilla, Jim y Lucas no veían más que dragones ocupados en distintos quehaceres. Algunos preparaban café o cocían bollos directamente sobre el fuego que salía de sus narices. Naturalmente, se trataba de café especial para dragones, de bollos de alquitrán y harina de huesos, condimentados con veneno, bilis, pedazos de cristal y chinchetas. Todo para dragones.

Pero había algo que los dos amigos no vieron: niños. Ni niños dragones ni de ninguna otra clase. Los verdaderos dragones no tienen niños. No los necesitan porque ellos, si no se los mata, no mueren. No se mueren nunca y se van volviendo cada vez más viejos. Tampoco había ninguna otra clase de niños y, claro está, era mejor así. No hubiesen tenido sitio para jugar porque por las calles los hubiesen pateado hasta matarlos; y no había ni prados ni nada parecido para ellos. Ni árboles para trepar.

No había absolutamente nada que fuera verde. Alrededor de las incontables calles-desfiladeros, con sus olores y sus ruidos, las paredes del gran cráter parecían una gigantesca muralla negra. Como puede verse, el nombre de la ciudad era apropiado: Kummerland^[2] .

CAPÍTULO VEINTIUNO EN EL QUE JIM Y LUCAS CONOCEN UNA ESCUELA EN KUMMERLAND, «LA CIUDAD DE LOS TORMENTOS».

Cuando Emma había rodado ya un rato por las calles, se encontraron con una dificultad imprevista. ¿Cómo encontrar la calle Vieja en esa gigantesca ciudad? No podían bajar y preguntárselo sencillamente a alguien. No les quedaba más que una solución: dedicarse a buscar la calle al azar. Tardarían horas pero no tenían otro remedio. Tuvieron suerte. Al llegar al cruce siguiente, Lucas, que espiaba por entre las mantas, descubrió en una esquina un indicador de piedra con la inscripción:

CALLE VIEJA

Era cuestión de recorrerla toda hasta dar con el número y éstos estaban esculpidos en lo alto de las entradas.

Al poco rato encontraron el número 113.

—¿Tienes miedo, Jim? —preguntó Lucas sin levantar la voz.

Jim recordó a los gigantes-aparentes y pensó que las cosas vistas de cerca no son a veces tan peligrosas como parecen. Decidido, dijo:

—No, Lucas. —Y para no faltar a la verdad añadió—. No mucho.

—Bien —dijo Lucas—, entonces podemos seguir.

—Sí —agregó Jim—, podemos seguir.

Lucas guió con cuidado a Emma por el enorme portal. Llegaron a un hueco de escalera tan grande como una estación. La escalera subía como una enorme espiral, dando vueltas. No se podía ver dónde terminaba. Una débil oscuridad reinaba en el grandioso lugar. Y, cosa curiosa, la escalera no tenía escalones, sino que subía hacia arriba como una calle sinuosa. En todo Kummerland no podía haber escalones y la razón es muy clara: los dragones pequeños como un tejón no hubieran podido subir por ellos y los escalones bajos hubiesen sido muy incómodos para los dragones del tamaño de un tren de mercancías. Por eso no existían escalones. Además esta solución tenía otra ventaja. En aquel momento bajaba a toda velocidad un dragón. Se había sentado simplemente sobre su cola, revestida de cuerno y se deslizaba por la escalera en espiral como en un trineo.

Los dos amigos estaban muy satisfechos de que no hubiese escalones, porque para Emma hubieran representado un inconveniente tremendo. En cambio, así podían subir cómodamente.

Así lo hicieron hasta que llegaron con prontitud al tercer piso.

Se detuvieron delante de la primera puerta a la izquierda. Era tan alta y ancha que un autobús de dos pisos podía pasar por ella sin dificultad. Pero desgraciadamente la cerraba una gran losa de piedra.



Debajo había un llamador, también de piedra, en forma de calavera con una anilla entre los dientes.

Lucas le leyó la inscripción a Jim en voz baja.

—¿Llamamos? —dijo Jim temblando.

Lucas sacudió la cabeza. Miró con atención a todos lados. Cuando comprobó que por los alrededores no había ningún dragón, bajó decidido de la locomotora y se apoyó con todas sus fuerzas en la losa de piedra. Haciendo un esfuerzo enorme consiguió moverla; la apartó todo lo que pudo para dar paso a Emma y volvió a subir a la cabina.

—Es una suerte tener a Emma —explicó en voz baja.

Puso en marcha a la locomotora, entró en la vivienda lo más aprisa que pudo y una vez dentro frenó, saltó al suelo y cerró la entrada volviendo

a colocar la losa en su sitio. Luego le hizo una seña a Jim. El muchacho bajó de la cabina.

—Sin permiso, ¿se puede entrar tranquilamente en una casa con una locomotora? —preguntó Jim, preocupado.

—Es lo único que podemos hacer en este caso —contestó Lucas en voz baja—. Ahora tenemos que explorar el terreno.

Dejaron a Emma recomendándole que permaneciera callada como un muerto. Luego se arrastraron, Lucas delante y Jim detrás, por el largo y oscuro pasillo. Al pasar por delante de los huecos de las puertas se detenían y miraban hacia dentro. En ninguna habitación se veía nada, ni hombres ni dragones. Todos los muebles eran de piedra, mesas de piedra, sillas de piedra, sofás de piedra con almohadones de piedra; en una pared colgaba un gran reloj, todo de piedra y su tictac tenía un sonido rocoso. No había ventanas, pero por unos agujeros situados en la parte alta de las paredes, se filtraba una luz nublada.

Cuando los dos amigos se hallaban próximos al final del pasillo oyeron de pronto, procedente de la última habitación, una voz aguda y horrible que rugía furiosa. Luego volvió a reinar el silencio. Lucas y Jim escucharon con atención. Entonces llegó hasta ellos la voz asustada de un niño, tan baja que casi no se oía, que recitaba algo. Los dos amigos se miraron. Se acercaron rápidamente a la puerta de la habitación y espionaron el interior.

Ante ellos se abría una gran sala con tres filas de pupitres de piedra. En los bancos se sentaban unos veinte niños de distintos países, niños pieles rojas y niños blancos, niños esquimales y niños morenos tocados con turbantes; en el centro se sentaba una niña encantadora, con dos trencitas negras y una carita delicada como la de una muñeca china de porcelana. Era, sin duda alguna, la princesa Li Si, la hija del emperador de China.

Los niños estaban atados a los bancos con cadenas de hierro, de manera que podían moverse pero no podían escapar. De una pared de la sala colgaba una pizarra de piedra muy grande y junto a ella había un gigantesco pupitre hecho con un solo bloque de piedra, que parecía un armario. Detrás estaba sentado un horrible dragón. Era bastante más grande que Emma, la locomotora, pero mucho más delgado, casi flaco. Tenía un morro en punta, cubierto de cerdas y pinchos. Sus ojos punzantes y pequeños miraban a través de unas gafas centelleantes y en una de sus patas sostenía una caña que hacía silbar continuamente en el aire. Una gruesa nuez le subía y bajaba por el cuello largo y delgado y de la boca feroz le salía un único diente repugnante. Estaba claro: este dragón no podía ser más que la señora Maldiente.

Los niños se sentaban muy tiesos y no se atrevían a moverse. Tenían las manos sobre los pupitres y miraban al dragón con ojos llenos de terror.

—Esto parece un colegio —le dijo Lucas a Jim al oído.

—¡Dios mío! —suspiró Jim, que no había visto un colegio en toda su vida—. ¿Todos los colegios son así?

—¡Dios nos libre! —gruñó Lucas—. Algunos colegios son muy agradables. Además en ellos los profesores no son dragones, sino personas como es debido.

—¡Sssssileeeencio! —gritó el dragón haciendo silbar el bastón en el aire— ¿Quiéeen ha cuchchchichcheado? —Lucas y Jim enmudecieron y se retiraron. En la clase reinaba un silencio lleno de terror.

La mirada de Jim se dirigía siempre a la pequeña princesa y cada vez, al verla, sentía una punzada en el corazón. La princesita le gustaba mucho. No recordaba haber visto nunca a nadie que le gustara tanto desde el primer momento. Aparte de Lucas, naturalmente. Pero esto era muy distinto. A pesar de la amistad, no se podía decir que Lucas fuera precisamente guapo, pero la princesa lo era. Era tan graciosa y parecía además tan delicada y fina, que le entró en seguida el deseo de protegerla. Todo el miedo desapareció y decidió liberar a Li Si, costara lo que costara.

El dragón, furioso, lanzó centellas a través de sus gafas y gritó con su voz chillona:

—¡Jija!, ¿no me querrrréis decirrrr quququién ha hablllllado?
¡Esperrrrrad!

Su nuez subía y bajaba y de pronto el monstruo vociferó:

—¿Cuuuuántos son ssssetee porrrr ocho? ¡Tú!

Se levantó un niño piel roja que el dragón señaló con el puntero. Era todavía muy pequeño, tendría unos cuatro o cinco años. Pero llevaba ya tres plumas en su negra cabellera. Debía de ser el hijo de un jefe. Miraba a la señora Maldiente con ojos asustados y tartamudeó:

—Siete por ocho, siete por ocho, son, son...

—¡Son, son! —gruñó el dragón, mordaz—. Rrrrápido.

—Siete por ocho son veinte —dijo el pequeño piel roja, decidido.

—¿Sssssí? —silbó el dragón, sarcástico—, ¿essssso dices? ¿Sson vvvveinte?

—¡No, nnno! —balbuceó el pequeño aterrorizado—. Quería decir quince.

—¡Bassssta! —gritó el dragón y le echó unas centellas a través de las gafas—. ¿Nnno lossabesss? Errres el chico mássss tonto y máss perrezzzzoso que conozzzzco. ¡La tonterrrría y la perrreza se tieneen que cassstigarrrrr!

El dragón se levantó, fue hacia el muchacho, lo puso encima del banco y furioso le pegó. Cuando hubo terminado el castigo se volvió a sentar detrás del pupitre jadeando más calmado. El pequeño piel roja tenía los ojos llenos de lágrimas pero no lloraba. Es sabido que los pieles rojas son muy valientes.

Jim, a pesar de su piel negra, se había puesto pálido por el coraje y la indignación.

—¡Qué cobardía! —dijo.

Lucas asintió. No podía hablar y apretaba los puños.

El dragón preguntó impaciente:

—¿Cuántossss sssson ssiete porrrr ocho, Li Si?

El corazón de Jim dio un salto. Era imposible que la pequeña princesa recibiera una paliza. Pero también era imposible que supiera contestar a una pregunta tan difícil. Jim tenía que hacer algo.

Pero Jim no había pensado que Li Si era una niña china y que los niños chinos de cuatro años saben hacer las cuentas más difíciles.

La pequeña princesa se puso en pie y con una voz que sonó tan dulcemente como el gorjeo de un pajarito, dijo:

—Siete por ocho son cincuenta y seis.

—Jjjjja —resopló el dragón con rabia porque había contestado bien—. ¿Y cuántttto sssson trrrrece mennosss ssseissss?

—Trece menos seis —respondió Li Si con voz de pájaro—, son siete.

—¡Bahhhh! —dijo el dragón, furioso—, te crrrees muy intellllligente porrrrque lo sabesss todo, ¿noooo? Errres una niña mmm muy imperrrtinente y prrrresumida, ¿comprrendesss? Perrro esperrra a verrr si me sssabesss contestarrrr a essto: Dime en sssseguidddda la ttabla del sssiete. ¡Perrro de prrrrrisa!

—Uno por siete, siete —empezó Li Si y sonó como si cantara un ruiseñor—, dos por siete, catorce, tres por siete, veintiuno... —Y siguió así y dijo toda la tabla del siete muy bien. Jim no hubiera creído nunca que una cosa así fuera tan agradable de oír. El dragón escuchaba atento, pero sólo para

descubrir alguna equivocación. Entretanto hacía silbar maliciosamente el puntero en el aire.

Lucas susurró:

—¡Jim!

—¿Sí?

—¿Tienes valor?

—Sí.

—Bien, Jim. Escucha: ya sé lo que tenemos que hacer. Le daremos una oportunidad al dragón y veremos si deja salir a los niños voluntariamente. Si no lo hace tendremos que usar la fuerza, aunque a mí no me guste la violencia.

—¿Cómo lo haremos, Lucas?

—Tú tienes que entrar y hablar con él, Jim. Cuéntale lo que quieras, eso lo dejo en tus manos. Pero no le reveles nada sobre Emma y sobre mí. Yo esperaré fuera con Emma y si es necesario iremos a ayudarte. ¿Está claro?

—A la orden —dijo Jim, decidido.

—A ver cómo lo haces —murmuró Lucas y se escurrió para ir a buscar la locomotora.

Mientras tanto, la princesa había terminado con las tablas. No se había equivocado ni una sola vez y por ello el dragón estaba visiblemente furioso. Se acercó a Li Si, le dio unos golpes y chilló:

—Biennnn, ¿crrrrreías que me ibassss a molessstarrrr si no te equivocvvvoccabassss, chiquilla engrrrreída y orrrrgullosa? ¿Quéeee? ¿Cómo? ¡Contessssta cuando te prrrreguntttten!

La princesa permanecía muda. ¿Qué hubiera podido contestar?

—¿Quéeeeeee? —silbó el dragón—, errrrres demasssssiado orrrrgullosa parrrra contessstarrrrme. ¡Ya te corrrregirrré yo! ¡Esperrrrrra! Errrrres arrrrroigente y vanidossssa. ¡Y la arrrrrogancia y la vanidad sssse tienen que cassstigarrrrrr!

El dragón iba a colocar a la pequeña princesa sobre el banco, cuando una voz de muchacho colérica y clara, exclamó:

—¡Un momento, señora Maldiente!

El dragón se volvió sorprendido y vio en la puerta a un muchachito negro que le miraba sin miedo.

—Usted no le puede hacer nada a Li Si —dijo Jim muy serio.

—¡Innnnmunnndo pájjjjarrrrro imperrrrtinente! —gruñó el dragón fuera de sí—. ¿De dddónde ssssalessss y quién errrrres?

—Yo soy Jim Botón —contestó Jim, tranquilo—. Vengo de Lummerland para liberar a la princesa. Y a los demás niños también.

Se oyó un cuchicheo en el grupo de niños y todos miraron a Jim con los ojos muy abiertos. Sobre todo la pequeña princesa estaba muy sorprendida por la forma en que el muchachito negro hacía frente, sereno y valiente, al gigantesco monstruo.

El dragón dio unos puñetazos y unos golpes en el aire y chilló indignado:

—¡Silenccccio!, ¿cómo os atrrrrevéis, cuadrrrrilla de alborrrrotadorrrres?

Luego se volvió hacia Jim y le preguntó con fingida amabilidad frunciendo los labios:

—¿Te han mmmmanddddddadddddo los «Trrrrece Ssssalvajessss», pequeño?

—No —contestó Jim—. No me ha mandado nadie.

En los centelleantes ojos del dragón apareció una sombra de duda.

—¿Qué ssssigniffica essssto? —musitó—. ¿Hassss venido ssssolo? ¿Quizáaaaa me tienessss ssssimpatía?

—No —contestó Jim—, esto no. Vengo a descubrir el misterio de mi nacimiento y en esto quizás usted me pueda ayudar.

—¿Porrrr qué prrrrecisssamente yo? —preguntó el dragón acechando.

—Porque en el paquete en que llegué a Lummerland había un trece como remitente e iba dirigido a la señora Maldiente o algo parecido.

—¡Jjjja! —exclamó el dragón, sorprendido y una mueca maliciosa apareció en su cara cubierta de púas.

—¡Entoncessss errrrressss tú, corrrrazoncito! ¡Te he essssperrrado mucho tiempo!

Jim sintió un escalofrío en la espalda, pero preguntó educadamente:

—¿Me puede usted decir quiénes son mis verdaderos padres?

—No necessssitasss buscarrrr mássss, hijo mío —el dragón se rió—. Errrrres mío.

—Al principio me lo temí —dijo Jim, decidido—. Pero ahora sé que no tengo nada que ver con usted.

—Perrrrro yo te comprrrrré a los «Trrrece Ssss salvajessss» —gruñó el dragón y pestañeó malicioso.

—Me da igual —aseguró Jim—. Prefiero volver a Lummerland.

—¿De verrrrrdad? —preguntó el dragón, traicionero—. ¿Serrrrrías capazzz de hacerrrrme essss? ¡Qué cossas tienessss, muchacho!

—Sí —dijo Jim—. Y me llevaré a la princesa y a los otros niños conmigo.

—¿Y ssssi yo no entrrrrrrrego a lossss niñossss? —indagó el dragón suavemente.

—¡Me los tendrá que entregar, señora Maldiente! —contestó Jim y él y la pequeña princesa se miraron.

El dragón estalló en una risa chillona y malévola:

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué dessssscarrro! ¡Hohohoho! ¡Ha venido ssssolo! ¡Hasss caído en la trrrrrampa! ¡Jajajá!

—Sería mejor que no se riera de esa manera —exclamó Jim, encolerizado—. ¿Entregará voluntariamente a los niños, sí o no?

El dragón se moría de risa.

—¡No! —resolló—. ¡No, pequeño cangrrrrrejjjjo, essso segurrro que no lo harrré!

Su risa se terminó de repente. Lanzó hacia Jim unas centellas peligrosas y rugió:

—Todos essssos niñossss me perrrrtenecen, me perrrrtenecen a mí sola, ¿comprrrrendes? Nadie tiene ningún derrrecho sobrre ellosss. Se los he comprrrrado todoss a los «Trrrrrece Ssss salvajessss». He pagado porrrrr ellos. Ahorrra son míosss.

—¿Pero de dónde sacan los «Trece Salvajes» esos niños que le venden? —preguntó Jim, mirando fijamente al dragón.

—Eso no te imporrrta —resopló el dragón, enfadado.

—Pero señora Maldiente —replicó Jim con valentía—, esto me importa mucho. La princesita, por ejemplo, ha sido raptada.

El dragón se puso fuera de sí por la rabia. Golpeaba el suelo con su gran cola y chilló:

—¡No me imporrta nada! Ahorra me perrtenece. Y tú también me perrtenecess. No volverrás a verrr tu paíssss, idiiota. ¡No te dejarré marrrcharrrr nunca másss!

Y empezó a acercarse a Jim.

—¡Fffffff! —resopló—. ¡Como saludo te zurrrarré a gusssto, corrrazoncito, parrra que se te passsen essas ganasss de hablarr que tienes, imperrrtinente!

E intentó darle con la garra. Pero Jim era muy rápido y se escabulló. El dragón golpeaba con el puntero pero los golpes daban en el vacío. Jim corría como una comadreja entre el gran pupitre de piedra y los bancos. El dragón le perseguía sin conseguir alcanzarle. Se enfadaba cada vez más y se ponía rojo y verde por la rabia y en el cuerpo le salían bultos y verrugas. Era un espectáculo muy desagradable.

Jim se quedó sin aliento. Tosía y necesitaba respirar aire puro porque el dragón escupía continuamente humo y fuego. ¿Pero, dónde estaba Lucas? Había prometido acudir con Emma en su ayuda. La enorme habitación estaba llena de humo y Jim apenas podía ver por dónde andaba. Por fin sonó el silbido de Emma. El dragón se volvió y vio por entre los vapores que llenaban la estancia un monstruo espantoso que avanzaba hacia él. Parecía no ser tan grande como él mismo, pero era más grueso y más fuerte.

—¿Qué quierrre usted aquí? —chilló el dragón en el colmo de la ira—. ¿Quién le ha perrrrmitido...?

No pudo decir nada más porque Emma, que le embestía como un huracán, le dio un golpe con su parte delantera. El dragón se defendió con sus poderosas garras y con su larga cola acorazada. Se entabló acto seguido entre los dos una lucha terrible.

Los niños, atados a sus bancos y sin poder escapar, seguían la lucha horrorizados. Pero cuando descubrieron la verdadera naturaleza de Emma, dieron gritos de júbilo y la animaban entusiasmados.

—¡Una locomotora! —gritaban—. ¡Bravo, locomotora! ¡Viva la locomotora!

Por fin Emma lanzó su último ataque y, con todas sus fuerzas, dio un golpe al dragón. El dragón cayó al suelo, estiró las patas y quedó inmóvil.

Lucas bajó de la cabina y exclamó:

—¡Rápido, Jim! Tenemos que atarle antes de que vuelva en sí.

—¿Pero con qué? —preguntó Jim, sofocado.

—Con esto, con nuestras cadenas —chilló nervioso el pequeño piel roja—. Quitadle la llave; la llave colgada del cuello.

Jim saltó sobre el dragón y cortó con los dientes la cuerda que sujetaba las llaves, luego abrió el candado de la cadena del niño más cercano. Cuando llegó el turno de la princesita se dio cuenta de que ésta se ponía colorada y movía la cabeza con un gesto encantador.

—¡La fiera vuelve en sí! —exclamó Lucas—, ¡date prisa!

Rodearon la boca del dragón con una cadena para que no la pudiera abrir y luego le ataron las patas anteriores y posteriores.

—¡Bien! —suspiró Lucas ya más tranquilo secándose el sudor de la frente cuando Jim hubo abierto el último candado—. Ahora ya no nos puede ocurrir nada serio.

Cuando Jim hubo liberado a todos los niños se desencadenó, naturalmente, un gran alboroto. Todos estaban fuera de sí por la alegría. Se reían, daban gritos de júbilo y los más pequeños saltaban y aplaudían.

Lucas y Jim se sentaron en medio del jaleo y sonrieron. Los niños se empujaban y les daban una y otra vez las gracias. También se acercaron a Emma, la alabaron merecidamente y le dieron palmadas en su gordo vientre.

Un par de muchachitos se subieron a ella y la examinaron detenidamente. La cara deformada de Emma se iluminó de placer y de emoción.

Lucas salió al pasillo y echó el pesado pestillo de la puerta de piedra de la vivienda.

—Bien, niños —les dijo a los chiquillos cuando volvió—, por el momento estamos seguros. Nadie nos puede coger por sorpresa. Disponemos de algún tiempo. Propongo que meditemos la forma de salir de esta Ciudad de los Dragones. Me temo que la huida por la caverna de entrada por donde hemos venido sea demasiado peligrosa. El disfraz de Emma se ha destrozado y además no cabemos todos en la cabina. Los dragones guardianes seguramente se darían cuenta de que pasa algo raro. Tenemos que pensar en otro plan.

Estuvieron pensando un buen rato pero ninguno dio con una solución. De pronto Jim, arrugando la frente, preguntó:

—¿Li Si, cómo echaste tu mensaje al agua?

—Lo eché en el río que nace detrás de nuestra casa —contestó la princesa.

Jim y Lucas se miraron asombrados y este último, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Ah!, ¿nos habrá dicho Nepomuk una mentira?

—¿Se puede ver el río desde aquí? —preguntó Jim.

—Sí —contestó la princesa—, venid, os lo enseñaré.

Llevó a los dos amigos a una habitación situada al otro lado del pasillo. Había allí unas veinte camas de piedra. Era el dormitorio donde, cada noche, el dragón encerraba a los niños. Empujando una cama hacia la pared y subiendo a ella se alcanzaba el agujero de la pared. ¡Era cierto!, abajo en el centro de una curiosa plaza triangular, había un gigantesco pozo redondo del que nacía un poderoso manantial de extraña agua amarilla que se vertía por encima del pretil de piedra formando un ancho río que serpenteaba por el negro suelo de las calles.

Lucas y Jim contemplaron pensativos el nacimiento de ese río; no podían dudar de su importancia. Mientras tanto, los niños reunidos en el dormitorio rodeaban ansiosos a los dos amigos.

—Si la corriente llevó hasta China la botella con el mensaje de Li Si —dijo Jim no muy seguro—, también hemos de poder llegar nosotros.

Lucas se quitó la pipa de la boca.

—¡Caramba, Jim —gruñó—, eso es una gran idea! No, eso es más que una idea, es un plan hábil, es el más audaz. Será un viaje hacia lo desconocido.

Cerró los ojos y fumó con decisión.

—Pero yo no sé nadar —se atrevió a decir una niña, muy asustada.

Lucas sonrió divertido.

—No importa, muchachita. Tenemos un barco estupendo.

Nuestra gran Emma nada como un pato. Pero, naturalmente, para ello necesitamos alquitrán o pez para calafatear todas las rendijas.

Esto, por suerte, no representaba ninguna dificultad, porque en la despensa del dragón había muchos barriles de pez. Los dos amigos pudieron comprobarlo inmediatamente. La pez era uno de los principales alimentos de los habitantes de Kummerland.

—¡Atención, chicos! —dijo Lucas—, será mejor que esperemos la noche. Protegidos por la oscuridad nos iremos en la locomotora, siguiendo la corriente de la Ciudad de los Dragones y mañana temprano estaremos muy lejos de aquí.

Los niños, entusiasmados, estuvieron de acuerdo con el plan.



—Bien —añadió Lucas—, lo más razonable será que nos acostemos un poco para almacenar fuerzas. ¿Comprendido?

Para mayor seguridad, Lucas cerró la puerta de la clase, donde Emma vigilaba al dragón encadenado y luego se echaron en las camas de piedra del dormitorio acomodándose lo mejor que pudieron y se durmieron. Sólo Lucas permaneció despierto; se sentó en una esquina,

en un gigantesco sillón de orejas de piedra, fumó con gusto su pipa y vigiló el sueño de los niños.

El pequeño piel roja soñaba en su choza natal y en su tío-abuelo, el jefe «Águila blanca» que le entregaba una nueva pluma. Y el pequeño esquimal soñaba en una casa de hielo, semiesférica, en la que se reflejaba una aurora boreal, y en su tía Ulubolo, la de los cabellos blancos, que le ofrecía una taza de aceite de hígado de bacalao caliente. Y la pequeña holandesa veía en sus sueños los enormes campos de tulipanes de su patria, en el centro la pequeña casa blanca de sus padres y, delante de ella, unos quesos del tamaño de ruedas de molino. La pequeña princesa, en su sueño, iba de la mano de su padre por un delicado puente de porcelana.

Jim Botón se hallaba en Lummerland, en la pequeña cocina de la señora Quéé. El sol entraba por la ventana y él le contaba sus aventuras. La pequeña princesa Li Si estaba sentada junto a la señora Quéé y le escuchaba llena de admiración.

Cada niño soñaba así algo de su tierra y mientras más iba oscureciendo más se acercaba, poco a poco, la hora de la partida.

CAPÍTULO VEINTIDOS EN EL QUE LOS VIAJEROS DESCIENDEN BAJO TIERRA Y DESCUBREN COSAS MARAVILLOSAS

Mientras tanto se había vuelto muy oscuro. El reloj de piedra de la habitación vecina dio las diez. Había llegado el momento.

Lucas despertó a los niños. Encendieron unas antorchas para tener luz. Luego sacaron de la despensa un barril de alquitrán, lo subieron entre todos hasta el horno de la cocina del dragón, encendieron fuego y lo dejaron hasta que la masa negra empezó a burbujear. Entonces Lucas fue a buscar a Emma la locomotora, a la clase y la llevó a la cocina y junto con Jim empezaron a impermeabilizar las rendijas de las ventanas y las puertas de la cabina, cubriéndolas cuidadosamente con alquitrán caliente.

Los niños les miraban admirados.

—¿Qué haremos con el dragón? —preguntó Jim mientras trabajaban—. ¿Le dejamos encadenado?

Lucas meditó un momento y sacudió la cabeza.

—No, se moriría de hambre. Le hemos derrotado y no sería bonito que nos vengáramos con crueldad de un enemigo indefenso, aunque se lo merezca.

—Pero si le dejamos libre —dijo Jim, preocupado—, empezará a gritar y a meter ruido y no podremos marcharnos.

Lucas asintió pensativo.

—Entonces no nos queda más remedio que llevárnoslo. Me gustaría saber algo acerca de él. Además se merece un buen castigo.

—¡Pero pesa demasiado! —exclamó Jim—. Emma se hundiría y además no hay sitio para nosotros.

—Exacto —exclamó Lucas, sonriendo—, por eso el monstruo tendrá que conformarse con ir detrás de nosotros nadando.

—Para eso habrá que quitarle las cadenas —añadió Jim y arrugó la frente—. Es terriblemente fuerte, se resistirá y no podremos con él.

—Yo creo que sí —contestó Lucas y rió divertido—. Será muy sencillo. Ataremos un extremo de la cadena a la parte posterior de Emma y el otro extremo en el único diente del dragón. Lo tiene tan salido que le podremos dejar la boca atada. Antes de partir le desataremos las patas

y si se resiste, peor para él, porque lo sentirá por su diente. Verás que se volverá más manso que un cordero.

Todos encontraron muy acertado el plan. Cuando terminaron de calafatear, llevaron de nuevo a Emma a la clase. Al verles llegar el dragón levantó la cabeza; parecía estar despejado. Pero estaba muy bien atado y no podía ser peligroso. Se tenía que conformar con lanzar chispas por los ojos y, de vez en cuando, nubéculas amarillas por las orejas y por las ventanas de su nariz. Cuando Lucas le explicó que habían decidido que les siguiera nadando, dio un respingo y se debatió desesperado entre las cadenas.

—¡Escucha! —dijo Lucas muy serio—. Tienes que ser razonable, porque de nada te serviría no serlo.

El dragón pareció darse cuenta de que tenía razón porque dejó caer la cabeza, cerró los ojos e hizo como si estuviera muerto. Pero a nadie le dio pena aunque él esperaba que así fuera.

A la luz de las antorchas Lucas cogió unas tenazas de la caja de las herramientas y juntó todos los restos de cadenas que colgaban todavía de los bancos. Luego unió un extremo de esta larga cadena a la parte posterior de Emma y la otra al enorme diente del dragón. Este extremo lo ató con muchísimo cuidado para que la fiera no lo pudiera arrancar por el camino.

Cuando terminó les dijo a los niños que montaran en la locomotora y él y Jim permanecieron todavía en tierra. Cuando todos estuvieron acomodados, Lucas, que no cabía en el interior de la cabina, se colocó delante, junto a Emma, para dirigirla. Le hizo una seña a Jim para que soltara las cadenas de las patas del dragón y se apartara rápidamente.

—¡Ven, Emma! —dijo Lucas.

La locomotora empezó a andar y la cadena se puso tirante. El dragón abrió los ojos y se levantó haciendo un gran esfuerzo. No se había dado cuenta de que sus patas estaban libres y al notarlo, tal como lo había supuesto Jim, intentó resistir al tirón de la cadena. Pero al mismo tiempo salió de su boca un gemido de dolor porque el diente era su punto más sensible y el tirón le hizo un daño tremendo. No tuvo más remedio que seguir a Emma. Estaba a punto de estallar por la cólera y sus pequeños ojos lanzaban chispas de indignación. Cuando alcanzaron la puerta de la vivienda, Lucas les gritó a los niños:

—¡Apagad las antorchas! ¡La luz nos podría descubrir!

Después, con la ayuda de Jim, abrió la pesada puerta de piedra y el extraño tren se empezó a mover muy lentamente en medio de una completa oscuridad, por la escalera espiral, hacia la planta baja, hasta llegar a la calle.

Dos dragones trasnochadores pasaban por el otro lado de la calle. Por suerte, los niños, que casi no se atrevían a respirar, no se dieron cuenta de nada, a causa de la oscuridad y porque estaban demasiado preocupados para fijarse en lo que les rodeaba.

Lucas dirigió con cuidado la locomotora, rodeando la casa y pronto llegaron al río. El agua tenía un extraño reflejo dorado y a su luz se veían brillar en la noche las olas que corrían veloces.

Lucas detuvo a Emma y examinó la orilla. Esta bajaba suavemente hacia el agua. Satisfecho volvió sobre sus pasos y advirtió a los niños:

—¡Quedaos sentados!, y tú, mi buena Emma —añadió—, tienes que volver a hacer de barco. ¡Hazlo bien, confío en ti!

Abrió el grifo de la parte inferior de la caldera y el agua empezó a salir del interior de Emma. Cuando la caldera estuvo vacía, cerró el grifo y ayudado por Jim, empujó la locomotora hacia la orilla, hasta que empezó a resbalar sola por la pendiente. Los dos amigos montaron rápidamente al techo.

—¡Agarraos! —exclamó Lucas con voz apagada cuando Emma entró suavemente en el río. La corriente era muy fuerte y arrastró a la locomotora flotante.

El dragón que, como todos sus semejantes, tenía miedo al agua, estaba todavía en la orilla, asustadísimo. Tenía motivos para sentir miedo porque sabía que al contacto con el agua sus fuegos y su suciedad desaparecerían y esto era para él algo espantoso. Hizo un par de intentos para romper la cadena y luego corrió un rato por la orilla detrás de la locomotora, pero encontró un puente y no tuvo más remedio que echarse al agua. Dio un par de resoplidos, como si fuera un perro, porque no podía hacer más con la boca encadenada, y entregándose a su destino se dejó llevar por las olas. Al principio jadeó y silbó pero cuando las aguas, que se habían agitado al entrar él en la corriente, se aquietaron, se vio que cuando no tenía más remedio sabía nadar perfectamente. Así avanzaron durante un rato en silencio por la ciudad en tinieblas.

¿A dónde les llevaría el río? ¿Les habría mentido Nepomuk y pasaría por «El País de los Mil Volcanes»? ¿Existía algún misterio que el medio dragón desconociera?

La fuerza de la corriente iba en aumento. Se iba volviendo muy rápida. En cuanto distinguían algo en medio de la oscuridad, los viajeros se acercaban a la orilla, y por lo tanto al muro del gigantesco cráter que rodeaba a la ciudad como una muralla defensiva.

—¡Atención! —exclamó de pronto Lucas, que con Jim estaba sentado a horcajadas en la parte delantera de la caldera. Todos se agacharon y entraron en un túnel de roca completamente oscuro. Iban cada vez a

mayor velocidad. No se veía nada. Sólo se oía el rugido de la corriente y de las olas al dar contra las paredes rocosas.

Lucas se sentía inquieto por los niños. De hallarse solo con Jim, el peligro no le hubiera preocupado. Los dos estaban acostumbrados a las situaciones más arriesgadas. ¿Pero cómo soportarían los pequeños el viaje? Eran todavía muy chiquitines y además había varias niñas. Debían de tener un miedo horrible pero ya no era posible volver atrás y con aquel ruido ensordecedor no había manera de consolarles y animarles. Lucas no podía hacer más que esperar y ver.

Descendían en una carrera cada vez más vertiginosa. Los niños cerraban los ojos, se abrazaban fuertemente y se agarraban a la locomotora. Estaban asustados de aquella velocidad y de aquella carrera que parecía no tener fin y que les arrastraba hacia las profundidades de la tierra.

Por fin la corriente se hizo más lenta y las olas espumosas se calmaron; luego el río empezó a deslizarse tan silencioso y tranquilo como al principio del viaje. Pero ahora los viajeros se hallaban en algún lugar muy profundo debajo de la corteza de la tierra. Cuando se atrevieron a abrir los ojos, vieron brillar en la oscuridad una extraña y encantadora luz de muchos colores. Pero no podían distinguir nada.

Lucas se volvió hacia los niños y exclamó:

—¿No hemos perdido a nadie? ¿Estamos todos?

Los niños no se habían recobrado aún del miedo que habían pasado y necesitaron un buen rato para contarse. Por fin le pudieron contestar a Lucas que todo seguía en orden.

—¿Qué hace el dragón? —preguntó el maquinista mirando hacia atrás—, ¿sigue atado a la cadena? ¿Vive todavía?

Sí, al dragón tampoco le había pasado nada grave aparte de que había tragado grandes cantidades de agua.

—¿Dónde estamos exactamente? —quiso saber el muchachito del turbante.

—No te preocupes —le contestó Lucas—, espera a que se haga más claro y entonces lo sabremos. —Y encendió la pipa, que se le había apagado durante la carrera hacia las profundidades.

—De todas maneras es seguro que estamos en el camino de Ping.

Jim procuró consolarles porque se había dado cuenta de que alguno de los más pequeños estaba a punto de llorar.

Se tranquilizaron y comenzaron a curiosear mirando a su alrededor. La débil luz encantada se había convertido en una luz crepuscular color púrpura y su brillo les permitía ver que el río pasaba por una caverna alta con el techo en forma de bóveda. La claridad provenía de cientos de miles de piedras preciosas rojas, incrustadas en las paredes, en forma de cristales del tamaño de un brazo. Esos rubíes centelleaban y resplandecían y alumbraban como si fueran miles y miles de linternas. El espectáculo era impresionante.

Al cabo de un rato la luz cambió. Se volvió de un verde brillante y procedía de un bosque de gigantescas esmeraldas que colgaban del techo de la caverna como prodigiosas estalactitas hasta llegar casi a la superficie del agua. Más tarde, el río les llevó por una gruta muy baja y larga en la que la iluminación violeta era debida a millones de amatistas que cubrían las paredes como si fueran musgo. Luego cruzaron otra caverna de una luminosidad tan grande que los niños se vieron obligados a cerrar los ojos. Del techo colgaban gigantescos racimos de diamantes, brillantes y claros, que parecían cientos de arañas de luz.

Hacía rato que los niños habían dejado de hablar. Al principio, murmuraban algo de vez en cuando, pero luego enmudecieron y se ensimismaron en la contemplación del maravilloso mundo subterráneo. A veces, la corriente acercaba la locomotora a las paredes de la caverna de modo que podían sin gran esfuerzo arrancar piedras preciosas y llevárselas como recuerdo.

Cuando, más tarde, Lucas se dio cuenta de que la corriente volvía a crecer, ninguno de los viajeros hubiera sido capaz de decir cuántas horas habían transcurrido en la contemplación de tantas maravillas. Las paredes se fueron estrechando y se tiñeron de un color rojo atravesado por anchas estrías y rayas blancas en zigzag. Al mismo tiempo la luz encantada se fue volviendo más débil porque ya no había piedras preciosas. Por fin volvió a ser completamente oscuro, como al principio del viaje subterráneo. Ahora, sólo de vez en cuando, brillaba en la oscuridad la luz en un cristal aislado. El agua volvió a bramar y retronar y los viajeros se resignaban ya a otra carrera hacia una mayor profundidad.

Pero les esperaba una sorpresa mucho más agradable. Por segunda vez cruzaron un portal de roca y entonces Emma salió del agua espumosa, con sus pasajeros y el dragón a remolque, al aire libre.

Les recibió una maravillosa y clara noche estrellada. El río se deslizaba majestuoso y en silencio por un ancho cauce. Las dos orillas estaban bordeadas por enormes árboles centenarios. Sus troncos eran transparentes como cristal de colores. El viento soplaba entre las ramas y se oía un delicado sonido parecido al que producen miles de pequeñas campanitas. La locomotora pasó por debajo de un puente de fina porcelana en forma de gracioso arco que cruzaba el río.

Los viajeros miraban perplejos a su alrededor. La primera en recobrar el habla fue la pequeña princesa Li Si.

—¡Viva! —exclamó—, ¡esto es China! ¡Estamos en mi tierra! ¡Estamos salvados!

—No es posible —dijo Jim—, para ir de China a Kummerland tardamos muchos días y ahora llevamos, a lo más, dos horas de viaje.

—A mi también me parece extraño —gruñó Lucas sorprendido—. No me gustaría que estuviésemos equivocados.

Jim se subió a la chimenea para ver mejor. Escudriñó toda la región y luego miró hacia atrás. El arco de roca que acababan de cruzar hacía pocos momentos estaba al pie de una enorme montaña, con estrías rojas y blancas, que cruzaba todo el país. No había duda, era «La Corona del Mundo».

Jim bajó de la chimenea y en voz baja y muy serio, les dijo a los niños:

—¡Es cierto, estamos en China!

—¡Jim —exclamó la princesita—, oh, Jim, soy feliz, soy feliz, soy feliz!

Y como estaba a su lado, por la alegría le dio un beso. A Jim le pareció como si le hubiera tocado un rayo.

Los niños reían, gritaban, se abrazaban unos con otros y alborotaban tanto que Emma empezó a inclinarse peligrosamente y hubiera volcado si Lucas no les hubiera mandado estar quietos.

—Esto no puedo explicármelo más que de una manera —le dijo a Jim cuando Emma navegaba ya tranquilamente—, la de que viajando por el interior de la tierra hemos acertado el camino. ¿Tú qué opinas?

—¿Qué? —preguntó Jim—, ¿qué has dicho?

E hizo un esfuerzo para volver en sí porque le parecía estar soñando.

—Bien, muchacho —murmuró Lucas y se rió para sus adentros. Se había dado cuenta de por qué su amigo no veía ni oía nada excepto a la princesita.

Se dirigió a los niños y les dijo que cada uno tenía que contar su historia. Les quedaba por recorrer un buen trecho de camino antes de llegar a Ping y estaba impaciente por saber cómo, cada uno de ellos, había caído en poder del dragón de Kummerland.

Todos estuvieron conformes. Lucas encendió su pipa y la pequeña princesa Li Si fue la primera que empezó a contar su historia.

CAPÍTULO VEINTITRÉS EN EL QUE LA PRINCESA DE CHINA CUENTA SU HISTORIA Y JIM SE ENFADA CON ELLA

Ocurrió durante unas vacaciones de verano —así empezó Li Si su historia—, yo había ido, como cada año, a la playa. Además mi padre, para que yo no me aburriera, permitió que fueran conmigo siete amigas. Para vigilarnos nos acompañaban tres viejas damas de corte.

Vivíamos en un pequeño y hermoso palacio de porcelana azul cielo y justo delante de la puerta estaba la playa, hasta la que llegaban las olas del mar.

Las damas de corte nos repetían cada día que jugáramos cerca del castillo, que no nos alejáramos para que no nos ocurriera nada malo. Al principio obedecí y permanecí siempre en las cercanías, pero como las damas, a pesar de que todas nos portábamos bien, nos repetían cada día lo mismo, se despertó en mí el espíritu de contradicción, porque desgraciadamente tengo un espíritu de contradicción terrible. Un día salí y me fui a pasear por mi cuenta por la orilla del mar. Al cabo de un rato me di cuenta de que las damas de corte y mis amigas me empezaban a buscar. En lugar de llamarlas, se me ocurrió esconderme entre unos juncos. Las damas y mis amigas llegaron muy cerca de donde yo estaba, llamándome por mi nombre y parecían asustadas y nerviosas. Pero yo permanecí en mi escondite sin decir palabra.

Al cabo de un rato volvieron y oí que decían que había que buscar en otra dirección y que yo no podía estar muy lejos. Me reí y, cuando se hubieron ido, salí de mi escondite y seguí paseando por la playa y alejándome del palacio. Iba recogiendo hermosas conchas que ponía en mi delantal y al mismo tiempo cantaba, en voz baja, una canción que acababa de componer para pasar el rato. Decía así:

Oh, qué hermoso, qué bonito,

por la orilla el paseíto.

Soy la princesa Li Si,

no me encontrarán aquí.

Pam param pam

Pam.

Eso lo compuse completamente sola y me fue algo difícil encontrar una palabra que rimara con Li Si. Seguí andando y cantando cuando, de pronto, me di cuenta de que no había tanta arena como antes y que

hacía rato que caminaba al borde de unas rocas cortadas a pico sobre el mar. No estaba muy tranquila pero no lo quise reconocer y seguí adelante. Miré hacia el mar y vi aparecer un barco de vela que se acercaba a toda velocidad, directamente hacia el lugar en que me encontraba. Tenía unas velas rojas como la sangre y sobre la mayor había, pintado con pintura negra, un enorme número 13.

Li Si se estremeció y calló un momento.

—¡Ahora se hace interesante! —gruñó Lucas, y él y Jim se miraron significativamente—. ¡Sigue contando!

—El barco atracó en la costa, justo delante de mí —continuó la princesa, que sólo por el recuerdo se había vuelto pálida—. Estaba tan asustada que me quedé clavada en el suelo. Además el barco era tan grande que su costado era más alto que la pared rocosa en que yo me encontraba. Bajó un hombre enorme, tan horrible que no puedo describirlo y se dirigió hacia mí. Se tocaba con un extraño sombrero con una calavera y dos huesos cruzados pintados en él. Llevaba una chaqueta de colores, calzones y botas altas. De su cinturón colgaban puñales, cuchillos y pistolas. Debajo de la nariz en forma de gancho, ostentaba un bigote negro, tan largo, que le colgaba hasta el cinturón. Llevaba también pendientes de oro y sus ojos eran pequeños y estaban tan juntos que parecía bizco.

Cuando me vio dijo: «¡Ah, una niña! ¡Esto es una presa magnífica!».

Su voz era ronca y profunda; cuando quise huir me agarró por las trenzas y rió. Entonces pude ver sus dientes grandes y amarillos como los de un caballo. Dijo: «Nos vienes de perilla, sapito». Grité e intenté resistir, pero no había nadie que me pudiera ayudar. Aquel hombre enorme me levantó en el aire y me tiró —paff— al barco.

Mientras volaba por el aire pensé: «Si no me...» y quería terminar de pensar: «... hubiera escapado», pero no pude porque en el mismo instante, en la cubierta, me cogió un hombre tan parecido en todo al anterior, que en el primer momento pensé que era el mismo. Pero no era posible. Cuando me dejaron en el suelo miré a mi alrededor y vi que en el barco había muchos otros hombres, tan parecidos entre sí, como un huevo a otro huevo. Por eso al principio no los pude contar porque no estaban quietos, sino que andaban de un lado para otro y yo no me podía acordar de ninguno.

Los piratas me metieron en una jaula. Era una especie de pajarera enorme, colgada de un gancho en el mástil del barco. Mi valor había desaparecido por completo y yo lloraba tanto que mi delantal se empapó y les rogaba a los hombres que me dejaran en libertad. Pero no se preocupaban de mí. El barco se hizo a la mar y muy pronto desapareció la costa; sólo se veía agua por todas partes.

Así pasó el primer día. Al anochecer se acercó un muchacho y metió unos mendrugos de pan seco a través de los barrotes de la jaula. También puso un pequeño cacharro con agua para beber. Pero yo no tenía hambre y no toqué el pan. Sólo bebí un sorbo de agua porque estaba sedienta por el mucho sol y por lo que había llorado.



Cuando empezó a oscurecer, los piratas encendieron unos faroles, hicieron rodar un gran barril hasta el centro de la cubierta y se sentaron alrededor de él. Cada uno de ellos tenía un gran tazón y lo llenaba en el barril. Empezaron a beber y a cantar con voz ronca canciones ordinarias. Una la recuerdo porque siempre la repetían. Debía de ser su canción favorita. Decía así:

Trece hombres sentados en un ataúd

Jo, jo, jo, con un barril de ron,

Bebieron tres días vino a su salud

Jo, jo, jo, con un barril de ron,

Amaban el oro, el vino y el mar

Jo, jo, jo, con un barril de ron,

Pero al fin el demonio los fue a buscar

Jo, jo, jo, con un barril de ron.

Por fin conseguí contar los hombres; eran exactamente trece, tal como cantaban en su canción. Entonces comprendí por qué habían pintado un 13 en la vela.

Jim interrumpió el relato de la princesita y dijo:

—Y yo comprendo ahora por qué el remitente de mi paquete era un 13.

—¿Qué remitente y qué paquete? —preguntó Li Si—. En tu discusión con el dragón hablaste de algo de eso y yo te lo quería preguntar.

—Si no tenéis nada en contra —intervino Lucas—, que Li Si termine primero su historia. Así procederemos por orden. Después Jim contará lo que le sucedió. De lo contrario nos haremos un lío.

Estuvieron todos de acuerdo y Li Si siguió contando:

—Mientras los piratas bebían y cantaban, pude notar que se confundían entre sí y unas veces se llamaban con un nombre, otras con otro. Pero parecía no importarles. Ninguno sabía cómo se llamaba realmente ni sabía si era uno u otro. Además les daba lo mismo porque no era una cosa demasiado importante para ellos. Al único que reconocían en seguida era a su capitán porque, para diferenciarse de los demás, llevaba una estrella roja en el sombrero. Todos le obedecían sin rechistar.

El segundo día comí algo de pan seco porque estaba hambrienta. Lo demás se desenvolvió como el día anterior. Cuando se hizo de noche y los piratas se sentaron alrededor del barril de ron, oí que el capitán les decía:

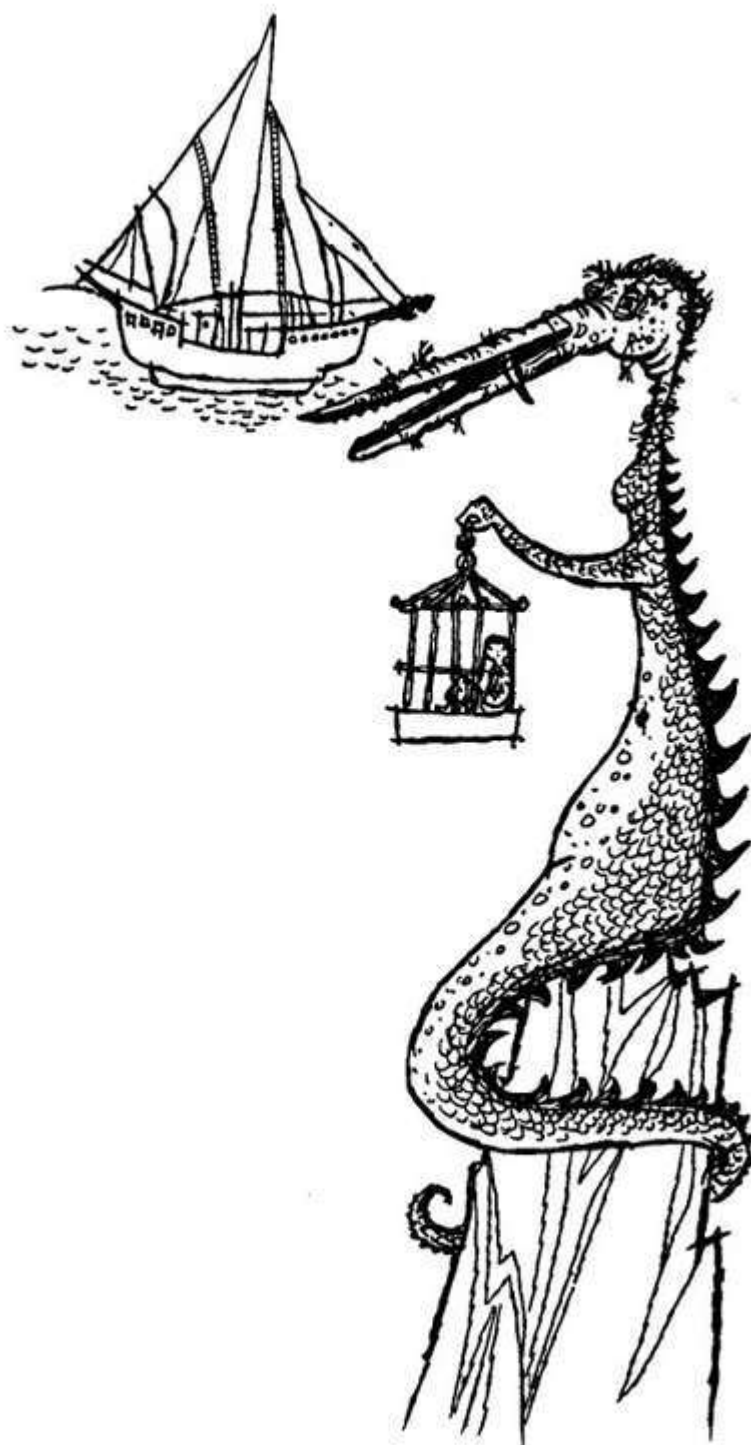
«¡Escuchad, compañeros! Mañana a medianoche nos volveremos a encontrar con el dragón en el sitio de costumbre. Esta vez se pondrá la mar de contento».

Miró hacia arriba, hacia mí y sonrió.

«¡Qué bien, capitán!», oí que uno decía, «esto quiere decir que tendremos más ron. Ya era hora porque el barril está casi vacío».

Era claro que estas palabras tenían algo que ver conmigo, pero yo no sabía qué. Os podéis imaginar cómo me sentía.

La noche siguiente sopló un viento cortante que empujaba las nubes por delante de la luna llena, de modo que a veces era claro y a veces oscuro. En mi jaula el frío era horrible. Hacia medianoche vi por un momento algo que brillaba en la oscuridad, en el lugar hacia donde se dirigía nuestro barco. Cuando nos acercamos y la luna nos volvió a iluminar durante unos minutos, pude ver que eran como dos peñas de hielo brillante, desnudas y escarpadas, que surgían del mar. Y en una de ellas esperaba un gigantesco dragón. Su negro perfil se recortaba claramente sobre el cielo tormentoso.



«¡Fffffff!», resopló cuando el barco pirata ancló junto a él, lanzando una centella verde y una violeta por cada una de las ventanas de la nariz.
«¿Tenéiss algo parrrra mí, muchchchachchoosss?».

«¡Ya lo creo!», le gritó el capitán. «¡Esta vez se trata de una muchachita preciosa!».

«¿Ssssí?», siseó el dragón y sonrió malicioso. «¿Qué esss lo que querrrés en cambio, brrribonesss?».

«Lo mismo de siempre», contestó el capitán. «Un barril de ron legítimo de Kummerland, marca «Gaznate de Dragón». Es el único ron del mundo lo bastante fuerte para mí y para mis amigos. Cuando tú quieras nos iremos».

Estuvieron un rato discutiendo y por fin el dragón entregó el barril de ron sobre el que había estado sentado y a cambio recibió de los piratas la jaula en que me hallaba yo. Se despidieron después de haberse puesto de acuerdo para el siguiente encuentro. Todavía se pudo oír durante un rato, en medio del silbido del viento, la canción de los trece; luego el barco desapareció.

El dragón cogió la jaula y la levantó en alto para contemplarme detenida y minuciosamente. Por fin dijo: «Bien, pppequeña, ssse han terrrminado parrra siempre lasss muñecasss, la perrreza, los passeos, las vacacionesss y todasss essas tonterrrrás. Esss horrrra de que empiecessss a conocerrr las penasss de la vida».

Envolvió mi jaula en una tela tan gruesa que no dejaba pasar la luz; de modo que me quedé en una oscuridad completa; no veía nada y casi no oía lo que pasaba en el exterior.

Al principio parecía que no sucedía nada. Yo esperaba y me preguntaba si el dragón me habría dejado sola. ¿Pero entonces para qué me había cambiado por un barril de ron? No sé cuánto tiempo duró mi espera porque me dormí. Quizás os parezca raro que encontrándome en una situación tan angustiosa me durmiera, pero tenéis que pensar que desde el momento en que los piratas me raptaron, no había cerrado los ojos por el miedo y también por el viento y el frío. Debajo de aquel trapo todo estaba oscuro y hacía calor; por eso me dormí.

De pronto desperté. Oía un ruido ensordecedor. No os podéis imaginar lo que era aquella vibración, aquel estruendo y aquel jaleo. Además empezaron a sacudir mi jaula, llevándola de arriba abajo hasta que mi estómago se sintió como si estuviera en una montaña rusa. Esto duró una media hora y terminó de repente. Durante un rato todo permaneció en silencio; luego noté que volvían a dejar mi jaula en el suelo. Quitaron el trapo y cuando miré a mi alrededor... no hace falta que os lo cuente porque todos habéis conocido la casa de la señora Maldiente. Lo único que me consolaba era no estar sola en mi desgracia puesto que había otros niños en las mismas condiciones en que estaba yo.

Bueno, ahora no hay mucho más que contar. La vida que empezó entonces era terriblemente monótona y triste. Nos sentábamos cada día, desde la mañana hasta la noche, en los bancos, y atados allí, teníamos que leer, escribir, hacer cuentas y aprender otras cosas. Yo salía bastante bien librada porque ya sabía leer, escribir y hacer cuentas, como todos los niños chinos de mi edad. Pero mis compañeros lo tenían

que aprender casi todo y el dragón los martirizaba muy complacido. Cuando no estaba de buen humor, y esto ocurría casi siempre, daba lo mismo que hiciéramos faltas o no, porque igualmente nos chillaba y nos pegaba.

Cuando se hacía de noche el dragón soltaba las cadenas de los bancos y nos llevaba a empujones al dormitorio. Casi nunca nos daban de cenar porque la señora Maldiente encontraba cada día motivos para mandarnos, como castigo, a la cama sin cenar. No podíamos hablar entre nosotros, ni siquiera en voz baja; estaba terminantemente prohibido. El dragón se sentaba cada noche junto a la puerta hasta que estaba seguro de que nos habíamos dormido.

Pero una noche conseguí engañarle. En cuanto se hubo ido me levanté —mi cama estaba junto a la pared de la fachada— me subí a la cabecera y miré por el agujero de la roca. Vi que era demasiado alto para escapar por allí, pero descubrí el río que pasaba por debajo. Medité qué podía hacer y de pronto me acordé de un pequeño biberón de muñeca que había encontrado en el bolsillo de mi delantal y que había conservado como recuerdo. En pocos momentos tuve preparado mi plan. Rápidamente y en silencio, desperté a los otros niños y les conté lo que había proyectado. Uno de ellos tenía un pedazo de lápiz y otro un recorte de papel limpio. Escribí la carta, puse la tarjetita en el biberón, lo cerré con un poquito de cera que encontré por allí y uno de los chicos, que tenía mucha puntería, se subió a mi cama y por el agujero de la pared, echó al río la botellita con el mensaje.



Desde entonces vivimos en la esperanza de que un hombre bueno encontrara algún día la botella y se la llevara a mi padre. Así esperamos día tras día hasta que llegasteis vosotros y nos liberasteis.

Y ahora aquí estamos.

Así terminó su relato la princesita. Luego los demás niños, según les tocaba, fueron contando su historia. Había, por ejemplo, cinco chiquillos morenos con turbante que habían sido raptados una tarde mientras se bañaban, con sus elefantes, en el río. El pequeño piel roja, en cambio, se había alejado demasiado cuando pescaba en el mar con su canoa. El esquimal estaba en un iceberg en el que se dirigía al Polo Norte para visitar a una tía abuela. Otros niños viajaban en trasatlánticos que habían sido asaltados por los piratas en alta mar. Todo el dinero, las joyas, los objetos de valor y los niños se los llevaron los piratas a su barco y luego hundieron, con los pasajeros, el trasatlántico desvalijado.

Esos trece eran ciertamente unos desalmados y unos bárbaros.

Las aventuras de los niños eran muy distintas unas de otras, pero en cuanto llegaban a las peñas heladas, a todos les sucedía lo mismo que a la princesa Li Si. Ninguno, sin embargo, pudo decir cómo llegaron a la casa de piedra del dragón.

Por último, Jim explicó, ante la insistencia de los niños y sobre todo de la pequeña princesa, lo que Lucas y él habían vivido antes de encontrar el camino de la Ciudad de los Dragones.

—Pero he aprendido muy bien una cosa —dijo terminando su historia y todavía muy preocupado por la escuela que había visto en Kummerland—: No quiero aprender de ninguna manera a leer, ni a escribir. Cuentas tampoco. No me da la gana.

Li Si le miró de reojo, levantó las cejas y dijo:

—¿Pero es que no sabes? —No— contestó Jim, —y tampoco lo necesito.

—¡Pero si tienes al menos un año más que yo! —exclamó Li Si asombrada y añadió resuelta—: Si quieres te enseñaré cómo se hace.

Jim sacudió la cabeza.

—Me parece que son cosas totalmente inútiles, que además de ser molestas, no sirven para nada. En el tiempo perdido en aprender se dejan de hacer otras cosas más importantes. Hasta ahora me ha ido muy bien sin saber leer ni escribir.

—¡En esto tiene razón! —exclamó el pequeño piel roja.

—No —dijo la princesita con energía—, esas cosas son muy útiles. Por ejemplo, si yo no hubiese sabido escribir, no hubiera podido mandar el mensaje y nadie nos hubiera liberado.

—De nada te hubiera servido la botella —le contestó Jim—, de no venir nosotros a salvaros.

—¡Claro! —exclamó el pequeño piel roja.

—¿Ah, sí? —contestó la princesita con desdén—, a ti te ha ayudado Lucas el maquinista. ¿Pero qué hubiera sido de vosotros y de nosotros si Lucas hubiera sabido leer tanto como tú?

Jim no supo qué contestar. Sentía que Li Si no estaba del todo equivocada, pero se indignaba precisamente por eso. ¿Cómo se atrevía la pequeña princesa a darle esas lecciones? Hacía poco que le habían salvado la vida. El valor y la osadía eran mucho más importantes que el saber. De todos modos él no tenía ganas de aprender y esto bastaba.

Jim puso una cara tan seria que Lucas, riendo, le dio un golpe en la espalda y le dijo:

—¡Jim, muchacho, mira hacia allá!

Y señalaba el horizonte, hacia el oeste, donde les llevaba la corriente. Allí estaba saliendo el sol en toda su magnificencia y las olas brillaban como oro puro. Luego los viajeros vieron algo más que también brillaba y relucía como el oro: eran los mil tejados de Ping.

CAPÍTULO VEINTICUATRO EN EL QUE EMMA RECIBE UNA CONDECORACIÓN MUY RARA Y TODOS LOS VIAJEROS DESAYUNAN ABUNDANTEMENTE COMIENDO MANJARES DIVERSOS

En poco rato Lucas y Jim, con la ayuda de los niños, llevaron la locomotora a tierra. También el dragón se arrastró hasta la orilla y quedó como muerto, por el agotamiento. Se le notaba que por el momento se le habían pasado las ganas de portarse mal.

Al cabo de media hora Lucas y Jim habían conseguido desencallar a Emma. Quitaron el alquitrán de las puertas calafateadas, llenaron de agua la caldera y debajo de ella encendieron un hermoso fuego.

Estaban tan enfrascados en su trabajo que nadie vio al gendarme que se acercaba, a cierta distancia, por el camino, montando una bicicleta de ruedas muy grandes. Cuando el gendarme descubrió al grupo de viajeros se detuvo y estuvo meditando si podía tratarse de tropas extranjeras peligrosas. Después de haber comprobado que casi todos los expedicionarios eran niños, descartó la idea y se acercó algo más. Al rodear el último matorral, pasó a un pelo de la cola del dragón. Con un susto de muerte, dio media vuelta y salió volando con su bicicleta como si le persiguieran los demonios. Llegó a la capital con la lengua fuera y comunicó a su superior inmediato lo que acababa de ver.

—¡Hombre! —dijo éste—, ¡es la mejor noticia que podíamos esperar! ¡El emperador le nombrará a usted, por lo menos, general gendarme! ¡Es usted, créame, un hombre de suerte!

—¿Quéee? —tartamudeó el gendarme.

—¿Pero no sabe usted qué es lo que ha visto? —gritó el jefe, indignado—. No puede ser sino una cosa: los dos honorables maquinistas con su locomotora. Y si han traído al dragón, quiere decir que también han traído a nuestra princesa Li Si. ¡Se lo tenemos que comunicar en seguida al emperador!

Y los dos gendarmes fueron corriendo al palacio imperial, pero sin dejar de pregonar la noticia con voz muy fuerte por todas las calles.

Es imposible describir la emoción que produjo la noticia en la capital. La nueva corrió como un reguero de pólvora, de boca en boca y en poquísimo tiempo todos los habitantes de Ping, hasta el niño de niños más pequeño, estuvo enterado del maravilloso acontecimiento de aquella mañana. Y como todos en la ciudad querían ayudar de alguna manera a preparar el mejor recibimiento posible a los que volvían, en

poco rato todas las calles por las que tenía que pasar la locomotora en su camino hacia el palacio, estuvieron adornadas con flores, cintas, banderas, cometas y ornamentos transparentes. Y a los lados de las calles se apretujó una multitud enorme esperando el paso de los honorables héroes.

Por fin llegaron. Mucho antes de que se pudieran distinguir, ya se oían los gritos ensordecedores de cien mil gargantas. Emma tenía que avanzar despacio porque el encadenado dragón estaba tan débil que sólo podía arrastrarse paso a paso detrás de ella. Lucas y Jim saludaban desde la cabina, por las ventanillas, a derecha y a izquierda. En el techo estaban los niños y en el centro de ellos Li Si, la princesita que casi no se podía ver por la cantidad de flores que la gente echaba sobre los recién llegados desde los muchos pisos de las casas. El gentío que llenaba las calles saludaba con banderitas de papel y lanzaba al aire sus sombreros redondos gritando: «¡Hurra!». «¡Bravo!». «¡Viva!», y todas las otras cosas que se dicen en China en tales ocasiones.

Durante todo el día se pudo conseguir gratis todo lo que se deseaba en las tiendas, porque nadie tenía ganas de pagar en una jornada de alegría como aquélla. La gente se hacía multitud de regalos, porque los chinos son así cuando se sienten felices.

Detrás del dragón, aunque naturalmente a respetuosa distancia, se formó una comitiva de chinos que cantaba, reía y bailaba tan alegremente que sus zuecos sonaban como castañuelas. Y a medida que la locomotora se acercaba al palacio imperial, más largo se iba haciendo el cortejo.

La plaza ante el palacio estaba repleta de gente jubilosa. Cuando, por fin, Emma se detuvo delante de los noventa y nueve escalones de plata, se abrieron las hojas de la gran puerta de ébano, y el emperador, con las ricas vestiduras reservadas para las solemnidades, bajó corriendo la escalera. Detrás de él se veía a Ping Pong que se había agarrado a un extremo de la capa imperial para poderle seguir.

—¡Li Si! —exclamó el emperador—, ¡mi pequeña y querida Li Si!

—¡Padre! —exclamó Li Si saltando de la locomotora. El emperador la abrazó, la estrechó con fuerza contra su pecho y la besó una y otra vez. Todos los chinos de la plaza estaban emocionados y se secaban los ojos porque los tenían llenos de lágrimas.

Entretanto, Lucas y Jim saludaban al pequeño Ping Pong y contemplaban maravillados la pequeña túnica de oro que llevaba puesta. Ping Pong les explicó que había sido nombrado superbonzo en lugar del depuesto Pi Pa Po. Los amigos le felicitaron de todo corazón.

Cuando el emperador terminó de acariciar a su hija se volvió hacia Lucas y Jim y les abrazó. La alegría casi no le dejaba hablar. Dio la mano a todos los niños y dijo:

—Ahora entrad, queridos míos, os servirán un buen desayuno. Debéis de estar hambrientos y cansados. Podéis pedir lo que más os apetezca.

Iba a volverse para conducir a sus huéspedes a palacio, cuando Ping Pong le tiró de la manga y susurrándole algo le señaló a Emma.

—¡Claro! —exclamó el emperador, consternado—, ¿cómo he podido olvidarme?

Hizo una seña hacia la puerta de ébano. Aparecieron dos guardias de Corps. Uno traía una gran estrella de oro puro, tan grande como un plato sobero. El otro sostenía una gigantesca cinta que colgaba de la estrella. Era de seda azul y en letras de plata llevaba bordadas unas letras. Delante ponía:

A EMMA

LA MEJOR LOCOMOTORA DEL MUNDO,

EN SEÑAL DE ADMIRACIÓN Y GRATITUD

Y detrás:

DE PUNG GING, EMPERADOR DE CHINA

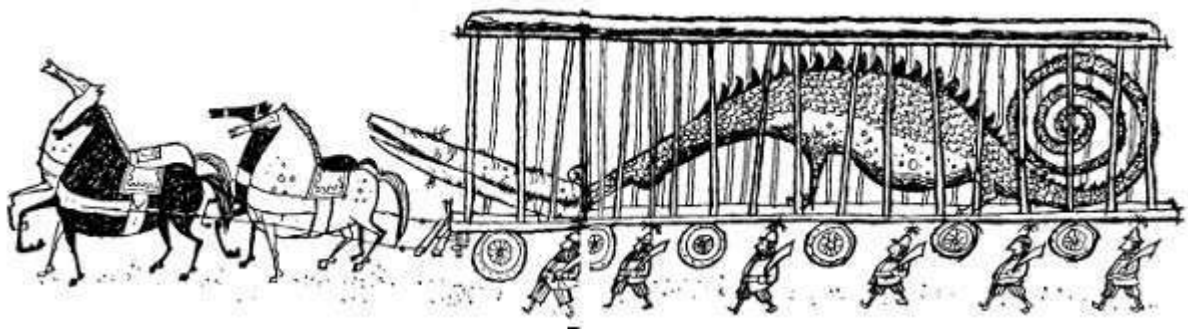
Luego el emperador pronunció este breve discurso:

—¡Querida Emma! No existe hoy en todo el mundo un hombre más feliz que yo y lo soy porque he recuperado a mi hija. En tu cara abollada veo que para salvarla has corrido muchos peligros y sostenido muchas luchas. Como pequeña muestra de mi inmenso agradecimiento, te concedo con placer esta condecoración. La había mandado hacer por nuestros joyeros de la corte en espera de vuestro feliz retorno. No sé si las locomotoras dan mucho valor a las condecoraciones. Pero me gustaría que en el futuro todo el mundo viese y supiese que eres una locomotora fuera de lo corriente. ¡Por esto te ruego que la aceptes y que la luzcas!

Mientras los dos guardias de Corps le ponían a Emma la banda con la estrella, los miles de chinos presentes prorrumpieron en gritos de «¡Viva!».

Entretanto, Ping Pong, que por la nerviosidad no hacía más que saltar y correr de un lado para otro y no podía estar quieto ni un momento, había mandado recado al jefe de los guardianes del zoo imperial para que acudiera en seguida con sus ayudantes a fin de recoger al dragón. La ceremonia de la imposición de la condecoración acababa de terminar, cuando llegó el jefe con seis criados muy fuertes y una jaula gigantesca montada sobre ruedas y arrastrada por cuatro caballos. El dragón estaba tan abatido que cuando Lucas le quitó las cadenas, entró

en la jaula sin oponer resistencia. Cuando el vehículo se puso en movimiento, Lucas preguntó:



—¿A dónde lo lleváis? Tengo que hablar con él todavía.

—Le encerraremos provisionalmente en la vieja casa del elefante — contestó Ping Pong con tono de persona importante—. Le podrás visitar cuando quieras, honorable maquinista de una locomotora condecorada.

Lucas asintió tranquilizado y siguiendo al emperador y a la princesita entró con Jim en palacio para desayunar a gusto.

Naturalmente, Emma no podía ir con ellos y se tuvo que quedar en la plaza; pero durante todo el día los chinos se apiñaron a su alrededor. Ahora ya no le tenían miedo. La untaron con aceite, porque un sabio había leído en un libro que a las locomotoras les gusta el aceite, la limpiaron por todos sitios, la lavaron y le quitaron la suciedad, la frotaron con trapos limpios hasta que la dejaron brillante y reluciente como si fuera nueva.

Entretanto el emperador y Li Si y sus huéspedes estaban sentados al sol en la terraza del salón del trono y desayunaban. Tal como les había dicho el emperador cada uno pudo pedir lo que más le apetecía. Por ejemplo, el pequeño esquimal comió filetes de ballena y bebió una gran taza de aceite de hígado de bacalao. El joven piel roja tuvo su pan de maíz, filetes de búfalo asados y luego fumó cuatro veces en su pequeña pipa de la paz en dirección a los cuatro puntos cardinales. Resumiendo, cada niño comió cosas de su tierra. Se trataba de cosas que habían estado deseando durante mucho tiempo. Lucas y Jim se regalaron con unos panecillos con miel y un gran tazón de cacao. Y por primera vez desde hacía mucho tiempo, el emperador comió de lo lindo.

Cuando apareció el cocinero mayor de la corte, Schu Fu Lu Pi Plu, para preguntar a los honorables huéspedes si les gustaba lo que les había preparado, Jim y Lucas le saludaron con exclamaciones de alegría. Para celebrar la solemnidad del día, el cocinero mayor de la corte se había puesto el gorro más grande, uno del tamaño de un almohadón.

El emperador le preguntó si se quería sentar un rato con ellos para oír las historias de los niños y de los dos amigos y el señor Schu Fu Lu Pi Plu, que disponía de tiempo, se sentó muy contento.

Todos, por orden, fueron explicando sus aventuras al emperador, que les escuchaba en silencio muy interesado. Cuando terminaron y se sentaron, Lucas dijo:

—Amigos, propongo que nos acostemos. No hemos pegado ojo en toda la noche, yo ya no puedo más y no me tengo en pie por el cansancio.

La mayor parte de los niños había bostezado muchas veces y el más pequeño de todos hacía rato que se había dormido sobre su almohadón.

Por eso todos acogieron muy contentos la idea.

—¡Una pregunta solamente, amigos míos! —dijo el emperador—. ¿Os gustaría quedaros aquí un par de semanas como invitados míos, para reponeros del todo? Os invito de todo corazón. —Y añadió—: ¿O bien preferís regresar en seguida a vuestros países?

—Por favor, si es posible —contestó el pequeño piel roja—, preferiría volver a casa lo más pronto posible.

—¡Yo también, yo también! —exclamaron los demás niños.

—Bien —dijo el emperador haciéndose cargo de sus deseos—, me gustaría que os quedarais una temporada con nosotros, pero claro está, comprendo que queráis volver a vuestras casas. Mi superbonzo Ping Pong ordenará que se prepare inmediatamente un barco.

—¡Gracias! —dijo el pequeño indio con un suspiro de alivio.

Entretanto los criados habían preparado para cada uno de los viajeros una habitación con una maravillosa cama con dosel.

Es fácil imaginar lo bien que durmieron sobre cojines de seda, los pobres niños que habían estado durmiendo tanto tiempo en camas de piedra.

Naturalmente, para los dos amigos se había preparado una sola habitación con una cama de dosel de dos pisos. Jim se quitó los zapatos y subió por una escalerita a la cama superior. En cuanto se echó sobre las sábanas de seda, se quedó dormido.

En cambio, Lucas, sentado en el borde de la inferior, apoyó pensativo la cabeza en la mano. Se le ocurrían muchas preguntas y todas muy difíciles.

La princesita era feliz junto a su padre. Los demás niños volverían a sus casas. Hasta aquí todo iba bien. ¿Pero qué sería de él y de Jim? Ellos no podían volver a Lummerland. Esto por la sencilla razón de que el rey Alfonso estaría seguramente muy enfadado puesto que se habían marchado con Emma sin decir nada y desobedeciendo sus órdenes.

Había pocas probabilidades de que sin más les permitiera regresar. Y aunque al rey se le hubiera pasado el mal humor, no podían regresar porque volverían a presentarse los mismos problemas que cuando decidieron abandonar el país. Lummerland entretanto no había crecido. ¿Tendrían que dejar quizás a la vieja y gorda Emma en China y volver los dos solos a la isla? Lucas se imaginó lo que sería de él solo, sin Emma, en Lummerland. Sumido en sus pensamientos, sacudió la cabeza. No, no se podía separar de Emma y menos ahora, después de las aventuras que habían vivido juntos y en las que se había portado tan lealmente y había demostrado ser tan valiente. Esto no era una solución. Pero quizás al emperador le agradaría que se quedaran y tendieran una línea de ferrocarril que cruzara toda China. Sin embargo, era bastante triste porque a pesar de todo, China era un país extranjero; pero no tenían otro recurso y en un sitio u otro tenían que quedarse a vivir si no querían andar siempre rodando por el mundo.

Lucas suspiró, se puso en pie y salió de la habitación sin hacer ruido, para ir a hablar con el emperador. Lo encontró sentado debajo de una sombrilla en la terraza del salón del trono y leyendo un libro.

—¡Perdóneme si molesto, Majestad! —dijo Lucas.

El emperador cerró el libro y exclamó contento:

—Querido Lucas, me parece estupendo poder hablar por lo menos una vez a solas con usted. Me gustaría solucionar un asunto de la mayor importancia.

—A mí me sucede lo mismo —contestó Lucas mientras acercaba una silla para sentarse frente al emperador—, pero diga usted primero lo que le preocupa.

—Es posible que usted recuerde —empezó el emperador—, que me comprometí públicamente en conceder a mi hija como esposa a aquél que la liberara de la Ciudad de los Dragones.

—Sí, Majestad, usted lo prometió —contestó Lucas.

—Pero ahora me encuentro con que sois dos los que la habéis liberado —añadió el emperador—. ¿Qué tengo que hacer? ¿A cuál de los dos he de dar mi hija?

—Es muy sencillo —dijo Lucas con prudencia—. Al que ella prefiera y sea además el primero a quien haya dado un beso.

—¿Y quién es? —preguntó el emperador, impaciente.

—Naturalmente, Jim Botón —dijo Lucas—. Si no me equivoco, los dos se gustan —y sonriendo añadió—: aunque no están demasiado de acuerdo sobre algunas cosas, como por ejemplo, sobre si es necesario o no aprender a leer y escribir. De todos modos opino que se llevan muy bien

y además ha sido Jim el liberador de Li Si. En eso no cabe duda. Emma y yo solamente ayudamos un poco.

—¡Ah, me alegro! —contestó el emperador, satisfecho—, además estoy de acuerdo con usted en todo. Los dos se llevan realmente muy bien. Claro que son demasiado jóvenes para casarse, pero primero se pueden prometer.

—Será mejor que dejemos que decidan ellos mismos —exclamó Lucas.

—Muy bien —asintió el emperador—, no nos metamos demasiado en el asunto. Pero ahora, dígame, querido Lucas, ¿cómo les puedo agradecer lo que han hecho? Desgraciadamente sólo tengo a esta hija, porque si tuviera otra se la daría a usted por esposa. Pero no puede ser y lo siento de verdad. ¿Tiene algún deseo que yo pueda satisfacer? ¡Por favor, dígamelo! Pero tiene que ser algo que usted desee de verdad muchísimo.

—Mi mayor deseo no puede usted satisfacerlo, Majestad —contestó Lucas moviendo lentamente la cabeza—, porque es el de volver a Lummerland con Jim y Emma. Usted ya sabe por qué nos marchamos de allí. La isla no era lo bastante grande para que viviéramos todos en ella. Sería verdaderamente un milagro conseguir que lo fuera. Pero tengo otro deseo, Majestad: déjeme tender una línea de ferrocarril que atravesase toda China. Sería útil para usted y para sus súbditos y mi buena y vieja Emma volvería a ir por fin sobre verdaderos carriles.

—Mi querido amigo —dijo el emperador con los ojos llenos de lágrimas—, le agradezco su deseo de quedarse con nosotros. Me da usted una gran alegría. Ordenaré en seguida que construyan el tendido de vías mejor y más largo del mundo con las estaciones más hermosas que se hayan visto jamás. Espero poder así ayudarle a olvidar poco a poco su amada isla natal.

—Gracias —contestó Lucas—. Me ha comprendido usted, Majestad. Ha sido muy amable.

En aquel momento apareció en la terraza Ping Pong; se inclinó profundamente y pió:

—Poderoso emperador, el barco para los niños ha entrado en el puerto y esta tarde, al caer el sol, estará preparado para zarpar.

—Muy bien —contestó el emperador y saludó con la cabeza a Ping Pong—, eres realmente un superbonzo fuera de lo corriente.

Lucas se puso de pie.

—Me parece que no tenemos nada más que decirnos, Majestad. Si me lo permite me iré a dormir. Estoy muerto de cansancio.

El emperador le deseó un buen descanso y Lucas volvió a la habitación con la cama de dosel de dos pisos. Jim, que no había notado la ausencia de su amigo, dormía respirando tranquila y profundamente. Lucas se echó en la cama y cuando estaba a punto de dormirse, de repente pensó: «¿Qué opinará Jim de que nos quedemos aquí y de que no volvamos a Lummerland? ¿Preferiría acaso volver solo a casa y separarse de mí y de Emma? Si esto ocurriese, lo comprendería».

Lucas suspiró y se durmió.

CAPÍTULO VEINTICINCO EN EL QUE LA SEÑORA MALDIENTE SE DESPIDE Y LLEGA UNA CARTA DE LUMMERLAND

Sería el mediodía cuando unos fuertes golpes en la puerta despertaron a Lucas y a Jim.

—¡Abrid, abrid! ¡Es muy importante! —oyeron que decía una vocecita.

—Es Ping Pong —dijo Jim, que bajó del primer piso y fue a abrir la puerta.

El minúsculo superbonzo, casi sin aliento, entró corriendo y les dijo:

—Perdonad, honorables amigos, si interrumpo tan bruscamente vuestro descanso, pero os traigo el saludo del dragón, que os ruega que vayáis a verle en seguida, para algo muy urgente.

—¡Vaya! —gruñó Lucas, molesto—. ¿Qué significa esto? —Y después añadió—: Hay que tener paciencia, ¡iremos!

—Me dijo —agregó Ping Pong—, que deseaba despedirse de vosotros y que quería deciros algo.

—¿Despedirse? —preguntó Lucas, sorprendido—. No lo entiendo.

—Diría que se trata de algo serio —opinó Ping Pong con expresión preocupada—; tengo la impresión de que... de que...

—¿De qué? —inquirió Lucas—. ¡Habla de una vez!

—No lo sé —añadió el pequeño superbonzo—, pero me parece que se está muriendo.

—¿Qué se está muriendo? —exclamó Lucas y le dio a Jim una mirada de consternación.

A pesar de todo ninguno de los dos le deseaba nada malo—. ¡Vaya, eso sería desagradable!

Se pusieron los zapatos rápidamente y siguieron a toda prisa a Ping Pong al jardín del palacio. El dragón estaba encerrado en un gran pabellón ruinoso que durante muchos años había sido la cuadra de los elefantes blancos del emperador. Estaba allí, detrás de gruesos barrotes y tenía la cabeza apoyada sobre las patas y los ojos cerrados como si estuviese durmiendo.

Ping Pong se quedó atrás mientras los dos amigos se acercaban a la reja.

—Bueno, ¿qué te pasa? —preguntó Lucas. Su voz sonó involuntariamente más amistosa de lo que hubiera querido.

El dragón no respondió ni se movió; en lugar de esto ocurrió algo muy curioso, fue como si de pronto le recubriera un resplandor dorado, recorriendo todo el inmenso cuerpo, desde el extremo del morro hasta el final de la cola.

—¿Has visto? —susurró Lucas y Jim contestó igualmente en voz baja:

—Sí, pero ¿qué pasa?

El dragón empezó a abrir lentamente sus pequeños ojos que ya no tenían el brillo traidor de antes y que parecían sólo muy cansados.

—Gracias por haber venido —murmuró con un hilillo de voz—. Perdonadme pero no puedo hablar más alto. Estoy tan terriblemente cansada, que...

—Fíjate, ya no gruñe ni rechina —dijo Jim. Lucas asintió y preguntó en voz alta:

—Señora Maldiente, no se irá usted a morir...

—No —contestó el dragón y durante un segundo pareció que iba a asomar una sonrisa en sus labios—. Estoy bien, no os preocupéis por mí. Os he mandado llamar para daros las gracias...

—¿Por qué? —preguntó Lucas tan asombrado como Jim cuyos ojos se habían vuelto redondos como dos bolas.

—Pues porque me habéis encadenado pero no me habéis matado. Cuando se consigue encadenar a un dragón sin matarle, se le ayuda a cambiar. Nadie es feliz siendo malo, tenéis que saber esto. Nosotros los dragones somos tan malos solamente para que venga alguien y consiga vencernos. Por desgracia, la mayor parte de las veces salimos victoriosos. Pero si no es así, como ha sucedido con vosotros y conmigo, entonces ocurre algo maravilloso...

El dragón cerró los ojos y estuvo un rato en silencio y otra vez el extraño resplandor dorado le recorrió el cuerpo. Lucas y Jim esperaron hasta que volvió a abrir los ojos; entonces, con voz más débil todavía:

—Nosotros los dragones sabemos mucho, pero hasta que no se nos derrota, este saber sólo nos sirve para hacer cosas malas. Buscamos a alguien a quien martirizar con nuestro saber, como por ejemplo a los niños. Ya lo habéis visto. Pero cuando nos transformamos, cambiamos

de nombre y nos llamamos «Dragón Dorado de la Sabiduría», entonces se nos puede preguntar cualquier cosa, pues conocemos todos los misterios y hallamos solución para todos los problemas. Pero esto no sucede más que una vez cada mil años, porque la mayor parte de nosotros morimos asesinados antes de la transformación.

El dragón enmudeció de nuevo y el resplandor dorado volvió a brillar sobre su cuerpo. Pero esta vez pareció que en su piel quedaba un rastro de oro, igual que nos ocurre en la punta de los dedos cuando cogemos una mariposa. Transcurrió otro rato antes de que volviera a abrir los ojos y siguiera hablando despacio con un débil hilo de voz que ya casi no se oía:

—El agua del río Amarillo, por el que he tenido que venir nadando, ha apagado mi fuego. Ahora estoy muerta de cansancio. Cuando vuelva a aparecer sobre mi cuerpo el brillo dorado, me dormiré profundamente y parecerá que haya muerto. Pero no me moriré, permaneceré así durante un año. Por favor, procurad que nadie me toque durante ese tiempo. Dentro de un año, a contar desde este momento, me despertaré y seré un «Dragón Dorado de la Sabiduría». Entonces volved y podré contestar a todas las preguntas que me hagáis. Porque sois mis señores y haré lo que me ordenéis. Para demostraros mi gratitud os haré ahora un favor. Poseo ya un poco de mi futura sabiduría, como habéis podido notar por el brillo dorado que ha quedado sobre mi piel. Si queréis saber algo, preguntad. Pero de prisa porque queda muy poco tiempo.

Lucas se rascó detrás de la oreja. Jim le tiró de la manga y murmuró: «¡Lummerland!».

Lucas comprendió en seguida y preguntó:

—Emma la locomotora, Jim Botón y yo nos fuimos de Lummerland porque allí faltaba sitio para uno de nosotros. ¿Qué es lo que tenemos que hacer para volver sin vernos en la necesidad de estar demasiado encogidos? Lummerland es muy pequeño.

Durante un buen rato el dragón permaneció en silencio y Jim empezó a temer que estuviese ya dormido. Por fin, como un soplo, se oyó la respuesta:

—Zarpad mañana puntualmente a la salida del sol en dirección a Lummerland. Al segundo día de viaje hacia vuestro país, a las doce en punto de la mañana encontraréis exactamente en el punto de longitud este de 322 grados 22 minutos 2 segundos y latitud norte 123 grados 23 minutos 3 segundos, una isla flotante. No os tenéis que retrasar porque la isla irá a la deriva y no la volveríais a encontrar. Estas islas son de una clase muy rara. Llevad un par de ramas de coral, de esas que crecen en el mar y, al llegar a Lummerland, echadlas al agua, exactamente en el sitio donde la isla flotante os haga fondear. De las ramas de coral nacerán árboles que la sujetarán fuertemente al suelo y cuando Jim sea un súbdito completo se habrá convertido en una

verdadera isla, tan segura como el mismo Lummerland... no lo olvidéis...

—¡Por favor! —exclamó Jim al ver que al dragón se le cerraban los ojos—, ¿dónde me raptaron a mí los Trece, antes de meterme en el paquete postal?

—Yo... no puedo... —susurró el dragón—. Perdonad... es... una... historia... muy larga... pero... ahora...

Se calló y por última vez le pasó por encima el resplandor dorado.

—¡Adiós... adiós! —dijo y casi no se le oyó. Entonces se echó sobre un lado y parecía muerto; pero el brillo dorado había aumentado.

—No hay nada que hacer —dijo Lucas, desanimado—. Tendremos que esperar hasta el año que viene, pero el consejo que nos ha dado no es malo, suponiendo que la historia de la isla flotante sea cierta.

—Lo que ha pasado hasta ahora con este animal tan poco agradable —dijo Ping Pong, que entretanto había vencido su miedo y se había acercado a los dos amigos—, es de lo más raro y misterioso. Si os parece bien iremos a ver en seguida al muy poderoso emperador para decirle lo que ha sucedido.

Se recogió la túnica y salió corriendo.

Lucas y Jim le siguieron...

Un cuarto de hora más tarde estaban los tres sentados frente al emperador y le contaban muy detalladamente lo ocurrido.

—Verdaderamente, amigos —dijo por fin el emperador—; en toda mi larga vida he visto y oído muchas cosas, pero nada tan asombroso. Daré orden para que nada ni nadie estorbe la transformación del dragón.

—Entonces, mañana por la mañana temprano podremos zarpar tranquilamente en dirección a Lummerland y ver si damos con la isla flotante —dijo Lucas y fumó esperanzado—. Sería estupendo.

—¿Tú crees —preguntó Jim—, que el rey Alfonso Doce-menoscuarto nos permitiría plantar la isla junto a Lummerland?

—¿Por qué no habría de querer? —exclamó el emperador, asombrado—. Yo creo que más bien se alegrará.

—No es tan sencillo como usted cree, Majestad —opinó Lucas—. Todavía no le hemos contado que Jim, Emma y yo nos fuimos de allí como quien dice clandestinamente. Nadie en Lummerland estaba enterado de nuestras intenciones. Suponemos que el rey y la señora Quéé deben de estar muy enfadados con nosotros. Y además dirán que

Jim se escapó por mi culpa y desde su punto de vista tienen razón. Temo que no quieran que volvamos.

—Marcharé con vosotros —decidió el emperador—, y se lo explicaré todo al rey Alfonso.

En aquel momento el pequeño Ping Pong se dio de pronto una palmada en la frente y dijo:

—¡Ay Dios mío, ay Dios mío! Os pido cien mil perdones, honorables maquinistas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jim.

—¡Ha ocurrido algo espantoso, algo tremendo! —pió Ping Pong fuera de sí—. Con todo el jaleo de vuestra llegada y los preparativos del barco para la partida de los niños y el cuento del dragón, había olvidado lo más importante. Soy un gusano desgraciado. Mi cabeza no funciona bien. Os pido mil perdones.



—¡Cálmate, Ping Pong! —le ordenó el emperador—, y dinos lo que pasa.

—Hace tres días que llegó una carta para los honorables maquinistas —sollozó el superbonzo—. Una carta de Lummerland.

—¿Qué? ¡Dámela en seguida! —exclamaron Lucas y Jim a la vez.

Ping Pong salió corriendo, como sólo había corrido cuando pasó por delante de la guardia de palacio para ir a salvar a los dos amigos.

—¿Cómo saben en Lummerland dónde estamos? —preguntó Jim, muy nervioso.

—¿Pero es que no te acuerdas? —dijo Lucas—. Les escribimos antes de marchar a la Ciudad de los Dragones. Debe de ser la contestación a nuestra carta. Ahora se aclarará todo. ¿Dónde está Ping Pong?

Pero antes de que Lucas terminara de pronunciar estas palabras, el minúsculo superbongo estaba de vuelta trayendo un sobre muy grueso lacrado con el escudo de armas del rey Alfonso Doce-menos-cuarto. En la dirección ponía:

Para Lucas el maquinista

y Jim Botón

Por el momento en PING (Capital de China)

Palacio Imperial

Detrás del sobre se leía:

Remite: Rey Alfonso Doce-menos-cuarto

Señora Quéé

Señor Manga

LUMMERLAND

Lucas abrió el sobre y sus gordos dedos temblaron mientras desdoblaba el papel. Contenía tres hojas. Empezó a leer en voz alta la primera:

¡Querido Lucas el maquinista! ¡Querido Jim Botón!

Por vuestra carta hemos sabido, a Dios gracias, dónde estáis. Creedme, cuando desaparecisteis, todo el pueblo de Lummerland, es decir todo lo que aquí entendemos por pueblo, se entristeció. Yo mismo sentí una pena muy grande. Desde entonces todas las banderas de mi castillo llevan crespones de luto. En nuestra pequeña isla todo está silencioso y solitario. Ya nadie silba a dos voces en los túneles, como lo hacían Lucas y Emma y nadie se desliza desde los picos de las montañas como lo hacía Jim Botón. Ya no hay alegría ni gritos de júbilo cuando los domingos y días de fiesta me asomo, a las doce menos cuarto, a la ventana. Los súbditos que me quedan están tan tristes y apenados que se me parte el corazón. Ni siquiera nos apetece tomar el delicioso helado de fresa de la señora Quéé. Todo esto yo no lo había previsto cuando, hace tiempo, ordené que Emma se fuera. Ahora me doy cuenta de que esta medida no era acertada para nadie.

Por todo esto os ruego que volváis pronto los tres. Os aseguramos que no estamos enfadados y esperamos que tampoco vosotros lo estéis. No sé qué haremos cuando Jim Botón sea mayor y necesite locomotora propia y un tendido de vías para él, pero ya encontraremos una solución. Por lo tanto, volved pronto.

Con especial benevolencia escribe esto,

EL REY ALFONSO DOCE-MENOS-CUARTO

—¡Lucas! —tartamudeó Jim, cuyos ojos se habían ido volviendo más grandes y más redondos—. Esto significa...

—¡Un momento! —dijo Lucas—, la carta sigue. Desdobló el segundo papel y leyó:

¡Mi querido, pequeño Jim! ¡Querido Lucas!

Estamos todos tremendamente tristes y no sabemos qué hacer sin vosotros. ¡Oh, Jim! ¿Por qué no me dijiste que estabas decidido a marcharte? Yo lo hubiera comprendido y te hubiera preparado algo de ropa de abrigo y un par de pañuelos, porque los ensucias en seguida. Pienso que puedes pasar frío y coger un catarro.

Estoy sufriendo mucho por ti. ¿No será muy peligroso ir a la Ciudad de los Dragones? Cuídate mucho, que no te suceda nada y sé siempre muy bueno, mi pequeño Jim. Y no te olvides de lavarte siempre el cuello y las orejas, ¿me oyes? Yo no sé qué clase de personas son los dragones, pero de todas formas tienes que ser siempre amable y educado. Cuando hayáis llevado a la princesa a su casa con su padre, vuelve en seguida con tu

SEÑORA QUÉE

Lucas volvió a doblar pensativo el papel. Jim tenía los ojos llenos de lágrimas. Sí, así era la señora Quéé, así quería y así vivía, ¡siempre tan amable y tan buena! Por fin Lucas leyó la tercera carta:

¡Muy querido señor maquinista! ¡Querido Jim Botón!

Con estas letras me uno a los deseos de Su Majestad y de nuestra entrañable señora Quéé. Estoy desconcertado desde que Jim no hace ninguna travesura. Usted, señor maquinista, es un hombre de quien nadie puede prescindir. La conducción de aguas de mi casa gotea y sólo usted es capaz de arreglarla. ¡Sean amables y vuelvan los dos lo más pronto posible!

Con el mayor respeto, su amigo.

SEÑOR MANGA

Jim se echó a reír y se secó las lágrimas que corrían por sus negras mejillas. Luego preguntó:

—¿No podríamos irnos mañana por la mañana temprano?

Lucas sonrió con satisfacción:

—Me estoy preguntando cómo. ¿Nos será posible conseguir un buque, o Emma se tendrá que convertir en barco, Majestad?

—Propongo que viajemos todos en el barco imperial —dijo el emperador.

—¿Todos? —preguntó Lucas, sorprendido.

—Naturalmente —contestó el emperador—, ustedes dos, mi hija Li Si y yo. Me gustaría conocer a la señora Quéé, que parece ser muy agradable y muy amable. Además tengo que visitar al rey Alfonso Doce-menos-cuarto porque es de esperar que nuestros dos países establezcan pronto relaciones diplomáticas.

Miró sonriendo a Jim.

—¡Caramba! —exclamó Lucas, riendo—, esto significará una aglomeración tremenda para Lummerland. Nuestra isla es realmente muy pequeña, Majestad.

Luego se volvió hacia Ping Pong y le preguntó:

—¿Podemos zarpar mañana?

—Si doy en seguida la orden —pió el superbonzó—, el barco imperial estará preparado mañana por la mañana temprano.

—¡Estupendo! —contestó Lucas—, entonces da la orden en seguida.

Ping Pong dio un salto y desapareció. Para un superbonzó tan pequeño este trabajo resultaba algo excesivo, pero para algo era una persona respetable y tenía derecho a llevar una túnica de oro. Las dignidades sólo proporcionan obligaciones, como dice un viejo refrán chino.

CAPÍTULO VEINTISÉIS EN EL QUE LOS NIÑOS SE DESPIDEN Y SE LLEGA A UNA ISLA FLOTANTE

A la hora del té despertaron a los niños y los llevaron a la terraza ante el emperador y los dos amigos. Comieron todos juntos. Cuando terminaron bajaron a la plaza delante del palacio donde les esperaba una larga fila de graciosas carrozas chinas tiradas por pequeños caballos blancos. Los coches estaban pintados de muchos colores y tenían baldaquines de seda para proteger del sol. En el primero, que era el más adornado, subieron el emperador y su hija. Los niños se repartieron en los demás, dos o tres en cada uno de ellos. Podían conducir ellos mismos.

Lucas y Jim prefirieron ir con Emma.

Se pusieron en marcha, el emperador y Li Si en cabeza y Emma, con los dos amigos, en la cola. Salieron de la ciudad en medio de las exclamaciones atronadoras de la multitud, por la misma calle recta por la que habían pasado ya otra vez Lucas y Jim y al anochecer llegaron al puerto que estaba en la desembocadura del río Amarillo.

En el muelle había dos grandes buques. Unos marineros se encaramaron a los mástiles y otros colocaron unas velas gigantescas al grito de «¡Oh, oooho!». Uno de los barcos estaba a punto de zarpar y sólo esperaba que empezara a soplar un viento propicio. Tenía que hacerse a la mar con los niños antes de que oscureciera para llevarles a sus países. El otro barco todavía no estaba preparado; los marineros cargaban las provisiones. Era mucho más hermoso y suntuoso que el otro. En la altísima proa se podía ver un unicornio de oro. A la izquierda y a la derecha, escrito en grandes caracteres, se leía:

PUNG GING

Así se llamaba el emperador de China. Aquél era el barco imperial que había de zarpar al día siguiente por la mañana hacia Lummerland. Cuando se puso el sol, desde tierra empezó a soplar un viento suave pero persistente. El capitán del barco de los niños, un viejo lobo de mar simpático, con una gran nariz roja, bajó de su barco y anunció que todo estaba preparado para la marcha.

El rey reunió a sus pequeños huéspedes y dijo:

—¡Queridos amigos y amigas! Con gran tristeza os digo que ha llegado la hora de separarnos. Para mí ha sido una alegría muy grande

conoceros. Me hubiera gustado que os hubierais quedado más tiempo con nosotros, pero deseáis volver a vuestros lejanos países y es muy natural si se piensa en el tiempo que lleváis lejos de ellos. Saludad en mi nombre a vuestros padres, parientes y amigos y escribidme pronto diciéndome cómo habéis llegado. Y si os hace ilusión, volved a verme. ¿Quizás en verano? Seréis siempre bien venidos. En cuanto a los trece piratas que os raptaron, podéis estar tranquilos. No escaparán al castigo que tienen merecido. Pienso preparar un barco de guerra para capturarles. ¡Y ahora, adiós, queridos míos!

Luego Lucas tomó la palabra.

—Bueno, chicos —dijo y dio unas chupadas en su pipa—, no os puedo decir mucho. Siento en el alma que nos tengamos que separar tan pronto y espero que no sea para siempre.

—¡Claro que no! —le interrumpió el pequeño piel roja.

—Escribidnos, mandadnos una postal a Jim y a mí para que podamos ver en ella cómo es vuestra tierra. Y si nos queréis visitar, venid a Lummerland. Nos alegraremos mucho. Y ahora, ¡hasta pronto y buen viaje!



Se despidieron dándose la mano y cada niño dio las gracias a Lucas y a Jim y, naturalmente, también a la buena Emma por haberles salvado y al emperador de China por sus amabilidades. Luego, precedidos por el capitán subieron a cubierta del barco. Cuando estuvieron todos junto a la barandilla se encendió en el puerto un enorme castillo de fuegos artificiales. Se trataba de una sorpresa preparada por el pequeño Ping

Pong. Los cohetes subieron muy altos en el cielo oscuro y chisporroteaban y brillaban con colores maravillosos. Después, una orquesta china tocó una canción de despedida. Y las olas del mar murmuraban como si fueran un acompañamiento. Luego, levaron el ancla y el barco se puso lenta y majestuosamente en movimiento. Todos gritaron: «¡Hasta la vista!», y agitaron las manos. Estaban emocionados y tenían lágrimas en los ojos. Naturalmente, la que más lloraba era Emma, aunque, como siempre, no comprendía bien lo que pasaba. Tenía un gran corazón y estaba sencillamente muy emocionada.

Muy lentamente el barco se deslizó sobre las aguas oscuras y desapareció de la vista de los que se quedaban. De repente el puerto quedó completamente solitario.

—Creo que lo mejor será —dijo el emperador—, que esta noche durmamos ya en el barco. Zarpará mañana antes del amanecer y si dormimos aquí no tendremos que levantarnos tan temprano. A la hora del desayuno estaremos ya en alta mar.

Naturalmente, la princesita y los dos amigos estuvieron de acuerdo.

—Bien, entonces nos despediremos ahora de Ping Pong, mi superbonzo —dijo el emperador.

—¿Pero, es que no viene con nosotros? —preguntó Jim.

—Lo siento, pero no es posible —contestó el emperador—. Alguien tiene que ocupar mi lugar durante mi ausencia. Ping Pong es el más indicado para ello. Claro que es muy pequeño, pero como habéis podido comprobar, es muy inteligente. No creo que durante mi ausencia ocurra nada importante, pero alguien tiene que reinar en mi lugar; irá a Lummerland en otra ocasión.

Buscaron por todo el puerto pero no hallaban al minúsculo superbonzo. Por fin le encontraron, dormido, en una de las pequeñas carrozas, agotado por el tremendo trabajo del día.

—¡Oye, Ping Pong! —dijo el emperador, con dulzura.

El superbonzo se despertó, se levantó de un salto, se frotó los ojos y preguntó medio lloroso:

—Sí, ¿por favor, sucede algo?

—Siento despertarte —dijo el emperador, sonriendo—. Queremos despedirnos de ti. Ocuparás mi puesto durante mi ausencia. Sé que puedo confiar en ti.

Ping Pong se inclinó profundamente ante el emperador y la pequeña princesa. Y estuvo a punto de desplomarse por el agotamiento y el sueño. Jim le sostuvo, le sacudió la pequeña mano y dijo:

—¡Ping Pong, visítanos algún día!

—Saluda al señor Schu Fu Lu Pi Plu de nuestra parte —añadió Lucas.

—Con mucho gusto —murmuró Ping Pong, a quien otra vez se le cerraban los ojos—. Seguro que lo haré, lo haré, lo haré todo, todo, en cuanto mis obligaciones, ¡oh, honorables maquinistas!, buena suerte, y... y... —bostezó y pió—: Perdonad, por favor, pero ya sabéis, un bebé de mi edad...

Se durmió y sus suaves ronquidos parecían el canto de un grillo.

Mientras los dos amigos se dirigían hacia el barco con Li Si y el emperador, Lucas preguntó:

—¿Usted cree que Ping Pong está preparado para llevar los asuntos del Imperio?

El emperador asintió sonriente:

—Lo tengo todo previsto. No puede suceder nada. Es un premio por lo inteligente y hábil que ha demostrado ser nuestro pequeño superbazono.

Luego miraron si Emma, que entretanto había sido trasladada al barco por los marineros, estaba bien instalada. La habían puesto en la cubierta posterior, atada fuertemente con cuerdas, para que no rodara al moverse el barco por las olas. Dormía ya y roncaba tranquilamente.

Todo estaba en orden.

Los dos amigos saludaron al emperador y a Li Si, les desearon buenas noches y todos marcharon a sus camarotes.

Cuando se despertaron, al día siguiente, el barco navegaba ya por el mar abierto. Hacía un tiempo maravilloso. Un viento fuerte y dulce hinchaba las velas. De seguir así el viaje, camino de Lummerland, no duraría ni la mitad de lo que había durado el de Emma hacia China.

Después del desayuno que tomaron con el emperador y la princesita, Lucas y Jim fueron a ver al capitán al puente de mando y le explicaron lo de la isla flotante que tenían que encontrar al segundo día de viaje, a las doce en punto a 322 grados, 22 minutos, 2 segundos longitud este, 123 grados, 23 minutos, 3 segundos latitud norte.

El capitán, cuya cara curtida por el viento y el sol parecía un guante viejo de cuero, abrió la boca por el asombro.

—¡Que me aspen! —gruñó—. Hace ya medio siglo que navego por estos mares y no he visto nunca una isla flotante. ¿Cómo podéis saber con tanta seguridad que mañana al mediodía encontraremos una?

Los dos amigos se lo explicaron. El capitán guiñó un ojo y refunfuñó:

—¿Me estáis tomando el pelo?

Pero Jim y Lucas le aseguraron que hablaban en serio.

—Bueno —dijo por fin el capitán rascándose una oreja—, ya veremos. Mañana al mediodía estaremos exactamente en el lugar que habéis indicado. Eso si seguimos teniendo un tiempo como el de ahora.

Los dos amigos volvieron a bajar adonde estaban el emperador y la pequeña princesa. Se sentaron en la cubierta de proa, en un lugar protegido del viento y se pusieron a jugar a las cartas. Li Si no conocía el juego y Jim se lo explicó. Cuando hubieron jugado un par de veces, Li Si lo dominaba mejor que los otros y les ganaba siempre. A Jim le hubiese gustado que fuese un poco más torpe para poderla ayudar. Pero era ella la que le daba consejos y la que demostraba ser la más lista. Para Jim esto no era muy agradable.

Más tarde, mientras comían, el emperador preguntó de pronto:

—Decidme, Jim y Li Si, ¿cuándo celebraremos vuestro compromiso matrimonial?

La princesita se sonrojó y dijo con su voz de pajarito:

—Es Jim el que tiene que decidir.

—Sí —dijo Jim con los ojos muy abiertos—, pero yo tampoco lo sé. Dejo que Li Si lo decida.

Pero ella bajó los ojos y movió la cabeza.

—No, eres tú el que tiene que decidirlo.

—Bien —dijo Jim después de pensar un momento—, entonces celebraremos el compromiso cuando lleguemos a Lummerland.

Todos estuvieron conformes. El emperador agregó:

—Celebraréis la boda más tarde, cuando seáis mayores.

—Sí —dijo la princesita—, cuando Jim sepa leer y escribir.

—¡No pienso aprender esas cosas! —exclamó Jim.

—¡Por favor, Jim! —le rogó Li Si—. ¡Tienes que aprender a leer, a escribir y a contar! ¡Hazlo por mí!

—¿Pero, porqué? —preguntó Jim—. Tú ya sabes, ¿por qué tengo que aprender yo también?

La princesita bajó la cabeza y dijo en voz baja y vacilando:

—Jim, no puede ser, no es posible, no, quiero decir que me gustaría que mi marido no sólo fuera más valiente que yo, sino también más listo para que yo le pueda admirar en todo.

—¿Sí? —gruñó Jim avergonzado.

—Yo creo —dijo Lucas, apaciguador—, que no deberíamos preocuparnos de esto. A lo mejor, un día el mismo Jim resuelve aprender a leer y a escribir y lo hará. Y si no quiere, no importa. Pero creo que es él quien tiene que decidirlo.

No se habló más del asunto, pero Jim no dejó de pensar en las palabras de la princesa.

Al día siguiente, casi a las doce del mediodía, cuando estaban a punto de ir a comer, el marinero que estaba en lo alto del palo mayor, gritó:

—¡Tieeerra a la viiista!

Saltaron todos y se dirigieron corriendo a proa para ver mejor. Jim, que se había subido un poco en el mástil, fue el primero en verla:

—¡Una isla! —gritó—. ¡Allí, una isla muy pequeña!

Cuando se acercaron, pudieron ver la pequeña isla que avanzaba tranquila sobre las olas.

—¡Eh! —le gritó Lucas al capitán—, ¿qué me dice?

—¡Que me aplaste un caballo de mar acatarrado! —contestó el capitán—. Si no lo viera no lo creería. ¿Cómo nos arreglaremos para alcanzarla?

—¿No hay alguna red para pescar, a bordo? —preguntó Lucas.

—¡Claro que la hay! —exclamó el capitán y dio orden a los marineros de que echaran un cabo al mar. Ataron un extremo de la red a la cubierta y el barco avanzó dando la vuelta a la isla. Cuando hubieron vuelto al punto de partida recogieron el primer cabo y la isla flotante quedó sujeta, como un remolque, al barco de vela. Los marineros tiraron de la red para acercarla y para que todos la pudieran ver bien.

El dragón merecía el agradecimiento de los dos amigos por haberles hablado de la isla. No existía seguramente ninguna mejor en todo el mundo. Era algo más pequeña que Lummerland pero casi más bonita. Había en ella tres grandes praderas escalonadas en las que crecían árboles de distintas clases. Tres de éstos eran transparentes como los de China. La princesita se puso muy contenta al verlos. Alrededor de la isla había una estrecha faja de playa muy a propósito para los baños. Desde la parte más alta un riachuelo bajaba hasta el mar formando pequeñas cascadas. Se veían también gran cantidad de flores maravillosas y pájaros de muchos colores, que tenían sus nidos en las ramas de los árboles.

—¿Te gusta la isla, Li Si? —preguntó Jim.

—¡Oh, Jim, es maravillosa! —dijo la princesita, ilusionada.

—¿No será algo pequeña? —inquirió Jim—. Quiero decir comparándola con China.

—¡Oh, no! —exclamó la princesa—. Encuentro que un país pequeño es mucho más agradable que uno grande. Sobre todo si se trata de una isla.

—Entonces todo va bien —dijo Jim, satisfecho.

—Se podrían construir un par de túneles —afirmó Lucas—, que atravesaran las praderas. ¿Qué opinas, Jim? Esta será tu isla.

—¿Túneles? —dijo Jim, pensativo—, ¡sería estupendo!, pero yo no tengo ninguna locomotora.

—¿Sigues deseando ser maquinista? —preguntó Lucas.

—Claro que lo sigo deseando —contestó Jim, muy serio—. ¿Qué podría ser si no?

—Jim —gruñó Lucas y le guiñó un ojo—, me parece que tengo algo para ti.

—¿Una locomotora? —exclamó Jim, excitado. Pero aunque Jim le rogara mucho, Lucas no quiso decir nada. «Espera a que lleguemos a Lummerland», y no se le pudo sacar nada más.

—¿Tienes escogido algún nombre para la nueva isla? —preguntó el emperador interviniendo en la conversación—. ¿Cómo piensas bautizarla?

Jim estuvo pensando un rato y luego dijo:

—¿Qué le parecería Nuevo Lummerland?

A todos les pareció bien y así quedó decidido.

CAPÍTULO VEINTISIETE EN EL QUE SE CELEBRA EL COMPROMISO MATRIMONIAL Y TERMINA ESTE LIBRO CON UNA SORPRESA MUY AGRADABLE

Un par de días más tarde, en una mañana luminosa, alrededor de las siete, la señora Quéé salía por la puerta de la tienda, que acababa de abrir. El señor Manga asomó la cabeza por la ventana de su casa para decidir si tenía o no que coger el paraguas. Los dos descubrieron al mismo tiempo el gigantesco y majestuoso barco anclado en la orilla de la playa de Lummerland.

—¿Qué barco es éste? —preguntó la señora Quéé—. El correo es mucho más pequeño. Además no tiene bocina en la proa sino un unicornio dorado.

—Siento mucho no poderle dar ninguna información, estimada señora —contestó el señor Manga—. ¡Fíjese, lleva a remolque una isla! ¡Oh, tengo un presentimiento horrible! ¡A lo mejor son ladrones de islas que se han fijado en Lummerland pensando en llevársela!

—¿Usted cree? —preguntó la señora Quéé, que no estaba muy segura—. ¿Qué haremos entonces?

Pero antes de que el señor Manga pudiera contestar, se oyó en el barco un grito de alegría y Jim llegó a tierra dando un salto peligrosísimo por encima de la barandilla.



—¡Señora Quée! —gritó.

—¡Jim! —exclamó la señora Quée.

Cayeron uno en brazos del otro y se besaron. Como es natural, las efusiones duraron largo rato.

Entretanto bajaron a tierra Lucas, Li Si y el emperador, trasladaron a Emma con mucho cuidado y la colocaron sobre sus viejos carriles entre los que había crecido hierba y musgo. Emma llevaba todavía su condecoración de oro y su banda azul y dio un silbido de alegría.

Cuando el señor Manga, que estaba completamente perplejo, se dio cuenta de quiénes eran los recién llegados, corrió al castillo entre los dos picos y llamó desesperadamente a la puerta.

—Sí, ya voy. ¿Qué sucede? —se oyó gruñir desde el interior al rey Alfonso Doce-menos-cuarto, medio dormido y atontado.

—¡Majestad! —exclamó el señor Manga sin aliento—, pido humildemente perdón, pero se trata de un asunto de la mayor importancia. Ha llegado Lucas el maquinista con Jim Botón y una niña y un señor mayor, de aspecto muy distinguido y hay también un barco con una isla en una red...

Pero no pudo continuar porque la puerta del castillo se abrió de pronto y el rey salió disparado. Llevaba únicamente un camisón de terciopelo rojo y corriendo, intentaba ponerse el batín. Se había colocado ya, con toda prisa, la corona en la cabeza.

—¿Hacia qué lado? —preguntó nervioso, porque se había olvidado las gafas y no veía nada.

—Un momento, Majestad —le dijo el señor Manga—. Así no puede usted recibir a nadie —y le ayudó a ponerse el batín. Luego corrieron en dirección al barco y con las prisas el rey perdió por el camino una de las zapatillas a cuadros escoceses y llegó cojeando.

Parecía que los saludos, los apretones de manos y los abrazos no iban a terminar nunca. Lucas presentó al emperador de China al rey Alfonso Doce-menos-cuarto, Jim presentó a Li Si y cuando por fin todos acabaron de saludarse se dirigieron a casa de la señora Quéé para desayunar. Estaban tan encogidos en la pequeña cocina que casi no podían moverse. Pero daba gusto ver una reunión de gente tan feliz como la que se había reunido aquella mañana en Lummerland.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó la señora Quéé mientras servía el café—. Ya no me aguanto de curiosidad. ¿Qué aventuras habéis corrido? ¿Quién es la señora Maldiente? ¿Es simpática? ¿Por qué no ha venido con vosotros? ¡Contadme!

—¡Sí, sí, contad! —exclamaron el señor Manga y el rey Alfonso Doce-menos-cuarto.

—¡Paciencia! —Lucas se resistió sonriendo—. Necesitamos mucho tiempo para explicarlo todo.

—Sí —dijo Jim—, cuando hayamos terminado de desayunar, lo primero que haremos será enseñaros la isla que hemos traído.

El desayuno duró poco porque todos estaban demasiado nerviosos para tener muchas ganas de comer. Cuando se dirigían al barco, la señora Quéé le dijo en voz baja a Lucas:

—Tengo la impresión de que Jim ha cambiado mucho en este tiempo.

—Es posible —dijo Lucas fumando en su pipa—. Ha vivido muchas aventuras.

Entretanto, los marineros habían atado fuertemente con cadenas y cables de acero la nueva isla tan cerca de Lummerland que de un pequeño salto se podía pasar a ella. Naturalmente, no habían olvidado el encargo de Lucas de poner en el fondo del mar, exactamente debajo del lugar donde estaba la pequeña isla, unas ramas de árbol de coral, tal como había recomendado el dragón. Al cabo de dos años, cuando los árboles hubieran crecido hasta la superficie del mar, la isla sería tan firme como Lummerland.

Conducido por Jim, el grupo pisó la nueva tierra y se paseó un rato por ella. No había mucho sitio, pero el que había era muy hermoso.

—¡Esto es la solución del problema! —exclamó el rey Alfonso Doce-menos-cuarto—. ¿Cómo hubiera podido pensar yo en ello? Ahora ya no tendré que preocuparme más. ¡Por primera vez después de tantos años, dormiré tranquilo!

Y cuando Jim dijo que había bautizado a la isla con el nombre de Nuevo Lummerland, la alegría del rey no tuvo límites. Con la cara sonrojada por el orgullo, añadió:

—¡De ahora en adelante seré el rey de los Estados Unidos de Lummerland y Nuevo Lummerland!

Cuando volvían hacia la casa de la señora Quéé, el rey Alfonso y el emperador de China se apartaron de los demás y el primero le propuso al segundo el tendido de una línea telefónica entre Ping, capital de China, y Lummerland. Al emperador la idea le pareció estupenda, porque así podrían hablar siempre que quisieran. Se dirigió al capitán del barco y le ordenó que volviera a China y que al regresar a Lummerland tendiera un cable telefónico por el mar. El barco zarpó en seguida y el emperador se dirigió a la cocina de la señora Quéé donde todos los demás estaban sentados alrededor de Jim y de Lucas escuchando impacientes el relato de sus aventuras. Las explicaron con todo detalle, sin olvidar ningún acontecimiento, desde su salida por la noche en una Emma calafateada, hasta su regreso.

Cuando llegaban a algún episodio peligroso o emocionante, la señora Quéé se ponía pálida y decía:

—¡Ay Dios mío! —o bien—: ¡Virgen santa!

Sentía este miedo por su pequeño Jim. Su único consuelo era tenerlo ahora sano y salvo a su lado y que todo hubiera terminado bien.

Al cabo de una semana el barco volvió y los marineros en el viaje de regreso habían tendido muchas millas de cable en el mar. Un extremo lo habían empalmado al teléfono incrustado de diamantes del salón del trono del palacio imperial y el otro lo empalmaron en seguida al teléfono de oro del rey Alfonso Doce-menos-cuarto. Para probarlo, el emperador llamó a Ping Pong y le preguntó si las cosas marchaban bien en China. Todo iba bien.

Habían decidido que a las cuatro semanas celebrarían el compromiso matrimonial de la princesa Li Si con Jim Botón. Durante aquel tiempo la señora Quéé trabajó y cosió por las noches preparando una sorpresa para los dos niños. Coser era su afición preferida.

Durante las semanas de espera el emperador y Li Si vivieron con el rey en el castillo entre los dos picos. Estaban un poco apretados pero no les importó encogerse porque les gustaba mucho estar en Lummerland. Ni siquiera el pequeño palacio de porcelana azul celeste que la princesita habitaba durante las vacaciones, se podía comparar, según ellos, con la isla.

Por fin pasaron las cuatro semanas y llegó el día del compromiso matrimonial. Los niños recibieron los regalos que la señora Quéé les había preparado.

Para Jim había hecho un traje de maquinista color azul cielo, exactamente igual a uno que tenía Lucas, pero más pequeño. Y, naturalmente, una gorra de visera también. Para la pequeña princesa había hecho un pequeño y maravilloso traje de novia, con un lazo y una larga cola de seda. Los dos se pusieron en seguida la ropa nueva.

Li Si le regaló a Jim una pipa igual a la que tenía Lucas, pero más nueva y no tan grande. Y Jim le regaló a Li Si una pequeña y graciosa tabla para lavar la ropa. La princesita se puso muy contenta porque, a causa de su elevada posición, no había podido tener nunca una cosa así, a pesar de que, como a todos los chinos, le entusiasmaba lavar la ropa.



Por último se besaron y el rey Alfonso Doce-menos-cuarto, en nombre de los Estados Unidos de Lummerland y Nuevo Lummerland, declaró que estaban prometidos en matrimonio. Los súbditos lanzaron al aire sus sombreros y el mismo emperador de China, con todas sus fuerzas, gritó junto con los otros: «¡Viva, viva! ¡Vivan los novios!».

Los marineros del barco imperial lanzaron un mortero, dispararon salvas y saludaron gritando: «¡Viva!», mientras Li Si y Jim se cogían las manos y se paseaban solemnemente por las dos islas.

La fiesta duró todo el día. Por la tarde llamó por teléfono Ping Pong para felicitar a la pareja. Todos estaban alegres y contentos.

Sólo Lucas parecía estar esperando algo.

Cuando se hizo de noche y todo se volvió oscuro, colgaron cientos de faroles en Lummerland y en Nuevo Lummerland. Luego salió la luna y como el mar aquel día estaba en calma, las luces de colores se reflejaban en el agua. ¡Un espectáculo incomparable, como se puede imaginar!

En esta ocasión la señora Quéé trabajó muchísimo; no sólo preparó helados de vainilla y de fresa, sino también de chocolate. Todos tuvieron que reconocer que eran los mejores helados que habían probado en su vida. Hasta el capitán del barco, que había viajado por todo el mundo, lo reconoció así. Esto era mucho.

Jim se había ido a la playa para contemplar con calma el espectáculo de las luces. Estaba completamente sumergido en la maravillosa contemplación, cuando de pronto sintió que alguien le tocaba la espalda. Era Lucas.

—Ven, Jim —dijo, misterioso.

—¿Qué pasa? —preguntó Jim.

—Siempre has deseado tener una locomotora, ¿verdad muchacho? Ahora ya tienes el traje apropiado —le contestó Lucas sonriendo.

El corazón de Jim empezó a latir muy fuerte.

—¿Una locomotora? —preguntó, y sus ojos se hicieron más grandes—. ¿Una verdadera locomotora?

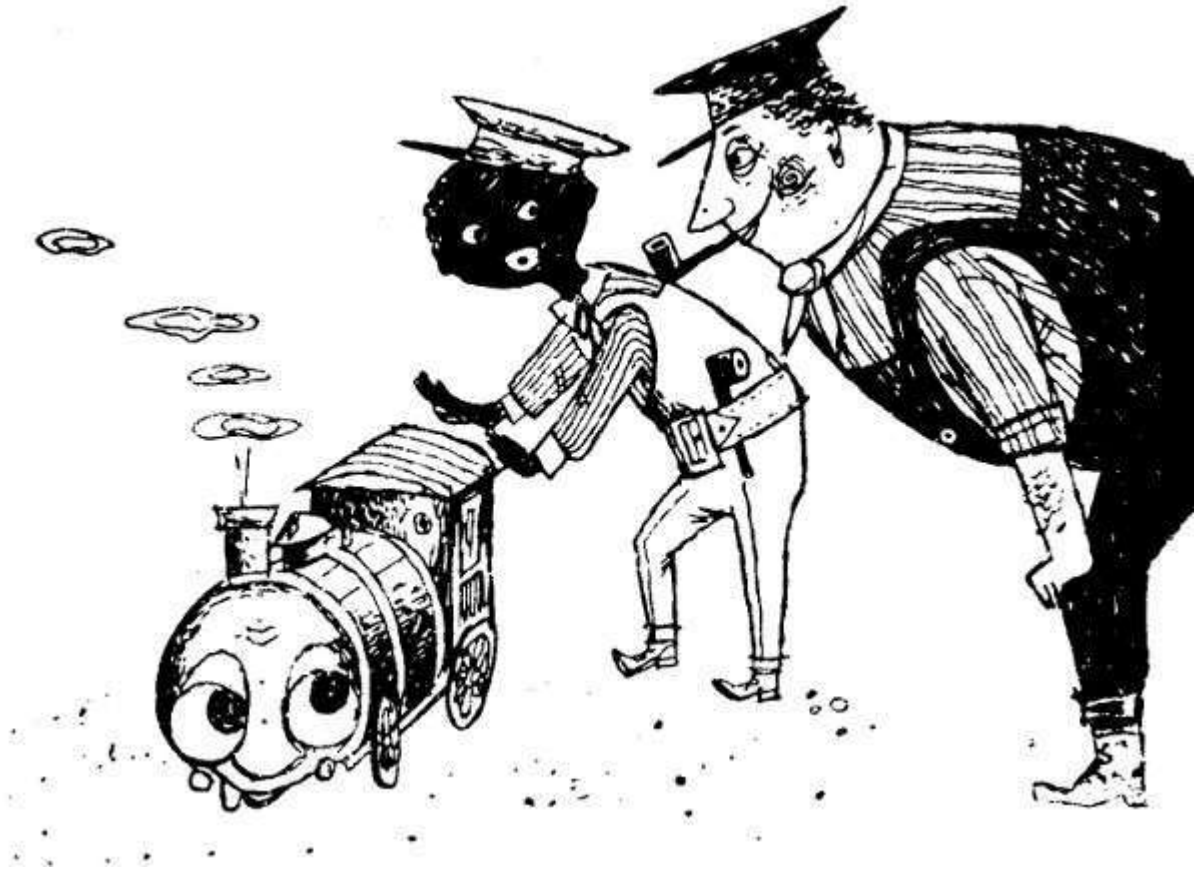
Lucas se puso un dedo en los labios y le hizo un guiño lleno de promesas; le cogió de la mano y le llevó a la pequeña estación donde estaba Emma.

—¿Oyes? —preguntó.

Jim escuchó. Pero... ¿no se equivocaba? Oyó como un silbido débil y suave.

Jim miró a Lucas con los ojos muy abiertos como interrogándole.

Allí había una locomotora muy pequeña que miraba a Jim con sus grandes ojos atontados. Resoplaba con empeño y sacaba minúsculas nubes de humo. Por lo demás, parecía ser una locomotora-bebé de muy buena raza, porque intentaba con valentía sostenerse sobre sus ruedecitas y rodar hacia Jim, pero siempre se caía. Esto, sin embargo, no le hacía perder su buen humor.



—¿Es para mí? —preguntó Jim sin aliento por la felicidad.

—¿Para quién si no? —contestó Lucas y fumó lanzando grandes bocanadas de humo—. La tienes que cuidar mucho. Crecerá pronto y dentro de un par de años será tan grande como Emma. ¿Cómo la llamaremos?

Jim la cogió en brazos y la acarició. Pensó un poco y luego dijo:

—¿Qué te parece Molly?

—Es un buen nombre para una locomotora —contestó Lucas asintiendo.

Jim se dirigió con Lucas al lugar donde estaban los demás para contarles lo que le habían regalado; como es natural, todos quisieron verla. Jim los llevó y la enseñó; la admiraron pero la pequeña Molly no se dio cuenta de nada porque estaba profundamente dormida.

Unos días más tarde, el emperador y la princesita Li Si volvieron a China porque Li Si tenía que pasar todavía una temporada en su tierra con su padre. Además tenía ganas de ir a la escuela, una verdadera escuela; naturalmente, no a una escuela de dragones y en Lummerland no había nada parecido. Pero los dos niños se podrían ver siempre que quisieran porque el barco imperial haría a menudo viajes entre Lummerland y China. Además podrían usar el teléfono siempre que el rey Alfonso Doce-menos-cuarto no lo necesitara. De todos modos éste lo necesitaba la mayor parte del tiempo porque ahora había establecido relaciones diplomáticas con el emperador de China.

Volvió a Lummerland la tranquila vida de siempre. El señor Manga se paseaba con su sombrero en la cabeza y con su paraguas debajo del brazo. Por encima de todo era un súbdito y le gobernaban. Era ni más ni menos que eso, tal como había sido siempre.

Lucas iba con Emma por las vías llenas de curvas, de un extremo a otro de la isla. Y muchas veces silbaban a dos voces, cosa que resultaba muy agradable, sobre todo en los túneles porque allí resonaba.

Jim estaba muy ocupado cuidando de su pequeña Molly y ya no tenía tiempo para molestar al señor Manga con sus travesuras o para correr por los dos picos. Se estaba volviendo mayor.

En los anocheceres hermosos de la isla podía verse a Jim y a Lucas sentados en la orilla. El sol al ponerse se reflejaba en el océano sin fin y su luz dibujaba un camino dorado y brillante desde el horizonte hasta los pies de los dos maquinistas. Y ellos contemplaban ese camino que llevaba muy lejos, a países y a lugares desconocidos de la tierra; nadie sabía adonde. Entonces, alguna vez uno de ellos decía:

—¿Recuerdas al señor Tur Tur? Me gustaría saber lo que ha sido de él.

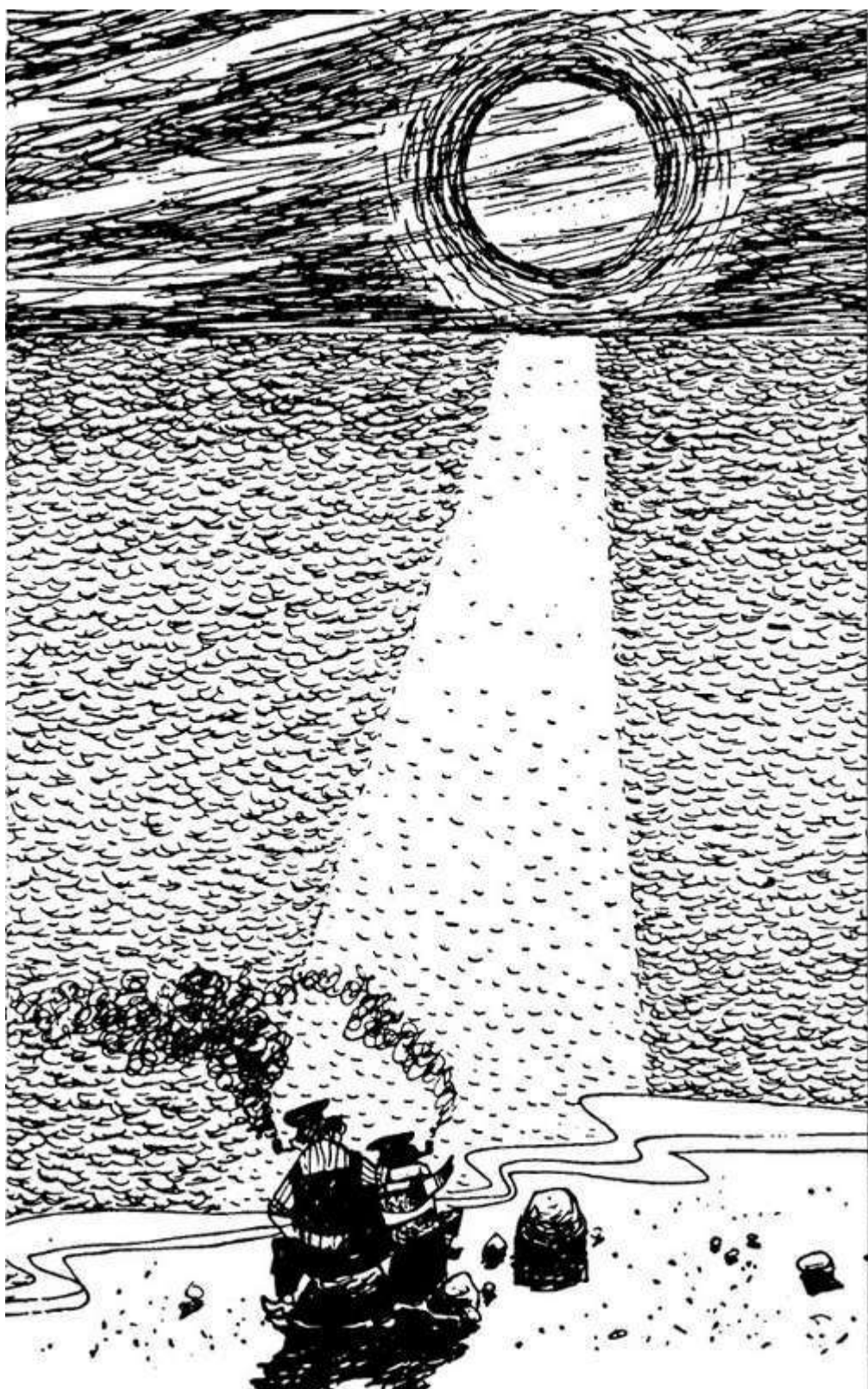
Y el otro contestaba:

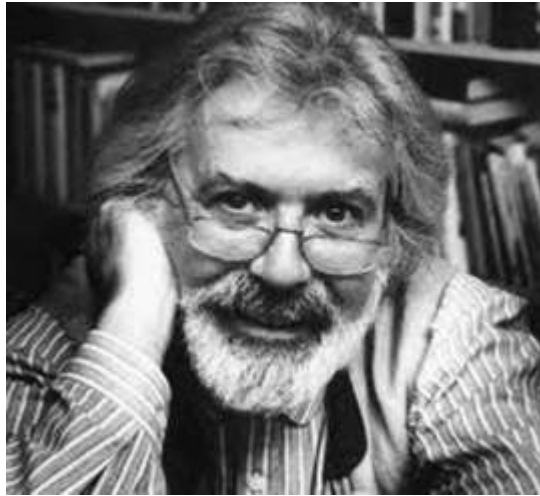
—¿Te acuerdas de cuando pasamos por el país de las «Rocas Negras» y cuando llegamos a «La Puerta de la Muerte» y todo parecía perdido?

Y decidieron emprender pronto otro viaje hacia lo desconocido.

Quedaban todavía muchos enigmas por desentrañar... Querían descubrir el lugar dónde los piratas habían raptado a Jim Botón cuando éste era todavía muy pequeño. Pero para ello era necesario buscar y derrotar a los Trece Salvajes, que seguían en el mar cometiendo fechorías y raptos. Esto no sería muy sencillo.

Y mientras hacían planes para el futuro, seguían contemplando el mar y las olas, grandes y pequeñas que, murmurando, se acercaban a la orilla.





MICHAEL ENDE. Hijo de un pintor surrealista, nació en Alemania en 1929. Alternó sus estudios con pequeñas representaciones teatrales y en 1954 comienza su carrera de escritor, reconocida oficialmente en 1961 con la concesión del premio al mejor libro infantil publicado en Alemania a su obra *Jim Botón y Lucas el maquinista* . Este libro y su compañero *Jim Botón y los trece salvajes* , los dos magníficamente ilustrados por F. J. Tripp, han merecido grandes elogios de la crítica. Sus textos han sido adaptados para representaciones de marionetas y traducidos a numerosos idiomas. Fragmentos de estas obras aparecen en varias antologías de libros infantiles.

Notas

[1] Locomotora-ténder es la que no tiene separado el ténder donde lleva el carbón, sino que aquél forma una sola pieza con ella. <<

[2] Kummer significa angustia, tormento. (*Nota del traductor .*)<<